

SALAS BARBADILLO, ALONSO JERÓNIMO DE (1581-1635)

EL SUTIL CORDOBÉS PEDRO DE URDEMALAS

INDICE:

Pedro de Urdemalas, huyendo de la justicia, entra en Granada y se vengá de los mismos que le siguen, con una ingeniosa burla

Pedro prosigue su jornada, y hace sutiles embustes, ejecutando los preceos de su inclinación

Refiere Pedro a Marina quién fueron sus padres, su nacimiento y crianza

Asienta Pedro su casa en Valencia, y adquiriendo amigos, con sus alas intenta y consigue la fábrica de una ingeniosa burla

Prosiguen los caballeros valencianos la conversación en casa del transformado Meneses, y allí se discurren materias varias de gustoso entretenimiento

Saca el industrioso Pedro, del cuerpo de la ciudad de Valencia (como si fueran espíritus malos), tres hombres que la tenían inquieta y cansada

Refiere Pedro a sus ordinarios académicos una ingeniosa burla, y al mismo tiempo se prosigue con la narración de la novela intitulada Polidoro y Aurelia

Refiere Pedro la pesada burla que le hizo un hipócrita que encubría con industria y arte lo interior de sus perversas costumbres

Prosigue la conversación, y refiere Pedro la donosa burla que armó a un maestro de esgrima y a un corchete

Presenta Pedro al juicio de los académicos una burla, castigo de la vanidad de un cortesano y provecho de su bolsa

Pedro de Urdemalas, huyendo de la justicia, entra en Granada y se vengá de los mismos que le siguen, con una ingeniosa burla

Pedro, aquel tejedor más de embustes que de telas, tan reverenciador de la verdad que, por juzgarse indigno de ella, jamás la puso en los labios, dulce conservero de patrañas,

delgado en la imaginativa para su invención, rico en la elocuencia para su adorno y osadísimo en el ánimo para sus ejecuciones, entró en Granada cuando el noviembre, sin dar mal ejemplo, roba a los árboles su abrigo, quitándoles a los pájaros el deseo de visitallos, porque de los pobre[s] todos huyen.

Despertaba la necedad perezosa de una mula gruesa, y más pensada que pensativa, con las espuelas, haciéndola salir del paso acomodado y poltrón en que se crió en la casa de un médico anciano, porque la muerte, interesada en su vida, se la dilataba. Iba mohína con el nuevo dueño, porque el antiguo era mayor oficial de muertes en personas, que de mataduras en bestias, y éste otro seguía la opinión contraria. A pocos pasos, se recogió con ella a un mesón bien abrigado y mantenido, casa donde se trataba a los pasajeros con toda cortesía y limpieza; que, aunque el señor de ella no lo era en la sangre (por ser morisco muy a su satisfacción, sin jamás arrepentirse dello; tanto, que si lo que en esto la fortuna le dio acaso, se lo hubiera negado, a estar en su mano, lo hubiera elegido). Tenían los dos sus correspondencias, porque el uno por lo agudo y el otro por lo socarrón, pudieran comprar y vender a Judas, sin que él lo entendiera, su libro de caja con el debe y ha de haber, y cada año tratando entre sí la verdad, que a todos los demás negaban, ajustaban las partidas y se daban finiquito.

Halló Pedro a su amigo en el último paso de la vida, de un mal repentino que le acometió al costado. Guardó su mula, no en la caballeriza, sino en una parte retirada, que para esto se tenía socorrido de una moza, su amiga y correspondiente, bufona de dos sentidos, porque era hermosa y entendida, que después le introdujo a ver al mísero amigo, que alentándose con su presencia, dijo más animoso que buen cristiano:

-Hermano Pedro, ya sabe que yo he tenido de más los aprovechamientos de mi oficio, nuestras inteligencias, valiéndome con el ingenio que Dios me dio de los bienes de mis prójimos. Si ello ha sido con su voluntad o no de ellos, jamás lo he preguntado por no serles importuno. Lo que le puedo decir es que yo me hallo muy descansado, y si es razón que pasa entre gente honrada, que cada uno juzgue por su pecho el ajeno; creo yo que a ellos les sucederá lo mismo. Con esto dejo a mi mujer rica, y en verdad (dígase esto para loa suya) que me lo merece, porque como no ha parecido mal, y yo he sido sordo y corto de vista, ha hecho sin nota mucha mil placeres a los pasajeros, que algunos desconocidos (tal es el mundo) los han tenido por pesares. Lo que le encargo es, porque le dejo por mi testamentario, que modere los gastos de mi entierro. Las misas, una sola, y esa bien cantada, porque las demás, yo en vida he oído algunas pocas, y aunque no con mi voluntad, las aplicaba por mi alma para después de muerto. «Mire -le dijo al oído, y asiéndole la mano se la apretó-, esto es abreviar razones, yo muero, como buen moro, en la ley mahometana que tuvieron mis abuelos, y estoy muy apresurado por amanecer mañana en su paraíso; que esto que he dicho en voz alta ha sido por cumplir con aquel clérigo, que es tiniente cura de mi parroquia y ha venido a ayudarme a bien morir. Por esto le ruego que se me ponga en el sepulcro comida y bebida para el camino, que ya habrá oído decir que es largo; y advierto que la bebida sea vino, que el Alcorán en esta parte no se entiende con los muertos, para que hasta en esto sean más dichosos que los vivos. Por esta razón, entre otras, aborrezco a los cristianos, porque riegan con agua los sepulcros de sus difuntos».

Así hablaba el impío, cuando, sintiendo que el mal le daba priesa, dejó caer la cabeza sobre el almohada. Llegó el sacerdote con un Cristo en la mano, y él, volviendo el rostro a la otra parte de la cama, espiró, con invidia de otros moriscos sus amigos y parientes que se hallaron delante, que decían haber muerto muy buen moro. Soltaron la viuda y sus criadas el llanto bien fingido, por cumplir con lo que se debía a tan honrado auditorio, que fue breve y compendioso. Trataron de recogerse todos, y al venerable sacerdote le hicieron una cama en casa por ser ya muy tarde. Apenas él despojó sus miembros de los vestidos y se entregó al sueño, cuando nuestro Pedro se adornó de ellos; habiéndose hecho antes rapar la barba, ciñóse la cabeza con un paño entre limpio y sucio, aunque más tenía de lo postrero, y poniéndose en cada sien un parche, y en las narices unos antojos, quedó tan desconocido, que la propia madre, en cuyo vientre tomó tierra en forma de carne, estrañara su vista y afirmara con juramentos no sólo haberle parido, pero ni aun visto.

Marina, que así se llamaba la desdoncella sirviente de aquel mesón, le recogía con los ojos la menor de sus acciones, porque ninguna era de perder, bien satisfecha, como quien conocía el talento del mancebo, que aquella diligencia no se habría hecho para desperdiciarse al aire; cuando a este tiempo llamaron a la puerta con grandes golpes, y abriéndola entró un alguacil a caballo, y con él otro hombre de a pie, que con una requisitoria venían desde Motril, en busca del artífice de las trampas, porque allá hubo la mula en buena guerra y a poco precio. Robóla con industria y merecía por el ingenio; ese no tenía el alguacil, porque aunque pocas veces son lerdos, él fue la excepción de la regla. Al fin, era hombre sumamente ignorante y con extremo supersticioso; tanto, que consultaba a los astrólogos mecánicos (no a los sabios, a quien se debe estimación) y veneraba sus errores, de cuya inclinación y costumbres estaba nuestro Perico bien informado.

El hombre de a pie que le acompañaba era el ayo de la mula, lacayo triste, nacido en Asturias, breve de cogote y de ventura, y de lo segundo tan breve, que su amo con falsas sospechas le hacía culpado en el robo en que se hallaba por todos caminos inculpable. Éste había visto rondar a nuestro Perote algunos días precedentes al del mal suceso la caballeriza, de cuyo rostro tenía unas confusas y mal digeridas señas, fiándose más en las del vestido, a quien había mirado con mayor atención, pero como le vio tan mudado de traje y rostro, no sólo [no] le conoció, pero ni aun tuvo primer pensamiento de que aquel hombre pudiese ser el mismo que los dos buscaban. Recorrieron luego a las caballerizas, por ver si en algún pesebre yantaba la mezquina, y halláronse burlados en su diligencia y despididos de toda esperanza, por ser este el último mesón a quien visitaban.

En el ínterin, dio Pedro la orden a Marina para que estuviese advertida en el modo con que se había de corresponder con los mal afortunados huéspedes, y él, pidiendo una luz a tiempo que ya ellos lo oían, dijo:

-Marina, tráete también contigo las efemérides.

Apenas nuestro alguacil oyó nombrar efemérides, cuando como persona aficionada a la facultad, creyó que el clérigo fingido era grande astrólogo, y confirmólo, porque

informándose de Marina con mucha instancia, intentó saber quién fuese aquel personaje. Entendió de ella, que era el tiniente cura de la parroquia, que aquella noche vino a ayudar en su tránsito a su señor, que había pasado desta vida.

Era el caso que el dicho [era] insigne judicial, y nuestro alguacil le conocía por la opinión, aunque no por el semblante. Dijo, alzando la voz y santiguándose:

-¡Jesús, Jesús, este es el doctor Pérez, váleme Dios, y qué gran dicha! Por vida de vuesa merced, señora hermosa, que interceda con él, para que me responda a la cuestión de un hurto, antes que se acueste, que yo le daré a su merced para gallinas, y a vuesa merced para un calzado.

Ella dificultó a los principios el poder cumplir con su ruego, que no era poco impo[r]tuno, y le encareció mucho el servicio que le hacía en tentar semejante empresa, pero dándole a entender que caminaba a poner en ejecución lo que él le había propuesto, subió la escalera, y se entretuvo el espacio de tiempo que le pareció conveniente para conseguir con felicidad su engaño. Bajó, y llamándole con mucha priesa, le introdujo al aposento del disfrazado embustero, que encargándole el secreto, dijo, después de haber estado un poco suspenso:

-¡Oh cielos, y cuántas son las artificiosas cautelas de los hombres que, desconocidos a la razón, rompen contra la templanza de las virtudes, y pasando de los medios a los extremos, se despeñan en prodigiosos vicios, ajenos de toda corrección! Señor, la persona autora de este hurto viene en vuestra misma compañía, que haciendo del ladrón fiel, os sigue. Sus señas son, un hombre vasto, mediano de cuerpo, labios gruesos, ojos grandes, la nariz aquilina, y una descalabrada en el lado izquierdo de la cabeza.

Todas estas partes correspondían con las del rostro de nuestro inocente corito, que cayendo sobre la sospecha de su amo que la había comunicado con el alguacil, quedó propuesto a la crueldad bárbara deste ministro de justicia, porque así como le oyó el majaderón, creyendo aquello, como si fueran palabras del sagrado texto, le dio ocho reales y a Marina cuatro, y partió para la caballeriza, donde, haciendo volver a ensillar le dijo muy socarrón al infausto asturiano:

-Buen ánimo, que ya ha parecido el ladrón. Vámonos luego, porque es cierto que en Motril le hemos de hallar, donde con vuestros propios ojos me le veréis poner en la cárcel.

Alegróse el inocente, y dándole un abrazo, le dijo:

-¿Por qué no me ha pedido albricias?

Cuya seguridad engendró en el malicioso mayores sospechas, porque le pareció que disimulaba.

Ellos caminaron con toda diligencia, y Pedro, que no se dormía, puestos los ojos en los de Marina, con osado semblante y palabras dulces, dijo:

-Amiga, las flores de tus verdes años me lastiman mal logradas en la miseria deste vil hospedaje. ¡Oh ingratitud de la fortuna, que sirva en un mesón quien puede tener imperio en los mayores ánimos! Tu entendimiento capaz de sutiles ocupaciones aquí no se conoce, porque no se ejercita, que los filos de la buena espada no descubren su valor en la vaina de su dueño, sino en las armas de los contrarios. Esos tus ojuelos pequeños y vivos, hechos duendes del Amor (en paseando la plaza del mundo verás) penetrarán los pechos y rendirán los corazones. Salga su luz de estas tinieblas, que aunque la del sol en su respeto será pequeña, todo lo que entonces alumbrare menos aumentará alabanzas a tu belleza. Lastímate de que esos cabellos lucidos estén ociosos, pudiendo ser cárcel de tantos gallardos prisioneros, que los comprarán a precio de oro, y no es mucho si ellos son del mismo metal, porque es justo

que oro con oro se pague
si amor con amor se paga.

Las demás prendas de tu hermosura lenguas son de sí propias. Maravillosa fuera la nieve que ilustra tu garganta, si en tus manos, con estar ocupadas en tan humildes ejercicios, no asistiera, que en tu persona ningún lugar desdeña por ínfimo ni mal entretenido. Ánimo, dulce amiga, engendra atrevimiento en mis razones para seguir mis pasos. Mañana, si quieres, saldremos de aquí antes que el sol, aunque yendo contigo, nunca será antes sino con él mismo. Correrás en mi compañía lo más ilustre de España. Verás la abundancia y liberalidad de Sevilla. La ostentación y grandeza en la Corte, y siendo la salteadora destas dos mayores poblaciones de España, tú deberás a mi consejo y yo a tu obediencia la copiosa riqueza que en breve tiempo adquiriremos. En el ínterin, podrá ser que el cielo me alivie del embarazo de mi mujer y celebraremos felices y agradables bodas.

Con menos razones se persuadiera Marina, porque fue llamarle a la puerta de su inclinación; y así quedando en la forma dicha el negocio capitulado, se despidió, porque llamaba su señora, a quien apenas vio la luz del día, cuando la pidió licencia para volverse a su tierra. Sintió la viuda la ingratitud, porque la había criado, y más en la ocasión presente; pero, como entrase Pedro a las voces, haciéndose muy desentendido de la plática, quiso informarse despacio de la querella, y luego llamando a la viuda a un lado la dijo que era suma ignorancia la que cometía, refiriendo en el número de sus desdichas una de sus mayores felicidades, porque con írsele aquella criada en aquel tiempo, se escusaba de la obligación que tenía a remedialla, por habella servido desde que nació. La vieja, que era mezquina, abrazó el consejo y se desposeyó del servicio que de ella esperaba en lo futuro, por desasirse de la obligación en que estaba a lo pasado, y mucho más se alentó cuando él la dijo que había de pasar por el pueblo de donde la tal mozuela era natural, y que la llevaría consigo escusándole la costa del camino con sólo que la diese bestia que la llevase. Esto decía él, porque estaba aficionado a un valiente macho de un arriero que había caído malo en aquel mesón, y holgaba en la caballeriza, que en confianza de que el mal había de ser más largo, le alquiló por seis días en un moderado precio, que Pedro haciéndose generoso pagó, saliendo la mesonera por fiadora, que no se

mostraba poco agradecida a tantos beneficios. Rogóle encarecidamente que porque se le iba acabando la cebada apriesa y en aquel lugar había mucha y a buen precio, le enviase alguna copia, dándole de presente mil reales en dineros, y que le remitiría la cantidad restante luego, como él le enviase el aviso de lo que se quedaba a deber.

Pedro anduvo liberal de ofrecimientos y cortesías, y porque se entraba el día más de lo que él quisiera, apenas comió un bocado, cuando acomodando a Marina en el macho de los portazgos y a su persona en la mula de los dolientes, salió de Granada la vuelta de Málaga. Caminaba cuidadoso, como el que dejaba a las espaldas tantos delitos, aunque con todo esfuerzo procuraba desmentir con la alegría del semblante los recelos interiores del corazón.

Ya parece justo, advertido lector, que volvamos a darte cuenta de los dos menguados, alguacil y corito, el uno de entendimiento y el otro de fortuna. Apenas llegaron a Motril, cuando aquel azogado ministro de justicia, asiendo de los cabezones a aquel que pensaba (y lo podía ser por su virtud) que era la honra de Cangas, dándole muchos pescozones y diciéndole de camino pesadísimas injurias, que fue lo que más sintió el inocente, le puso en prisiones y cargó de un monte de hierro. Caminó luego a la posada del esgrimidor de recetas, y refiriéndole todo lo que le había pasado, con el que él creyó ser el doctor Pérez, como se conformó tanto con la sospecha que él había engendrado, dio por infalible la culpa y acudió con altas exclamaciones a la casa del alcalde mayor, que se resolvió a ponelle a cuestión de tormento.

Era el buen hombre, aunque alentado de carnes, encogido de espíritu, y sintió mucho ver que cuando le faltaba la mula a el amo, él se hallaba sobrado de un potro. Miróle, y viéndole de madera, le pareció que sería muy lerdo, y que si subía en él, antes que diesen un paso, le había de dejar molido; con que se resolvió a cantar sin saber contrapunto. Al fin, señores, el miserable perdió a un tiempo la vista del entendimiento y de los ojos, ocupado del miedo, y confesó lo que aun no había imaginado. El alcalde mayor era hombre, aunque mozo, de gallardo ingenio, prudente y atentado en las ejecuciones. Preguntóle de quién se había valido para el hurto, y a quién y en dónde hizo la venta. Viole variar y desvariar tanto, que le conoció el achaque, y por su parecer le soltara luego, si no temiera escandalizar al vilísimo vulgo; que, aunque no le toque, fiscaliza las culpas ajenas, y tanto las dudosas como las infalibles. Hízole que se quietase, y asegurándole en aquel sobresalto, entretuvo con buenas palabras al enemigo común de la naturaleza, proponiendo en su ánimo despachar a Granada a su alguacil mayor, hombre de más discurso y talento, y para averiguar un hurto, excelente oficial, confiado (y deseoso) de que por su medio se descubriría mayor claridad en aquel caso. Resolución digna de premio, y yo se le doy, en lo que puedo, juzgando esta acción capaz de gloriosa alabanza, que el atropellar a los humildes en su inocencia en vez de hacer los castigos ejemplares, disfama la dignidad venerable de la justicia.

Pedro prosigue su jornada, y hace sutiles embustes, ejecutando los preceptos de su inclinación

Dábase priesa Pedro, y Marina, que con voz apacible y suave, sin más arte que un feliz natural, solía ser agradable a los oyentes, aumentando donaires y despidiendo melancolías, dijo:

*-Llegóse también mi hora,
como hace a todos los necios,
y enamóreme a lo rubio
de quien me paga a lo negro.*

*A hacer la primer visita,
fue mi alma en unos versos,
porque menos se cansase
caminando en pies ajenos.*

*Papeles la envié tan blandos,
que su escritorio con ellos
fue camarín de conservas,
tan dulces eran y tiernos.*

*Al propio sol cara a cara
llegué a perdelle el respeto,
y le dije que era sombra
delante de sus cabellos.*

*De perlas llamé sus dientes,
y quisiera, a lo que entiendo,
más las perlas en sus manos,
que en sus dientes el conceto.*

*¡Ay de mí, que me muero
más por una mujer que por dinero!,
y ella que no me quiere;
más que por mí por el dinero muere,
y así la fama con razón pregona
que soy necio y ella socarrona.*

*Una mozueta picante
de alevísimos ojuelos
caimanes de corazones
pues los engullen enteros,*

*de revés me dio en el alma,
porque al tiempo de volvellos,
supo hacer muy bien su herida,
que ella ríe y que yo siento.*

*Ya ella hubiera consolado
mis fatigas y tormentos,
si no tuviera en su casa
dos viejas de su consejo.*

*Cuando la doy memoriales
a ellas los remite luego,
y hacen tan mal la consulta
que mal despachado vuelvo.*

*¡Oh cuanta falta me hace
aquel metal macilento!,
pues con estos pies y manos
diera alcance a mi remedio.*

¡Ay de mí, etc.!

*Por hablar curiosidades
sudaba siempre el ingenio,
hasta que vi que la agradan
mucho más las de un platero.*

*Cuántas noches importunas
de las necias del invierno,
hasta el alma se me entraron
los maliciosos serenos;*

*que por su causa he tenido,
mirad qué favor la debo,
(bastaban las de mi carne)
malicias hasta en los huesos.*

*Sus cautelas ingeniosas
tanto enredarme quisieron,
que me han puesto en una zarza
en donde agora estoy preso.*

*Con razón de estos amores,
que me cuestan, decir puedo,
mi sudor y mi trabajo,
y a fe que no lo encarezco.*

¡Ay de mí, etc.!

-¡Ay industriosa lisonjera de los oídos! -dijo aquel cauteloso artífice-, hoy eres la sirena de la tierra en estos campos, bien has cantado; y la doctrina que la mozuela picante, contenida en el romance seguía, me agrada, a pesar del mendigo y satírico poeta, que culpa lo que con tanta razón debe ser imitado y favorecido. Amiga, verdades son útiles, las que aquellas honradas viejas aconsejaban a esa corderilla, dichosa en tener tal arrimo para no perderse. ¿Piensas tú, que ha de importar poco la sombra de mi consejo?

-Con todo eso quisiera -replicó Marina- no tropezar en la pluma de alguno de estos ingenios atrevidos, glotonos de honras, cuyos estomagazos de avestruces digieren el hierro de las infamias ajenas, satisfechos en su presunción, sin buscar más mundo que su alabanza, aunque la consigan por el medio de la deshonra de sus vecinos.

Acudió entonces Pedro y embargó su plática diciendo:

-Engañada vives y no poco. Una mujer que sale a esparcirse por el mundo y quiere en breve tiempo adquirir fama en la Corte de los grandes príncipes, había de pagar a un poeta de los sutiles, que la hiciese una sátira, que con esta trompeta muchas que estaban escondidas en los rincones se han hecho célebres en el mundo, que esto quiso sentir aquel famoso ingenio cuando dijo:

Pues diciendo mal de ti,
te he dado en el mundo fama.

De esto se infiere, amiga, que de enojallos se sacan dos utilidades: la primera divertir conversación, que embaraza y no aprovecha; la segunda, hacerse famosa una mujer con la misma acción, que ellos eligen por venganza. Hablen y escriban sus lenguas y sus plumas, que mientras no te infamaren la belleza, llamándote fea, que es la parte por quien habemos de medrar, no duelen los demás golpes.

Briosa entonces la mozuela, se le opuso y dijo:

-¿Pues mi honor, señor Pedro?

-¡Oh vana! -replicó él entonces-, santíguate apriesa, que en este punto has sido tentada del espíritu más vano, de la más fantástica sombra que rodea el mundo. ¿Qué entiendes tú por honor? ¿Es cosa palpable por ventura? ¿Una opinión que está en el arbitrio del vulgo dalla o quitalla cada día por los accidentes y no por la misma sustancia (como lo experimentamos en infinitas ocasiones) se ha de estimar en tanto? Triste cosa es que esté en manos de los hombres, corrigiendo sus costumbres, hacerse buenos y no honrados, porque esto pende de la voz común, que se paga de aparentes embustes y no de virtudes interiores. Marina, esto te aseguro, que siempre que tuvieres vocación del cielo para seguir la virtud, yo no te estorbaré tan honrada empresa; pero con la misma igualdad me reiré de que cudicies poseer ésta que el mundo llama honra. Dime, ¿quién la tiene en nuestro siglo?

Así colérico proseguía y se despeñara peligrosamente si no le rompiera el discurso, volviendo a cantar Marina este romance, entonces nuevo y de pocos conocido y agora por vulgar de nadie inorado:

*A las espaldas de un monte
murmura una fuente clara,
que por ser tan poderoso
le murmura a las espaldas.*

*Aquí lloraba memorias
Tirsi de su bella Isdaura,
serrana de pocos años
y bien hermosa serrana.*

*De un desengaño medroso
nunca le ha dicho sus ansias,
que es gran desdicha el vivir
sin posesión y esperanza.*

*Cuando levantó los ojos,
y desde las cumbres altas
del monte, la vio que viene
acercándose a las aguas.*

*Las hebras de sus cabellos
negras y las manos blancas,
aunque en belleza conformes
son en colores contrarias.*

*De sus pintados ojuelos,
que aseguran cuando matan,
no hay quien la color alcance
por ser sus colores varias.*

*El traje honesto que viste
puede igualarse a las galas,
que pone la primavera
a las desnudas montañas.*

*De las riberas del Betis
se vino a ver las que baña
el humilde Manzanares
a quien ha puesto arrogancia.*

*Suspense el pastor la mira,
y Albanio que le acompaña*

*esto cantando le dice,
y él respondiendo esto canta:*

A.

Si quieres vivir contento,
Tirsi, cuenta tu dolor.

T.

Lo que me sobra de amor
me falta de atrevimiento.

A.

Para ser tan valeroso,
muy cobarde te has mostrado.

T.

El amor es más honrado,
mientras es más temeroso.

A.

Publica tu pensamiento,
no estés tan triste, pastor.

T.

Lo que me sobra de amor,
me falta de atrevimiento.

A.

Vida que es tan afligida
¿cómo a sustentarme alcanza?

T.

Hace el gasto la esperanza
del sustento de la vida.

A.

Busca para tu tormento,
Tirsi, el remedio mejor.

T.

Lo que me sobra de amor,
me falta de atrevimiento.

Apenas dio fin a su canto Marina, cuando Pedro, alzando los ojos y descubriendo un par de carros que venían por el camino, le pareció que conocía al que guiaba el primero, que era un hombre que conformaba mucho con sus costumbres y naturaleza, y con quien se había criado. Paróse por esperalle y salir de duda, y apenas llegaron a juntarse, cuando vio que sus ojos habían tratado verdad. Apeáronse los dos y abrazáronse estrechamente, y después, retirándose solos, hablaron muy largo. La materia no se entendió por entonces, sólo se vio que Pedro se entró en uno de aquellos carros, y sacando los instrumentos necesarios para escribir, de que iba siempre prevenido, formó una carta para la mesonera de Granada, ama de Marina, con la cual se despidieron después de haberse saludado, con las lonjas de un pernil y los brindis de un aloque, algo bachiller y entremetido, lengua de los mudos y alegría de los desconsolados. Gozosísimo quedó Pedro y tan contento como aquel que acababa de obedecer en un embuste a su imperiosa inclinación.

Fue el caso, pues, que dicho carretero era hijo de un labrador rico y honrado de aquella tierra, pero por sus costumbres tan aborrecible, que había estado muchos años en la desgracia de su padre y de su casa ausente, hasta que entonces la madre, como siempre son más blandas, los había reconciliado; providencia de la naturaleza, que para que se conserven las familias unió la severidad de los varones con la terneza de las mujeres.

Iba pues el mozo a Granada con aquellos dos carros llenos de costales de cebada, despachado al caballero de un señor de título, que había venido en seguimiento de un pleito a aquella Real Audiencia, y viendo que se dilataba su resolución más de lo que él había entendido, trataba de prevenirse. Pero como la vileza de su natural no le dejase cumplir con la obediencia y demás obligaciones, llevaba intento de robar aquella cebada a su padre, para aprovecharse del precio y cantidad, y ésta no la podría haber de tal caballero, porque su padre, como conocía al hijo, le tenía avisado días antes que se la remitiese con persona más segura. Por esto se detuvo a razonar con Pedro, y le rogó encarecidamente, representándole las causas de su antigua amistad, que le sacase deste cuidado. Alegróse infinito con escuchalle y luego fabricó la novela cautelosa en este modo: díjole que él le daría una carta para una mesonera de Granada, que tomaría todo aquel grano si se le hiciese comodidad en el precio y en aguardalla algunos días, porque ella no lo podía pagar de contado. Y luego prosiguió en esta forma:

-Lo que me parece es que vos llevéis una carta mía y se la entreguéis, que ella dentro de un mes me remitirá el dinero a Málaga, en una persona rica con quien tiene correspondencia; en el ínterin venderéis esas mulas y los carros, porque ya vos no podréis volver a la casa de vuestros padres, y es bien que os aprovechéis de todo. Aguardareos yo

en aquella ciudad mientras os desembarzáis de todos estos estorbos, y en ella os entregaré vuestro dinero, contento de que mi amistad para algo os haya podido ser útil.

Creyóle el otro bellacón, pareciéndole que en el juego de los embustes habían de ir horros, y partió con su carta en la forma que tenemos referida, dividiéndose, y caminando el uno a Málaga; y a Granada llegó el hijo pródigo con su despacho a la mesonera, que le recibió alegre porque la cebada se le daba en bajísimo precio sin saber ella el misterio que esto tenía, creyendo y no con poco engaño, que lo debía a la industria con que Pedro había hecho sus partes en aquella compra. Ofreció remitir a Málaga luego el dinero que se restaba debiendo, como lo hizo antes de ocho días, en una póliza a letra vista, que cobró aquella buena alma con brevedad. Y porque no esperaba otra cosa, se embarcó luego con Marina en unas galeras que de Sicilia habían venido a Málaga cargadas de trigo, y con mucha priesa trataban de volverse a Italia. Con esto, cuando llegó el mal aconsejado carretero, que por su ignorancia se despeñó con no menor afrenta que el celebrado Faetón, que en su desdicha halló su fama, y en su caída levantó su memoria, quedó loco y más corrido de la treta que de la pérdida. Esgrimía contra los aires y amenazaba todo aquello que dél estaba más seguro, como si dijésemos a las estrellas, a los elementos, al cielo y al infierno, atreviéndose a injuriar al juez que podía condenarle y a la parte a donde había de ser condenado. Muchas veces intentó arrojarle en el mar, diciendo que a fuerza de brazos rompería sus olas y alcanzaría más veloz que los vientos la galera donde iba embarcado el pérfido amigo, y que entrando en ella, la haría teatro de su castigo con no poca afrenta de las aguas, pues se habían de manchar con su alevosa y vilísima sangre.

Entró en mejor consejo, y templando el furor de aquella rabiosa cólera, le pareció volverse a Granada a consultar los oráculos de sus eminentes abogados, por ver si le quedaba algún derecho para pedir a la pobre viuda. Ejecutó luego esta resolución, y apenas puso los pies en la ciudad, cuando caminó a ver las paredes huérfanas del mesón, que las halló entonces más tristes y desconsoladas que nunca, porque su señora estaba presa por el alguacil mayor de Motril, que a instancia de su alcalde mayor había ya venido, no como ministro de Justicia, sino como parte, a descubrir tierra en este negocio. Era hombre sutil en estas materias, y pudo tanto su diligencia que halló rastro del hurto, y que el macho había estado escondido en aquel mesón. Quisiéronla poner a cuestión de tormento y ella confesó antes haber estado en su casa, y dio las señas y nombre de quien le había hurtado, diciéndoles ser Perico el Zurdo, que así se llamaba también nuestro Pedro de Urdemalas, bien conocido por los alcaldes y escribanos del crimen de aquella Real Audiencia, ante quien habían pasado varias causas de delitos suyos. Ella porque no le hiciesen cómplice y encubridora del robo, se allanó a satisfacer a la parte.

A este tiempo, llegó nuestro carretero, que refiriéndole todo lo que le había pasado con Pedro y amenazándola de que se querrellaría criminalmente de ella, porque no era posible (así lo decía la voz común del vulgo) que ella no tuviese parte en todas sus tretas, la puso en tanto miedo, que por salir de allí sin afrenta, se determinó a satisfacerle, costándole las dos burlas más de cuatrocientos ducados, desperdiándose con esta facilidad los bienes que con tanta industria y fatiga había adquirido el difunto, porque cuando se ganan con tan útiles medios, el propio que los da, se los lleva.

Volvióse a Motril su alguacil mayor, y librando el juez de la prisión al inocente asturiano, le restituyó con su honor la libertad, satisfaciendo a la parte con el dinero que de Granada vino, que no poco se admiraba de la ignorancia de su criado, de quien quisiera volver a servirse, pero él anduvo tan cuerdo que no quiso, pareciéndole que ya no viviría con satisfacción en poder de un dueño que había puesto tanto fuego a su crédito.

El carretero, así como cobró de la mesonera y ella quedó libre y fuera de la cárcel, procuró partirse de aquella ciudad y embarcarse para Italia en busca de aquella buena lanza, pareciéndole que con esta jornada conseguía dos efectos: huir el rostro a su padre y buscar a su enemigo para que su venganza fuese satisfacción de su ira y escarmiento de tantos atrevidos.

Refiere Pedro a Marina quién fueron sus padres, su nacimiento y crianza

Así como se hicieron a la vela Pedro y Marina, que hasta entonces no habían probado las fortunas de la mar, se sintieron todo aquel primer día con muchas ansias y congojas, que después se templaron con algunos beneficios que les mandó hacer el capitán de la galera, que ya iba aficionado a la mozuela, y justamente, porque habiéndola mejorado Pedro en Málaga de ropaje y sacado de borrador, su belleza era tanta, que podía a cualquier hombre de los de mejor elección obligar a cudicialla. Convenía este intento con el de Pedro, que deseaba que se empezase a desflorar aquel árbol, dando con la misma flor el fruto de sus aumentos.

Era dicho capitán hombre que había paseado la carrera de las Indias, y hecho en ellas con buena dicha alguna hacienda; disimulaba la vejez en las barbas y cabello con la diligencia común de los que siendo caducos quieren parecer infantes, y sobre todo defendía su dinero de los mayores amigos y más estrechos deudos, porque no reconocía obligación. Tan miserable era, sólo el amor (o efecto digno de su mano) le hacía liberal y tenía llave maestra para todos sus escritorios. No ignoraba Pedro estas calidades, y así deseaba mucho que le acabase Marina de rendir, asestándole todas las piezas. Para esto la importunó mucho que cantase, porque, aunque como tenemos dicho, su natural era maravilloso y podía deleitar cualquier generoso espíritu. Vencida pues de los ruegos, cantó estas redondillas que cierto lego imprimió entre las obras de don Diego de Mendoza, siendo Alonso de Salas su autor:

Lloremos, ojos cansados,
los daños que padecemos,
que no es razón que dejemos
quejosos a mis cuidados.

Yo soy aquel que vivía
el más lejos del amor;
burlaba de su dolor,
de su poder me reía.

Siempre de su trato huí,
vanos fueron mis consejos;
pensé que estaba de él lejos
y halléle dentro de mi.

De ver tanto atrevimiento
toda el alma se alteró,
y su gravedad perdió
turbado el entendimiento.

Mandóme el primero día
que lágrimas le ofreciera;
obedecerle quisiera
mas yo llorar no sabía.

Y el que no puede pasar
sin llantos ni desconsuelos,
envióle el alma unos celos
que le enseñen a llorar.

Tomé esta lición de oro,
tanto en ella repitiendo
que hasta cuando estoy durmiendo,
estoy soñando que lloro.

Desto pues vine a enfermar
y amor que mi mal sintió
a la esperanza mandó
que me viniese a curar.

Ya no hay de ver confianza
vivas a mis glorias muertas,
que son largas y no ciertas
las curas de la esperanza.

¡Que poco alcanza su ciencia!;
a mayor mal se encamina,
pues su mayor medicina
es aplicar la paciencia.

Y a veces suele el doliente
más fácilmente sanar
con que le dejen quejar
con una voz impaciente.

Del mal a que estoy sujeto
tanto vivo atormentado,
que el corazón ha llorado
sus lágrimas en secreto.

Y con ser tal mi dolor
aquella ingrata homicida,
para animarme la vida,
aún no me ha dado un favor.

¡Ay Belisa!, llegó el día
en que me ha dicho mi suerte
que vaya a buscar la muerte;
hallar la muerte querría.

Mas si es muerte estar viviendo
vida de tanto pesar,
no me quiero fatigar
por lo que estoy poseyendo.

Satisfecho de oílla quedó el capitán y demás circustantes y deseosos trataban de que prosiguiese; pero turbóles tanta paz el levantarse en el mar una tormenta que convirtió el canto en lágrimas. Cobraron los vientos bríos y las aguas hinchadas juzgaban pequeño despojo de su ira las dos galeras. Dio mayores fuerzas a tan grave desdicha el llegar la noche, cuya escuridad desanimó las esperanzas de los más esforzados, que creyeron haber hallado su sepulcro entre las ondas.

Un religioso grave, que había penetrado los intentos del capitán, que iba embarcado en la misma galera, admirado de la libertad y despejo de la mozueta, y reconociendo de su licencioso proceder que había sido autora de graves pecados, por lo menos con los deseos fáciles que se entregan con poca resistencia aun en los más fuertes, juzgó castigo del cielo esta mudanza en el mar, y reprehendió así a ella como a su hermano.

Anduvieron treinta horas con esta inquietud, y otro día se hallaron a la vista de Valencia. Estrechó tanto el religioso al capitán con razones fuertes, a que quitase ocasión de tanto peligro, que se determinó a desembarcallos en aquella playa. Púdoles hacer sin ninguna violencia, porque Marina, como mujer y tierna en años, espantada de la bárbara confusión en que se había visto, apenas descubrió la tierra cuando clamó favor al cielo, diciendo que no quería salir de España. Pedro no se desasía de su parecer, antes le abrazaba con buena voluntad, porque tenía el corazón muy recatado y se asombraba con facilidad. Parecióle, y no se engañaba, que de los delictos que dejaba cometidos en Castilla podía en Valencia estar tan seguro como en Nápoles, por ser diferente corona, gobernada con otras leyes y magistrados, aunque sujeta a un mismo rey, y con esto concedió con los ruegos de su querida hermana, que así llamaba a Marina.

Al fin, gozaron otra vez la tierra y pisaron en los campos de Valencia lisonjas de flores, porque allí son tan comunes que hasta los pies de los animales hacen de ellas su estrado. Caminaron a buscar posada, que la hallaron junto al Aseu, que es lo que en Toledo, o Sevilla, dicen iglesia mayor. Fueron de la huéspedada recibidos con mucho agrado y cortesía, que trató diligente de prevenilles todo aquello que juzgó convenir para su descanso y regalo. Entróse la noche muy apriesa y la soledad de ella pedía entretenimiento. Ninguno podía ser tan agradable para la señora desembarcada como el saber quien fuese Pedro, su nacimiento y crianza; y él, que hacía vanagloria de sus mismas bajezas y deseaba dalle gusto en cosas mayores, por no faltar en las que eran tan pequeñas y humildes, dijo:

-«Córdoba, ciudad ilustre del Andalucía, y en todos los siglos y monarquías venerada, tan feliz que habiendo dado tantos generosos capitanes, que la eternizan con gallardos hechos, juntamente produjo levantados espíritus de poetas, que puedan celebralla, porque a un mismo tiempo unos obren y otros canten, fue mi patria. ¡Ay amiga! y cómo por gusto tuyo me entrego a una peligrosísima y difícil narración, aunque como llevo ánimo de buscar tu deleite y entretenimiento, no perdonaré a los autores de mi generación y sangre.

»Vivió en esta ciudad un hombre de los que los cristianos llaman moriscos; su nombre, en lo público, Tomé, pero a puertas cerradas y con pocos testigos, Aliatar, devotísimo de Mahoma. Su mujer, que fue de la misma nación, se llamaba en la calle Beatriz y de sus umbrales adentro Daraja. Pareció bien en sus niñezes y fue muy amiga de repartirse y comunicarse, dejando que metiesen la mano en el plato como los señores los pícaros, pareciéndole que para todos había de haber y confianza que no les salió en vano. Así, vivió siendo agradable como a los ojos a los demás sentidos. Tomé, apacibilísimo varón y gran desmentidor de celos (cosa rarísima en los moros), porque aun del viento (pasajero licencioso de lo más cerrado) suelen tenellos, era modestísimo, cargado de cabeza y espaldas, tanto que pocas veces levantaba los ojos al cielo, y estas era llevado de la devoción de contemplar sus efigies en el Tauro o en el Ariete.

»Cudicióle la muerte en su mocedad y admiró mucho que hubiese acabado tan apriesa quien vivía tan de espacio. Algunos bellacones decían, glosándolo a su modo, que la Parca cansada de matar reyes y monarcas arrojó aquel día la guadaña, y tocando a jarrete acabó con este buey, para enviar así fiesta de toros al infierno, considerando que en el mundo no sería su falta importante por haber tantos. El lugar no le echó menos, diciendo que aun en vida estaba muerto, hombre que no era marido sino sombra.

»La viuda, como quien más perdía lloró su falta, aunque con mucha prudencia, sin hacer extremos que fuesen notables, porque era enemiga de sacar las cosas de su paso y se iba siempre con la común. Sus vecinas la consolaban, y ella las oía melindrosa y enfadada, queriendo que en su opinión juzgasen por imposible lo que ella sin ellas con facilidad había conseguido de sí propia. Procuró parecer honesta y recogida, procediendo tan cautelosa, que sólo se desenfadaba con ciertos hombres de autoridad, que eran tan interesados en el secreto de sus liviandades, habiendo sido cómplices en ellas como ella misma. Pagábase muy bien de los tales, porque en los hechos no era graciosa, aunque en

los dichos sí, y en esto segundo aun había que entender, porque se decían con gracia y se vendían por precio, haciendo aun de las conversaciones mercadería, porque en ella, palabras que en todos los demás se lleva el viento, eran prenda que valía dineros, tanta fue su industria. No bastó su arte a defender que sus faltas no saliesen a la calle, culpando ella la cortedad de todos los lugares que no son la Corte, para seguir el camino que había empezado. Aborreció por esto el ser ciudadana de aquella nobilísima población y determinó partirse para la de Valladolid, que entonces tenía por huéspedes al rey y a sus Consejos, deseosa de esparcirse con libertad y gozar de todos vientos.

»Asistía allí, entre otros hombres de negocios, cierto calabrés digno de aspirar por sus costumbres a la dignidad de un saúco, hombre de afligido y sudado dinero, que en su poder jamás conoció día de fiesta, sirviéndose como de vil esclavo del mismo, que él reconocía por su rey y señor. Tenía en esta parte y aun en las demás muy pocos escrúpulos, porque todo aquello que no era roto de bolsa lo fue de conciencia, aplicadísimo a cualquier embuste y trampa, perpetuo trapacista, y persona fabricaba un pleito al más amigo y sin tener derecho ni justicia; tanto, que le hacía rendir a su voluntad. Desta suerte cortando de las capas de todos, había hecho la suya muy buena, aunque la traía siempre tan ruin cuartanaria y quebrada de color, que parecía que ella y su amo eran dignos huéspedes de un hospital. Hecho esto con no poco arte, para representar pobreza a los jueces y ministros y mover a lástima, con lo mismo que pudiera a justísima indignación. Servíase de sólo un criado, y éste cuando se despedía necesitaba, para cobrar su salario, de hacelle comparecer ante el juez ordinario, pero él le armaba luego alguna treta pesadísima, como era fingir que le había robado, de donde se seguía alzar la mano del pleito civil por verse libre del criminal. Pocas veces dio limosna, y esas en público en presencia de algunas personas con quien pretendía acreditarse, queriendo con esto hacer el logro de aquella buena obra más en la tierra que en el cielo. Con los amigos nunca tuvo más fe que su comodidad, siempre siguió la fortuna del vencedor, valíase, con gente poco delgada del equívoco, variaba con mil semblantes el rostro conforme los accidentes del negocio lo pedían, elocuente con los verbosos, breve y sucinto con los lacónicos, hacía la mayor y más difícil lisonja que un hombre puede a otro, que es, renunciando la propia, vestirse de ajena naturaleza, ser a tiempos arbitrista, y siempre fiscal de las vidas de los prójimos. Le granjeó muchos enemigos que despertaron sus infamias, contando de sus principios y nacimiento, vilezas que él aventajaba con sus obras, de quien él, respondiendo a semejantes objeciones, decía ser hijo por escogerse de su mano peores padres que los que la naturaleza le dio, con haber sido la infamia de su nación, había recibido en pena de sus culpas algunas injurias en el rostro, como si dijésemos, puñadas y bofetones, y era tan cudicioso, que todo lo que era ver largueza de manos en otros, aunque fuese para su agravio, le satisfacía.

»Este tan mal acostumbrado caballero vio a mi señora doña Beatriz (doña dije, porque al salir de Córdoba para entrar en Valladolid, se proveyó de un don, por ir bien prevenida de la mercadería, que allá más se gastaba entre las mujeres de la Corte); agradóle su aliño y buen brío, y después de comunicada, mucho más su pico, fértil de agudezas y donaires. Así como los dos empezaron a comunicarse en sí mismos, previnieron cautelas y engaños el uno contra el otro, y sin declarar la guerra, porque la utilidad de ésta consistía en el secreto, se armaron en lo interior de los corazones. La viuda del hermano Tomé dio

principio, porque habiendo renunciado las tocas funerales cuando entró en la Corte y vistiéndose en traje virginal, publicaba doncellería y amenazaba a todo viviente con la palabra del casamiento. Fingió esto con tanta sutileza y astucia, que nuestro calabrés creyó que pudiera entrar en el número de las Vestales. Con esta opinión que de ella formaba, picado y rendido crecía en deseos, para cuya consecución y logro se determinó a engañalla, porque, siendo casado en su tierra, dio a entender que era soltero. Caminó sobre estos primeros pasos adelante, pero siempre se hallaba muy atrás, porque ella más que el áspid sorda escusaba a los oídos al encanto, apretando la dificultad en cuanto a la cédula matrimonial, severa en semblante y razones.

»Tuvo él a este tiempo aviso de una herencia grande que había hecho en su tierra, que necesitaba de presencia personal, y aun se persuadía a que los pleitos que de ella se le habían de seguir serían tantos, que no le darían lugar de volver más a España. Aquí fue cuando le pareció que tenía la suerte derecha y no quiso perdella. Previno su jornada con todo secreto, sin dar parte aun a sus correspondientes, y cuatro días antes de su partida hizo una cédula a mi señora doña Beatriz, en la forma y modo que su merced la pidió, con que ella quedó por suya, y señalado el plazo para la noche siguiente, que llegando más tarde de lo que él quisiera, según la deseaba, gozó de aquella bien fingida y representada virginidad; tanto, que aun su misma astucia, de ser engañada, no pudo quedar corrida. Tornó en aquella ocasión a prometer vocalmente lo que había ofrecido en la cédula con tantos juramentos y maldiciones, que sin saber él lo que hacía, se vengaba, engañando, de haberlo sido. A pocos días se desapareció con tanta velocidad, que hasta que estuvo fuera del reino, en Barcelona, no escribió a la mal engañada fembra, que rabiosa de verse en semejante estado, cobró odio a Valladolid porque en él había hallado quien con igual maestría hubiese jugado con ella la espada, y se restituyó a Córdoba.

»Apenas recibió los aires de la tierra y los parabienes de recién venida, cuando publicó que venía casada con un caballero de lo más ilustre de Italia, donde era ido por su hacienda, prevención que le importó mucho, porque sintiéndose luego preñada, disculpó con tan buen título el fruto de su vientre. Este fui yo, que por nacer la víspera del primer colega del Colegio Apostólico, me llamaron Pedro, con no poco gusto de mi madre, que por cualquier camino se holgó de tener sucesión, pareciéndole que llamaría con esta aldaba a la puerta de la voluntad dormida de mi padre, que puso su mayor estudio en el olvido de su memoria.

»Crieme como hijo de viuda, libre y licencioso, y como heredero de tales condiciones, paterna y materna, y engendrado al mismo tiempo, que cada uno por su parte ejercía un intento tan cauteloso, salí tan zurdo en las costumbres y abatido en los pensamientos, que no me pudo servir de freno el faltarme el mal ejemplo de mi madre con su muerte, y proseguirse mi crianza en la casa de un prebendado de aquella iglesia, varón santísimo y que con sus virtudes y letras la ilustraba. Bien es verdad que me valió mucho para aprender con eminencia latinidad y filosofía, con admiración grande y aplauso de mis maestros. Joyas que yo después acá he mal logrado, dejándome llevar de mi inclinación torcida, cuyos defectos reconozco, no desesperado de la enmienda. En el tiempo de mi niñez y mocedad, hice tantos embustes que merecí por ellos el título que aun hoy retengo

de Pedro de Urdemalas. Si destos quisiese referirte aun la parte más pequeña, ni tu paciencia bastaría a escucharme, ni mi lengua a explicarme».

Estas fueron las últimas palabras de su narración, que hizo la huésped más dulces, sirviéndoles una cena regalada de pescado y carne, cuya limpieza dio ocasión a su alabanza y codicia de no perder jamás su compañía.

Asienta Pedro su casa en Valencia, y adquiriendo amigos, con sus alas intenta y consigue la fábrica de una ingeniosa burla

Aquella noche y otros dos días siguientes estuvieron en aquella posada, hasta que Pedro, mudando hábito, como fue vestir ferreruelo y sotanilla de seda con cuello bajo de estudiante, alquiló una casa de ostentación en el edificio y adornos, mudó el nombre y llamóse don Juan de Meneses, dando el mismo apellido a la mozueta que, con título de hermana, le acompañaba, y por nombre propio doña Inés, porque le pareció que «Marina» y «don» harían ridícula y desconforme consonancia. Decía haber venido de Italia a España, donde murieron sus padres, y que satisfecho de aquella deleitosa ciudad, quería residir en ella algún tiempo. Trujo un maestro de cantar que perficionase el natural de la bella Inés, que en pocos días creció tanto en este estudio, que por sola esta gracia pudiera ser empresa de ilustres corazones; aseada en los vestidos, suave en las palabras y bellísima en el semblante, todo lo encendía y arrebatava.

Frecuentaban visitas de hombres nobles y ricos la conversación de un juego, por gozar de la de sus razones, de que se les seguía mucho provecho, así por los baratos particulares que le daban los que por este camino pretendían obligalla, como por el ordinario que de los naipes procedía, que era de consideración. Pedro, ya don Juan de Meneses, blasonaba de altísima caballería y, blando y sutil en las conversaciones, persuadía con industria los ánimos de los oyentes a su deseo, acompañando esto con alguna buena parte de donosos chistes, que le ayudaban mucho para adquirir y conservarles las voluntades de los que le asistían. Rompióse cada día más en este ejercicio placentero, y pasó de los dichos a los hechos, trayéndole ya los señores y caballeros a su lado con este entretenimiento y a título de tener una hermana hermosa, a quien todos cudiciaban y no conseguían.

Hallábase en la ciudad un caballero viejo, celebrado por su miseria, que por ser insigne en ella despertó admiraciones con lo que pudiera desprecios; tal vez estas acciones, bien que diversas, suelen conformarse en un sujeto, naciendo de la admiración de las viles costumbres el mismo desprecio del que se ocupa en ejercitallas, dándoseles con una misma voz el premio y el castigo. Este, pues, que alcanzó los mayores primores de la escasez, tirano de sí mismo y condenado por su mala inclinación a perpetuas vigiliyas y ayunos, tan penitente que en medio de la plebe representaba en su rostro soledades eremíticas, tenía irritados los deseos de todos para hacerle alguna treta galante, que por lo sutil hallase aprobación aun en sus mayores amigos y confederados.

No habían hallado hasta entonces persona en cuyas manos pudiesen con seguridad encomendarse, pero como el Meneses descubriese cada día tantas finezas de su ingenio, y esparcido y alentado brillase más que la diosa lasciva en el tercer orbe, cierto émulo del mezquino y deudo, (que no puede estar lo uno sin lo otro) elegante y atrevido le acometió con este sentimiento:

-Haces ostentaciones tantas cada día de tu feliz ingenio, ¡oh gallardo Meneses!, sin fatiga tuya y con admiración de los más ilustres, que darte materia para ocupalle, lisonja es, y no molestia. El que al fuego cudicioso y voraz le arroja leña, su vida y entretenimiento le busca, no su cansancio. Deberásle a mi desvelo con el asunto que te pondré entre las manos, un grande gusto, y yo a ti, el que se me seguirá de verle por tu ejecución perfeccionado. Obligarás a la nobleza y a la plebe con una acción que entre sí suelen ser tan discordes y disonantes. ¿Podrás tú sufrir que la avaricia de don Antonio, mi tío, pase sin castigo ingenioso, con que por lo menos si él no despertare a la enmienda (que de ésta siempre desesperé) sea freno a los que pudieren osar imitalle? Alienta tu ingenio, nunca bien alabado y para esta ocasión solamente nacido. Ministro será del cielo, adquiriendo con la pena que dará a este rico inútil los aplausos y bendiciones de la voz común. No dudes, no retires el ánimo. Rompe el silencio duro de tus labios con un agradable «sí». ¿Quién te suspende? ¿Quién se te opone? ¿Podrá ser el miedo? No, que tu ánimo generoso de tan vil pasión aun las sombras no permite. ¿Pues acaso querrás pesar en las balanzas de la prudencia tus fuerzas y las dificultades? Menos por cierto, si las unas aquí no se conocen y las otras han llenado esta ciudad de admiraciones y alabanzas. ¿A quién podremos cargar la culpa de esta suspensión que te entretiene? ¿A quién? A mí propio, tan infeliz en mis intentos que jamás he visto sin ceño el rostro de mi fortuna. Mis ruegos podrían dañar en esta causa lo que ella sin intercesores merece por sí propia. Ya me parece que te rindes, obligado más de la hermosura de la razón, que conoces, que de los afeites artificiosos de la elegancia. En las alteraciones de tu rostro te he leído el grande ánimo, tus ojos risueños, aunque mudos, para mí parleras lenguas, me han dado su voto. Recibe en estos brazos que te pongo al cuello las gracias, dispuestos a servirte en mayores empleos, aspirando siempre a la gloria de tus acciones, aunque con detrimento de mi fortuna.

Así decía, abrazándole fuerte y afectuosamente don Sebastián, por obligalle, por encendelle el ánimo; que nuestro Pedro, como prudente, estaba tibio en esta resolución, considerando que no se debe acometer con burlas descubiertas a los que tienen mano poderosa para la venganza, porque no se satisfacen con menos que con verter la sangre del que atrevido labró su injuria, y así respondió que había menester tratar primero a don Antonio, porque acechándole desde cerca el ánimo, que le pensaba penetrar por las costumbres, descubriría el lado por donde había de entralle; que le hiciese su familiar amigo, trayéndole a la conversación de su casa, que él había deseado, y que allí sordamente la pondría en el despeñadero de su perdición; que el premio de tan grande servicio había de ser el silencio, porque de faltar éste, peligraban los dos en la vida y en la fama, y la obra no conseguía su efecto; que convenía que pocas veces se hallasen juntos en lugares públicos, para con esto desmentir las sospechas que podría engendrar lo que adelante hubiese de suceder. Esta doctrina política, aunque enseñada por tan ruin maestro y en materia tan vil, agradó a don Sebastián, y ofreciendo con graves juramentos cumplir

todo lo que allí se capitulaba, se dividieron, cada uno deseoso de satisfacer a la parte que por su cuenta corría.

Don Sebastián solicitó al tío para que viniesen a hacer la visita a mi señora doña Inés de Meneses, que él con mucho agrado acetó, por ser plática en que había puesto sus deseos, bien que no sus intentos, temeroso de que en casa donde todos jugaban, le habían de obligar a lo mismo, con riesgo de su bolsa y de su opinión. Esto segundo temía, porque siempre fue hipócrita y hizo grande alhaja de la ostentación, no del ejercicio de la virtud; mas, como se le asegurase que allí se le admitiría al buen razonado solamente, sin cargarle pensiones ni tributos, gallardo intentó la empresa. Era, aunque marchito en la edad, muy verderón en el alma; embozaba a las canas por desmentir al tiempo (¡oh suma licencia!, perder el respeto al padre de cuanto vive, y hacer fábulas para los ojos con aquella pintura, tratádoles con el mismo atrevimiento que a los oídos, tanto mayor culpa cuanto es sentido más noble). Vano cuanto mezquino, porque son vicios que suelen tener hermandad, cansaba a los oyentes ensalzando su sangre y despreciando las ajenas, como si los aumentos del propio honor estuvieran en los descréditos del tercero. Era muy aseado y curioso en su traje, y decían sus criados que en tres cosas fue igualmente limpio: en la sangre, en el vestido y en el estómago; y en esta última, más que en las otras dos. Llegaba a su noticia, y quería más celebrarlo por gracia que enmendarse en la mala costumbre. Prevínose para la visita con tanto aliño y gala, como si fuera a ser novio, y puesto al lado de su sobrino en un caballo que tenía solo, bien trabajado y mal comido, por dar muestras de gallardo, le incitaba para hacer corbetas; mas el maganto rocín no se daba por entendido, pareciéndole que el tiempo de ayunos, como era el que pasaba en su casa, no es para gracias, y que no hay cosa que se conforme más con la penitencia que la modestia; pero el viejo engreído porfiaba en picalle, y él se resolvió a tendelle por el suelo, cuando lo sacó de esta contienda el llegar al fin de la jornada. El uno subió a la visita, y el otro se quedó en la zaguán, y pudiera muy bien acompañalle, porque un sujeto tan delgado estaba muy a propósito para cualquier conversación.

Al fin, cuando entraban por la puerta de la sala tío y sobrino, se puso en pie mi señora doña Inés, que los saludó con una reverencia tan cortés, que pudiera satisfacer la vanidad de cualquier mendigo escudero (porque éste nunca fue achaque de grandes señores), y tan airosa, que debieron presumir que llamada de algún instrumento que ellos no oían, salía a danzar o el torneo o la gallarda. La casa espiraba olores, porque rociada toda con agua de ámbar y poblada de varios ramilletes, se juzgaron la vista y el olfato inméritos de tanto beneficio. La pieza era baja, cuyas rejas que caían sobre un jardín, se hallaban vestidas de jazmines y retamas, recibiendo sus hierros hermosura, y aun tocados de tanto fuego, con ser tan fríos. El digno dueño de estas maravillas presidía desde su estrado con su belleza animada a todas las demás, que aunque admirables, de espíritu inmortal carecían. Sus cabellos quiso el amor fuesen de oro, porque de más de ser hermosos en sí mismos, mereciesen ser corona de las demás perfecciones; éstos enlazados con unas cintas de vidrios, competidores de los diamantes, parecía que tenían por presos a los mismos, que los prendían, o por lo menos estaba dudosa la vitoria. Las mejillas con tanta templanza unían lo blanco a lo encarnado, que formaban un color más digno de admiración que de censura para el arte inimitable y para la invidia de irreprehensible. Reconocerse pudiera en parte por ésta la superior belleza y encenderse en deseos de merecer gozalla. Despegó

la boca, y corriendo en sus labios cortinas de rosas, manifestó en sus encías ídolos de jazmines, sus ojos flechaban tantas luces, que a no ser tan apacibles como vehementes, cegaran los hombres en el tiempo que más pudieran desear tener vista, y la perdieran por lo mismo, por quien era forzoso pretender cobralla. Las manos y la garganta vestían cristal tan sutil, que permitía campear lo azul de las hermosas venas. El vestido era de las mismas colores, o por imitar la hermosura grande de su propio dueño, o se puso allí con arte para que con la competencia luciesen más sus perfecciones. Habló donaires envueltos en agradables cortesías, porque Amor no dejase de hacerla prisión por falta de alguaciles.

Sintióse don Antonio robar el alma, y sintió que le robasen lo que él conoció que debía dar liberalmente, siendo él, que hasta entonces había sido escaso, aquí pródigo de lo más importante. La bellísima tirana, por asegurar más la prisión, honró al instrumento de una guitarra, poniéndole en sus manos, cuyas cuerdas heridas de ellas (mal dije, regaladas), fueron compañeras de su voz, que desató este romance con suavísimos acentos:

-Mucho quiere la serrana
a un pastor cuyas ovejas
la imitan en la blancura
tanto como en la inocencia.

¡Oh qué bien sabe querer!:
pudiera poner escuela,
a no ser sólo el maestro
de amor la naturaleza.

Nació de padres humildes,
y sus obras no lo muestran,
mejor vive que nació,
a sus pasados enmienda.

Ausente está de su amante,
y amor que asiste con ella
por lágrimas la ejecuta,
que es tirano en cobrar deudas.

Al fin lloró tiernamente,
y otra serrana le ruega
dé cuidados al olvido;
lo que no hiciera, aconseja.

Esforzóse como pudo,
y a pesar de la tristeza,
sobre el río de sus ojos
cantó turbada esta letra:

«Tiempo que vais y volvéis,

por mi mal volvéis y vais,
pues los años me lleváis
y los daños me traéis.

Rendida al engaño muero
sin creer al desengaño,
pues de vos que me hacéis daño
es de quien mi bien espero.

Tiempo, conmigo os perdéis,
que mal mi vida ocupáis,
pues los años me lleváis
y los daños me traéis.

No puedo hablar libremente
de vos, que temo el castigo,
porque sois un enemigo
que siempre os tengo presente.

Tiempo, en todo cuanto hacéis
serme contrario mostráis,
pues los años me lleváis
y los daños me traéis».

Lo que se cantó abrió puerta a los discursos del amor y sus efectos, sirviéndole la misma plática de tercero a don Antonio, para revelar sus intentos. Escuchábale Inés tan falsa como hermosa y suspendíale con equívocas respuestas, empeñándole con más veras en su perdición. Mirábase con descuido y escusábase de miralle con cuidado, desmintiendo el arte al arte, que llegó a ser tan sutil que cuando fue mayor, pareció no habelle. Engreíase el caduco, que como tan vano, presumía en sus partes méritos capaces de tanto favor, y alentado en los premios, reverdecía el ánimo, ya que era imposible el cuerpo. Esta prosperidad se trocó, mudando los aires, porque entró un mancebo a la visita, veintidoseno en los años, número excelente para la edad de las personas y los paños de Segovia, muy crespo y muy rizo, azul en el cuello, rubio en los bigotes, amarillo en los guantes, negro en los zapatos, alta la contera y baja la vista. Hizo la cortesía como muy de casa, siendo recibido con la misma correspondencia. Miraban con atención tío y sobrino el aliño brioso del mozuelo, que hablando, desmereció en los oídos el crédito que había granjeado en los ojos. Pocas razones y esas necias dijo, con que vinieron a parecer muchas. Quiso enmendarse y consiguiólo, porque pidiendo la guitarra, cantó en la voz de un contrabajo, en que era el más insigne de aquellos tiempos, estas redondillas:

-Si atrevimiento tuviera
como os he tenido amor,
fuera menos mi dolor
y mayor el premio fuera.

Está el corazón dudando,
hablar y callar querría,
y entre el miedo y osadía
hablan mis ojos llorando.

Que entre firmes corazones,
que saben de amor constante,
ya es lenguaje del amante
lágrimas y no razones.

Y en un hombre que es prudente
y ya perfecto en la edad,
es mayor dificultad
llorar que hablar cuerdamente.

¿Cómo hace el ciego Dios
este loco desconcierto,
que sea yo, señora, el muerto,
y que yo llore por vos?

Y más que si lo miráis,
hace que llore mi suerte
por vos que me dais la muerte,
y no porque me la dais.

Que Amor, dios rapaz y ciego,
para que abrasado muera
echa toda el agua fuera
y va acrecentando el fuego.

Huélgome suceda así,
aunque ofenda a mi paciencia,
porque os jure la experiencia,
que ya os quiero más que a mí.

Que entre cuantos han amado
con natural afición,
puedo hacer ostentación
del más firme enamorado.

Fuera del alma no encuentro
mi amor en otro lugar,
porque el alma os quiere amar
desde sus puertas adentro.

Tan honesto le ha criado
la razón que le conierta,
que de la boca a la puerta
hasta agora no ha llegado.

Vivió bien de esta manera
mientras fue niño menor,
pero ya, como es mayor,
se muere por salir fuera.

Por sosegar sus antojos
le ofrezco, señora mía,
que le ha de sacar un día
al campo de vuestros ojos.

Pero no se pierda en él,
y me echen la culpa a mí,
que donde yo me perdí
no es mucho se pierda él.

Si no es que vuestra belleza
despierte a tener piedad,
haciéndoos con su humildad
vencer la naturaleza.

Pero de cualquiera suerte
el alma está a vos rendida;
para vos quiero la vida
y por vos quiero la muerte.

Así publicó su voluntad aquel valenciano Orfeo, que preso de aquella Circe del Andalucía y hallándose como ella insigne cantor, quería enamoralla con la semejanza, pero como ella fuese toda de yelo, se abrasaba menos con lo que otra se encendiera más, y se desvelaba en prometer con los ojos favores de que el corazón estaba ignorante, para que con esto creciese el séquito de sus amantes. Concibió don Antonio celos, y abrasado no podía encubrir su inquietud. Detúvose en la plática, esperando a que el otro se fuera, que se clavó en la conversación, y así el buen caballero, considerando que había entrado mucho antes, y que para la primer visita procedía tan largo que podía quedar en opinión de cansado, tanto que le cerrasen la puerta y no le admitiesen en las muchas con que adelante pensaba proseguir, volviendo a reforzar las cortesías y cumplimientos que hizo cuando entró, galán y agradecido, pidiendo la licencia que se le dio con muy buena voluntad, volvió las espaldas y no el alma, que se le quedó allí presa y recelosa de ver competidor que al parecer era tan fuerte, asistiese con tanta familiaridad.

Consultó a su sobrino estrechamente para que le aconsejase el principio que daría para comenzar a obligalla, y quedaron de acuerdo que la hiciese una fiesta y banquete en el campo, en una casa de placer que tenía con un jardín y huerta de lo más ameno y fértil de aquel reino. Enviólos a convidar con su mayordomo, cuyas canas y autoridad no merecían ocuparse en mensajes tan lascivos, pero seguía el humor de su amo y no trataba más que de comer, obedeciéndole. Acetaron los dos hermanos y vinieron con puntualidad al convite, ya por no perder el estilo, que era hacer pecheros y tributarios a cuantos pasaban sus umbrales, ya por buscar con la nueva ocasión camino a los deseos de don Sebastián. El gasto fue lucido, porque siempre los miserables no saben tener medio, porque para una ocasión ayunan toda la vida. Roban para la vana ostentación de un día, lo que deben a la necesidad propia de muchos, cumpliendo con todos y faltando consigo, locura o ignorancia, o por mejor decir todo, que una culpa llama a las demás, y un error concilia el tropel de los otros errores.

Atento estaba Pedro al sitio y disposición de aquel lugar, y acetóle para teatro de su entremés, principio y fin de la tragedia que de él se le siguió a don Antonio. Paseóle dos o tres veces, y después otras tantas le midió a pies; atento el caduco mezquino a sus acciones, le examinó la causa de su inquietud, a quien mostrando estar divertido, no respondió a propósito, para ponerle con su arrobo y suspensión en mayor cuidado. Dos Sebastián recibía gozo interior, como aquel que penetraba que todos aquellos pasos se dirigían al fin de su intento. Volvió otra vez Pedro a la misma diligencia y el viejo a encenderse en el deseo de inquirir la causa de aquella curiosidad, y tampoco fue oído, porque Perico, clavando los ojos al cielo y haciéndose misterioso en todas las mudanzas de su semblante, que le vestía con arte de más colores que el abril a las selvas, enmudecía, y si daba respuesta era destemplada con la pregunta, o tan equívoca, que estaba muy difícil su examen y después incierto el suceso. Trataron de volverse al lugar, y por hacer más gratos los pasos del camino, aquella reina que sin más méritos que los de un embuste bien armado, de Marina y moza de mesón, ascendió a la dignidad de ser llamada doña Inés de Meneses, enriqueciendo los aires y despertando los ánimos a incendios de su voluntad, cantó con donaire los muchos que encierra en sí esta letra:

Anda niña anda,
que el Amor lo manda;
anda morena,
que el Amor lo ordena.

Niña de ojos dulces,
sabrosa de cara,
blanca en la color,
morena en la gracia,

ya que el Amor niño,
dios de nuestras almas,
te ordena que andes,
no vais turbada.

Para darte ayuda
vendrá la Esperanza,
que Amor a sus hijos
se la da por aya.

Mas no todas veces
imites sus plantas,
que estás a peligro
si subes tan alta.

Anda niña anda, etc.
Amor aborrece
niñas sosegadas,
que como él es fuego
inquieta no para.

Cuando estar pudieres
puesta a la ventana
haciendo a tus ojos
jueces del que pasa,

nunca los ocupes
en curiosa Holanda,
que enferma los años,
y la vista gasta.

Si tuvieses coche,
olvida tu casa,
rueda la Fortuna
en ruedas tan vanas.

Anda niña, etc.
Si a la puerta fueres
de Guadalajara,
de cuantos entraren
cobra la alcabala.

A la platería
cuando estés cursada,
ir a correr puedes
sortijas gallardas.

Trae siempre novenas
porque tengas causa

de andar por el pueblo
tardes y mañanas.

La estación del prado
no es para olvidalla,
nunca entres postrera
ni primera salgas.

Anda niña anda,
que el Amor lo manda;
anda morena,
que el Amor lo ordena.

Apenas espiró en los últimos acentos el canto de doña Inés, cuando dijo don Sebastián, vuelto al autor de aquella letra:

-¡Oh impertinente, oh loco, seas quien fueres! ¿Cómo, vano, a las mujeres persuades lo mismo que habíades de reprehender, y aplicas espuelas donde era necesario freno? Si ellas son la misma inquietud y jamás supieron calentar la casa ¿para qué das doctrina en lo que son maestras con eminencia? Porque ni con esto las enseñas cosa de nuevo, ni calificas más su libertad.

Inés, viéndole colérico en esta plática, socarrona le contradecía blandamente, sin convencelle y sólo para provocalle a mayor indignación, que le duró algún tiempo, hasta que restituyéndose a su ordinario sosiego, reconoció que se había precipitado más de lo que convenía, porque decir mal de las mujeres en su misma presencia, al mismo tiempo que se trata de galanteallas, es suma ignorancia y tocar en lo último de la descortesía; acción de que sólo pueden salir bien, o los que no son potentados, o los que son vecinos de Capadocia, como gente que vive desesperada de jamás merecer poseellas.

Entretenidos en esta controversia, llegaron a la posada del Pedro transformado en don Juan de Meneses, que, mudo a todo lo que allí sucedió, se pintaba ocupado en altas contemplaciones. Don Antonio se retiró a la suya, donde entró en batalla con su pensamiento, por ver si podía dar caza a los discursos profundos de aquel ingenioso en malicias, pero como se hallase más embarazado, trató de hacer paz con ellos, siendo el sueño medianero, aunque no fue tan quieto, que este cuidado no se le rompiese en su mayor bonanza, restaurando con el de la mañana, que se alargó hasta el medio día, lo que perdió con la mala noche. Por esta causa comió tarde, pero apenas se alzaron los manteles, cuando Pedro muy solícito entró a visitalle, y hablándole al oído, le pidió con muchos encarecimientos que le diese la llave de su casa de recreación, porque tenía necesidad de festejar allí una dama que le tenía muy picado. El astuto malicioso viejo concedió con muchas cortesías y ofrecimientos, y despidiéndose dél, tomando el camino de dicha casa por otro paraje, con otra llave entró en ella por la puerta falsa, y escondiéndose en una pieza baja, se determinó a ser espía de sí propio y enterarse de los intentos de don Juan de Meneses, que así como llegó (bien gozoso de haber entendido de un criado de don Antonio, que él se le puso de su mano, que estaba allí porque convenía

mucho para el fin de su empresa), empezó a dar orden a los jardineros y hortelanos que cerrasen las puertas, que él requirió después, haciendo muchas demostraciones en su diligencia para que se presumiese que le importaba mucho la soledad en esta ocasión, porque aun a ellos les mandó que se retirasen, y con tanto rigor, que apenas dejó uno dentro de aquella amena y apacible estancia.

Sacó luego un libro grande y una vara, y leyendo en él unas palabras que parecieron arábigas al avaro que estaba escondido, según él refirió después, dijo luego en idioma castellano, hiriendo los aires y la tierra con la vara:

-Rey moro, a quien la Fortuna en los siglos pasados hizo señor de esta ciudad y reino, y después elegiste tu sepulcro en este propio lugar, a donde también con tus mezuquinos huesos aprisionaste tus riquezas, yo te mando, en virtud de las palabras que tengo referidas en arábigo, que me declares en qué asiento o lugar le escondiste, y no seas rebelde ni duro a mi mandamiento, porque haré que tu cuerpo y tu alma sean atormentados en los negros palacios (donde la llama espira envuelta en humo) con azotes de eterno fuego; y porque no dudes de responder a mi pregunta, ignorante del lugar que será más a propósito para que yo escuche tu respuesta, es mi voluntad que satisfagas a mis dudas desde lo alto de aquel negro y espacioso moral, que viste luto en memoria de aquellos amantes tan majaderos como finos, asegurándote, que de lo que en esto por mí hicieres, tendrás premio, porque yo levantaré un sepulcro a tus cenizas, tan sumptuoso que será reverenciado de los moros y admirado de los cristianos.

Advierte, letor importuno y melindroso, tú que todo lo fiscalizas, porque después no me arguyas a las espaldas, que un criado de don Juan de Meneses tan ingenioso como el dueño, aquel día con cierto embuste había entrado en el jardín, y buscando ocasión, para no ser visto, se subió en lo más alto del moral, cuya espesura era tanta, así de hojas como de fruto, que le pudo tener bien escondido. Este, así como su amo concluyó el razonamiento, asomó por lo más alto del árbol una calavera, y entristeciendo la voz lo más que pudo, dijo:

-¿Qué me quieres? ¿Por qué me fuerzas y oprimes con tus conjuros, cristiano caballero?

-¡No te resistas! -replicó el astuto, aunque fingido encantador, levantando la voz y la vara con la cual amenazaba los aires fuertemente.

Entonces, arrojando del pecho grandes gemidos, soltó segunda vez los acentos el bien industriado sirviente en esta forma:

-Ya que tanto porffas y no puedo ser inobediente a tus preceptos, porque tus palabras bastan a domar todas las infernales sombras, sabe que no hay palmo de tierra en todo el sitio que esta huerta y jardín ocupan, que no sea sepulcro de un inmenso tesoro. Ruégote que rompas la tierra con silencio, porque si esto llega a noticia de los demás cristianos, lo perderás sin gozar de ello ni una pequeña parte, y dando en manos de tu rey, perseguirá a los moros africanos, con quien yo tengo estrecho amor y antiguo deudo.

Con esto, haciendo un muy gran ruido, escondió la calavera. Suspenso y arrebatado de estas maravillas, el cudicioso y avaro viejo se hallaba ajeno de sí y confuso, y aunque pudiera con lo que vio retirarse, no quiso, pretendiendo ser el último que desocupase aquella estancia. El fingido Meneses, prevenido con su malicia de aquello mismo que sucedía, entretuvo el tiempo que restaba de luz en hacer círculos en el suelo, hasta que con la venida de la noche pudo aquel aprendiz de sus embustes bajarse del árbol y saltar a las tapias, dándole el pie su maestro, porque aunque tenía llave, no quiso, haciendo ruido con ella, que se entendiese que alguno había salido y dejar sospechoso el caso. Con esto, llamando a los jardineros, se despidió de ellos, y salió solo en su presencia, en la forma que había entrado. Apenas él volvió las espaldas y se puso a caballo para restituirse a la ciudad, cuando, rompiendo aquellas oscuras prisiones, don Antonio mandó que le encendiesen un hacha y, requiriendo la huerta, hizo que un hortelano se subiese al moral, fingiendo que creía que en él se había escondido un ladrón. Bajó el hombre y afirmó con juramento no haber hallado entre sus ramas ni a un pájaro que las habitase, con que él se aseguró más, y entregándose todo al crédito de aquel caso, se juzgó hijo de la Fortuna y señor de sus riquezas.

Volvió a su posada y halló ya en ella a Pedro, que dándole muchas gracias por la merced recibida, le dijo después que aquel sitio, aunque apacible y ameno, era poco sano, y que le estaría muy bien deshacerse de él, y entregándole la llave, prosiguió de este modo:

-Este es consejo de amigo, vuesa merced le venda, que yo haré que le den cuatro mil ducados más de lo que le costó, la mayor parte de contado, y tomando algo a censo sobre la misma posesión.

A esto respondió que lo miraría de espacio, porque como él había plantado de su mano los más árboles, en cierto modo les tenía un paternal amor. Con esto, se despidieron, quedando más cudicioso el avariento y tan vencido de este insaciable apetito, que lleno de inquietud gozosa, no reposaba, haciendo tantas fábricas en su imaginación, que fue no pequeña maravilla amanecer otro día con entera salud en su juicio. Pedro, por empeñalle más en el engaño, le escribió un papel en que le daba priesa por la resolución, y le decía que sobre lo que le costó, si había dicho que cuatro, haría que fuesen ocho, y que porque no dudase, lo efectuaría de modo que la cantidad se diese toda de contado y nada a censo. Satisfízole con decir que él había puesto su gusto en aquella casa, y que éste era tanto, que nadie en el mundo, aunque fuese muy poderoso, era bastante a pagársele; y que así, le suplicaba no le hablase más en aquella materia. Consultó luego a ciertos profesores de la judicaria, que en aquella ciudad y reino son muchos, y como la ciencia es tan incierta, el embuste y quimera de Pedro afirmaron ser verdad. Este engañado juicio procedido de facultad tan aleve, que burla a los amigos y miente a los que más la obligan, le dio esfuerzo y osadía para hacer un castigo general en todas las plantas habitadoras de aquel sitio famoso, sin que les valiese el sagrado de su belleza, ni el de su inocencia inculpable, que la avaricia siempre fue verdugo aun de los mares que azota con más sed de oro que de sus aguas, tan hidrónica, que mientras más bebe, más desea. Cavó haciendo espantosas profundidades, volviéndose en horror para los ojos la misma parte que les sirvió tanto deleite.

Corrió la voz por el pueblo, bien ignorante de que esto fuese burla, antes muy engañado, porque el origen que había tenido estaba secreto entre don Sebastián y Pedro, que como juramentados cumplían con su obligación y conseguían así mejor el efecto de su deseo. De modo que, para con el vulgo, los principales autores de este movimiento eran los astrólogos, que ya obstinados y pertinaces no acertaban o no querían desengañarse, y variando en el lugar infinitas veces, apenas tuvo en la casa aposento que no padeciese las injurias de los azadones; pero, como en ninguna parte de éstas se viese resplandecer el metal hijo mayorazgo del Sol, vencidos ya en parte, aunque no en el todo, aquellos vanos profetas se excusaban (¡oh supersticiosos!) con decir que había faltado la diligencia principal, que era buscar alguna persona que conjurase ciertos espíritus que tenían la defensa y guarda de aquel tesoro, y que mientras no se rompiese la puerta de sus encantamientos, se perdería el tiempo y el gasto. Buscó un morisco que en aquel reino tenía opinión de hombre eminente, y después de haberle sacado alguna cantidad de dinero, respondió este embuste, como verdadero discípulo del demonio, que allí se escondía una riqueza grande, pero que estaba determinado del cielo, que no lo manifestase él, sino uno de los sucesores que había de heredalle, de que el mezquino don Antonio recibió tanto dolor, que mudando naturaleza, no sólo fue liberal, sino pródigo y perdido, diciendo que no tenía que desvelarse por sus herederos, pues la suerte les prevenía tanto tesoro, cuya burla resultó en provecho de los mismos actores, porque eran los que más le disfrutaban, a título de ser sus mayores amigos y confidentes.

Prosiguen los caballeros valencianos la conversación en casa del transformado Meneses, y allí se discurren materias varias de gustoso entretenimiento

Los caballeros mozos, los músicos, los poetas, y al fin toda gente ociosa y bien entretenida, festejaban a mi señora doña Inés y eran de ella no menos festejados y favorecidos. Aquella casa fue la Academia de los Discretos de aquel tiempo. Una tarde, que el verano trujo calurosa, concurrieron a pasarla en ella fresca los más familiares amigos. La bellísima Castellana (que así la llamaba la cortesía generosa de los valencianos caballeros, con envidia y a pesar de las damas de aquella tierra) dio principio al deleite de aquel día y vida a este romance, sirviéndole entonces de alma su voz y el instrumento, cuyo asunto fue una señora viuda en el traje y en las partes personales bellísima:

Laura, milagro de amor,
perfección de sus ideas,
que en vuestra luz se regalan
animadas y suspensas.

Pues sois tal, que aun las lisonjas
que produce la elocuencia,
apenas tener merecen
nombre de alabanzas vuestras.

Que aunque vestís de la noche
la deslucida librea,

desmintiéndose a sí propia,
mayor luz que el Sol ostenta.

Que Amor siempre ejercitado
en ingeniosas cautelas,
rescata entre aquellas sombras
el fuego con que nos quema.

Si os conquista mi esperanza
más amante que soberbia,
tan honrada empresa puede
ser mérito de sí misma.

Viene en vuestros bellos ojos
el ocio de las estrellas,
porque donde ellos alumbran,
ni ellas lucen ni lo intentan.

Jamás favor para ellos
les pienso pedir a ellas,
porque de los inferiores
nunca el favor aprovecha.

Yo que en sus rayos me abraso,
sin hacelles resistencia,
así cantando ejercito
de mi instrumento las cuerdas:

«Es peligro miraros, y yo porfío,
porque son vuestros ojos dulce peligro.
Peligro tan regalado
no puede ser peligroso,

en quien caer es forzoso
sin venir nadie forzado,
bien sé que es el más buscado,
con ser el más conocido,
porque, etc.

Los cobardes hace osados
un peligro tan suave,
porque en su fatiga cabe
el premio de sus cuidados,

hasta los escarmentados

peligran sobre el aviso,
porque, etc.».

Alabanzas sin número fueron las gracias que recibió Inés por la dulce suspensión en que a todos puso, cuando el maestro que la había dado destreza en esta arte más divina que humana, recibiendo de sus manos el instrumento, con voz suave dijo a los ojos negros de una dama que estando entonces presentes era el blanco de su voluntad:

-Ojos negros, si el Amor
me negara esa hermosura,
yo tuviera la ventura
de vuestro mismo color.

La luz del dorado coche
ni os excede, ni os iguala,
aunque no os vestís más gala
que las galas de la noche.

Entre galas bien estrañas
con ser tan negro el vestido
luce mucho guarnecido
de tan hermosas pestañas.

¡Ay negros del alma mía!,
quien no amara, no creyera,
que luz tan negra pudiera
hacer tan hermoso al día.

De suspiros abrasados
música os pienso ofrecer,
que los negros soléis ser
a música aficionados.

Y así estimar mucho es justo,
los negros bien lo merecen,
pues vemos que se parecen
a los reyes en el gusto.

De miedo hablaros no puedo,
Amor quisiera y no osa,
que es de niños propia cosa
tener a los negros miedo.

Mas como otras veces llaman
regalados y amorosos,

los que los ven tan hermosos
más que los temen, los aman.

Oíd mis humildes quejas,
reyes, justicia me hagáis,
que reyes sois, pues estáis
coronados de esas cejas.

En celebrar me desvelo
el bien que el cielo las dio,
porque no quisiera yo
ofendellas en un pelo.

Ya me llama la blancura
de la garganta y la frente,
y la pluma gloria siente
en celebrar su hermosura.

El negro color dejemos,
y en el blanco se prosiga,
aunque ya por mí se diga
que me voy tras los extremos.

Razón es que el amor pruebe
a gozaros, no anda ciego
por ver si puede su fuego
regalalle en vuestra nieve.

¡Ay, si mis manos cansadas
la merecieran tocar!,
aunque las suele dejar
la nieve más abrasadas.

Pasar ya de aquí deseo,
este es solo mi cuidado,
más de la nieve ocupado
a dar un paso no veo.

Pluma suspéndete aquí,
y diga el verso postrero,
con razón por Celia muero,
pues para Celia nací.

Presente estaba el caballero poeta autor de las redondillas, que alabándose juntamente con lo bien cantado, partieron entre el músico y el poeta las alabanzas, tocando al segundo la mayor parte, que encendido de ellas y obligado de los ruegos de los amigos,

refirió esta novela amorosa, escrita en otavas; su título Recaredo y Rosimunda, que habiéndola formado entre otras muchas para un poema irregular y misto intitulado Las hazañas del Amor.

I

De un ciego capitán hazañas canto
(si alevosos ardidés son hazañas),
que es, siendo fuente de sangriento llanto,
autor de obras magníficas y estrañas,
cuanto abrasa su ardiente yelo, y cuanto
los míseros albergues y cabañas
de la plebe más vil preferir sabe,
del César Imperioso al cetro grave.

II

Divertiré con varios accidentes
de otros efectos el discurso mío,
que entre quejas de amor siempre dolientes
tengo de resonar con marcial brío
actos ya valerosos, ya prudentes
(amena variedad), cantar confío,
que se desprecia de menor trofeo
el ambicioso osar de mi deseo.

III

¡Oh Febo!, si son fieles las historias
antiguas que os celebran por amante
del Amor los blasones y victorias,
justo es que vuestro espíritu los cante;
sus heroicos trofeos y memorias,
no es bien que incorregible los espante
del negro olvido la violenta llama,
verdugo torpe de la honesta fama.

III

Al tiempo cuando el infeliz Rodrigo,
rey de fortuna infiel y breve estrella,
amó en la Cava el rayo y el castigo
de su corona para infamia della,
el tirano común, el enemigo,
inexorable Amor, el que atropella

por las dificultades invencibles,
conquistador glorioso de imposibles.

V

Universal imperio poseía
entonces más que nunca en todo el suelo
(era siglo de Amor), por quien ardía
la hermosa redondez que abraza el cielo;
en la patria del agua se encendía
el pez, y sin velle al ave el vuelo
le hacía sacrificio de sus galas,
que a Amor no se le huyen por las alas.

VI

Arde la tierra, el aire, el agua, en ciego
fuego de Amor, y ya dél oprimidos
todos cuatro elementos son del fuego
a su naturaleza reducidos;
pasan del ocio blando del sosiego
a formidable guerra los sentidos,
y es ya cualquier espíritu amoroso
teatro de tragedias prodigioso.

VII

Pero quien más el duro imperio siente
del que premia servicios con agravios
es la invencible España, cuya gente
da materia a las plumas de los sabios,
pues su heroica alabanza es conveniente
y forzoso ejercicio de sus labios,
porque hallan ancho campo en sus vitorias
para hacer admirables las historias.

VIII

En la parte que tiene de invencible,
Amor quiere ser único en el suelo,
y a su deidad no juzga conveniente,
que le da a España el mismo honor el cielo;
cuanto mayores muestras de imposible
la empresa ofrece, esfuerza más su vuelo
la dulce parca de inmortales vidas,
para vencer las armas no vencidas.

IX

Vecina al mar, hermosa y eminente
y fundación de aquel monstruo tebano,
yace la insigne Cádiz, que no siente
las tiranías del invierno cano;
antes en todos tiempos felizmente
blasona con la pompa del verano,
y de la ilustre y la vulgar riqueza
goza abundancia en oro y en nobleza.

X

Hermosa en rostro, generosa en pecho,
entre sus muros Rosismunda vive,
virgen a quien el orbe es campo estrecho,
mayor empresa su ánimo concibe;
su fatiga, el ocio, el blando lecho,
martirio y no corona la apercibe,
magnánima virtud la inspira y llama
a ser alto sujeto de la Fama.

XI

Tiranizó los ojos de un mancebo
con los suyos, lumbreras celestiales,
ornato de la tierra, como Febo
del cielo con sus rayos orientales;
tan dulce pasto y tan sabroso cebo
el joven busca, y son sus prendas tales,
que aun a tan generosos pensamientos
ceder no deben sus merecimientos.

XII

Recaredo es su nombre y la excelencia
de su virtud su nombre califica,
ministro en tierna edad de la prudencia,
a cuyo templo y aras se dedica:
ya de arte en arte y ya de ciencia en ciencia
peregrinando, su alma se hace rica
de un tesoro, que en siendo conseguido
no puede ser robado ni perdido.

XIII

Aún no diez y seis veces visto había
al verde abril el noble Recaredo,
cuando llegó a entender que Amor quería
que allí pusiese su esperanza y miedo;
el joven a la virgen parecía,
tanto (¡oh cuán breve en la pintura quedó!),
que de los sexos dos sólo ha podido
ser distinción la forma del vestido.

XIII

Cada uno ve en el otro su retrato,
y el del otro cada uno trae consigo,
dos rostros son y un parecer, más grato
cuanto más parecido y más amigo;
crece su amor con el manjar del trato,
que no sabe otra sombra ni otro abrigo;
al principio fue estrella y ya es prudente,
justa elección que obliga blandamente.

XV

No distribuye entre los dos el cielo
dos vidas, que los dos son una vida;
vida dulce y feliz porque en el suelo
no hay más vida que fee correspondida;
trato en todo tan limpio de recelo
no parece de Amor, que allí se olvida
de ejercitar con ingeniosa mano
las cautelas de príncipe tirano.

XVI

Huésped de la ciudad por cuyo suelo
discurre ufano el Tajo venerable,
a quien labró con tanto monte el cielo
natural muro y siempre inexpugnable,
cuya piedad y religioso celo
la propone a los ojos admirable,
era entonces la Corte del Rodrigo,
que peleó contra sí, por ser consigo.

XVII

Respetos del honor y obligaciones
desde allá a Recaredo están llamando,

y acá el Amor con dulces dilaciones
le va el tiempo y las horas engañando;
varios asuntos, varias intenciones
su corazón engendra, y peleando,
la paz le turba de su entendimiento
la batalla interior del pensamiento.

XVIII

Al fin (resolución que celebrada
por el común aplauso ser debía)
obedece a su honor y a la jornada,
aunque en sus brazos acabar temía;
virtud de tiernos años no esperada,
fructo que aquella edad desconocía,
acción maravillosa y raro ejemplo,
a quien la eternidad le debe templo.

XIX

Admiróse Toledo en su belleza,
de ver que en mortal carne trasladase
su hermosura el abril y la riqueza
de sus flores vertiese y derramase;
vanagloriarse la naturaleza
podía, si es que ya no le envidiase
haberle dado más que a sí, y desea
que mejor que su autor la obra no sea.

XX

Crece la fama, y le desacredita
en darle tanto crédito de hermoso,
porque parece que el valor limita
de un pecho varonil y generoso;
manchalle así la invidia solícita,
y afila el instrumento venenoso
de su sangrienta lengua que es más fuerte
y más inexorable que la muerte.

XXI

Ya que en belleza que es tan inculpable,
más bella mientras más examinada,
cualquier parte por sí tan admirable
que hace por sí belleza separada,

y toda junta unión tan agradable
que la da perfección más levantada,
no hallan defectos, la interior ofenden
y envilecerle la opinión pretenden.

XXII

Froila, que en la sangre se igualaba
al rey, que de su sangre descendía,
a quien toda la Corte veneraba
por lo augusto que en él reconocía,
con más duro semblante le miraba,
que en el rostro que a tantos suspendía,
acrecentando el número a los cielos,
temblaba él de la espada de sus celos.

XXIII

Alabósele un día (inadvertida
alabanza en más daño que provecho)
su dama y quedó luego concebida
vil desesperación, que enciende el pecho;
ella en vez de mostrarse corregida
le reduce a tormento más estrecho,
llora y suspira, y vierten con espanto
lágrimas y alabanzas, voz y llanto.

XXIII

Deste amor y deste odio descuidado,
que ella y él igualmente le tenían,
vivía Recaredo, y empeñado
en la fee que también le agradecían,
no pudo prevenirse contra el hado,
porque con sordos pasos le venían
fabricando su daño las estrellas,
que sus mayores émulos son ellas.

XXV

Busca ocasión Froila a la venganza,
mas no hay venganza donde no hubo ofensa;
es obra del furor y destemplanza,
que en los delictos liberal dispensa;
cobra brío, ardimiento y confianza
cuando en su sangre generosa piensa,

y usa de la virtud de sus mayores
para la ejecución de sus errores.

XXVI

Juzga digno matalle, mas que sea
por mano suya juzga indigna cosa;
ministro elige de la hazaña fea,
que anochezca la vida más hermosa,
intenta que del cuerpo desposea
aquella alma, que fue tan poderosa
que le usurpó con dulce tiranía
el imperio feliz que él poseía.

XXVII

Tuvo el aviso un ánimo piadoso,
que a Recaredo le alumbró en su daño;
«Huye», le dice, «el golpe riguroso»,
y él replica: «Es peligro más extraño,
volver por mi inocencia es lo forzoso
y no aumentar las fuerzas del engaño,
pues de tanto poder ¿qué torre o muro,
defenderme podrá y hacer seguro?»

XXVIII

»Froila es sangre real, ponerme quiero
a sus pies, donde escuche mis razones,
que con príncipe tal un caballero
debe humillarse en las satisfacciones;
sabrás mi verdad, y si su acero
aún me armare cautelas y traiciones,
en el amparo real pondré mi vida,
cuya espada de todos es temida».

XXIX

Apenas dijo así, cuando procura
hacer ejecución este deseo;
tiempo halló y ocasión, mas no ventura;
juzgó su vida en bien dudoso empleo;
contemplando del Tajo la hermosura
al tiempo que el abril con más aseo
que riqueza le viste, vio que estaba
Froila, a quien ninguno acompañaba.

XXX

Espera allí Froila porque sabe
que ha de salir su dama al campo hermoso,
trayendo en el semblante honesto y grave
el émulo de abril más generoso;
pensó si Recaredo, en quien no cabe
aun sombra de malicia, cauteloso
a vella viene della prevenido,
y siendo imaginado fue creído.

XXXI

Altérase, y al tiempo que humillado
Recaredo con voz el aire hiere,
mientras más se humilla, más airado
concibe errores y de celos muere;
tres veces miró al cielo, y tres airado
al agua, porque dél y della quiere
socorro en tanto fuego, y de agua y cielos
huyó porque el color visten de celos.

XXXII

Desnudó con la cólera la espada,
y aunque anduvo la mano allí imprudente,
más quedó por la lengua disfamada
su sangre, hablando libre y torpemente;
a una hirió la carne, y más pesada
la otra el alma, que su agravio siente;
el cuerpo vierte sangre, el alma arroja
suspiros de dolor, ansia y congoja.

XXXIII

Previene la defensa el ofendido
joven, aunque sin ánimo de ofensa,
mas ¿qué acero discurre tan medido
que no lleve la ofensa en la defensa?
Froila en nueva cólera encendido,
lo que es defensa que es delito piensa
y quiere que sea culpa una disculpa,
que el no valerse della fuera culpa.

XXXIII

Precipitóse ciego, cudiciando
robar su vida, y respondió su espada
tan firme que a sus pies cayó espirando
el alma libre y mal aconsejada;
quedó el vivo más muerto y deseando
la vida al que dio muerte, y vio cerrada
en sus ojos la muerte a su deseo,
sombra mortal y ya cadáver feo.

XXXV

No tan sombra mortal que no viviese
después dos días, y el sangriento caso
con la ocasión a muchos refiriese,
sin ser en la verdad largo ni escaso;
Recaredo gentil sin que pudiese
el Tajo altivo resistille el paso
haciéndole sus pies y manos puente
penetró de sus aguas la corriente.

XXXVI

Viose en la otra ribera cuando inclina
el Sol su luz en el ocaso, Oriente
para otros mortales, pues camina
vivo su resplandor eternamente;
no muere en su virtud su luz divina,
para nosotros sí, pues está ausente,
que era una misma acción que a un tiempo hace,
a estos muere y a los otros nace.

XXXVII

Socorro fue la sombra al fugitivo,
a quien dieron amparo unos pastores,
donde en el traje culto y el lascivo
ornato desnudó vanos honores;
el hado entonces fieramente esquivo
del campo le ejercita en las labores,
y le expone a servir bárbaro dueño,
que le limita la porción y el sueño.

XXXVIII

Corre la nueva a Rosismunda, y llega
con los aumentos que le da la fama.

«¡Oh mísera en amor!» dice, y más ciega
vuelve a entregarse al fuego de su llama;
la razón más la turba que sosiega,
pues tanto más peligra quien bien ama
cuanto es mayor su ingenio. ¡Oh mal extraño!,
donde el mayor remedio es mayor daño.

XXXIX

En traje de varón se viste, y parte
cuando un solo color el mundo viste,
sobre un caballo fiel, en quien sin arte
natural obediencia siempre asiste;
como la soledad quieta es la parte,
que más deleita el ánimo de un triste,
sola camina y tan veloz que el cielo
su movimiento raptó vio en el suelo.

XL

En Toledo descansa en la dichosa
nueva de que su amante no está preso,
mas luego presa en cárcel rigurosa
se turba expuesta a un mísero suceso:
la dulce semejanza muy costosa,
¡ay triste!, vino a ser, y con exceso
presa de amor de Recaredo viene,
y juzgada por él prisiones tiene.

XLI

Este error milagroso, que la suerte
puso en los rostros dos, no le declara,
antes el noble ánimo la advierte
que sacrifique allí la vida cara;
la vida ajena con la propia muerte
pretende asegurar, y no se ampara
de verdad, que ha de ser clara al sentido,
con advertir que allí miente el vestido.

XLII

Antes en la prisión dice: «Si muero
en fee de que mi amante es el que muere,
no le buscaran más, con que así espero
vivir en esto mismo que muriere;

en una muerte sola considero
la vida de los dos, si yo supiere
espirar con un rostro tan constante,
que en todo sea la imagen de mi amante».

XLIII

Confiesa, pues, la culpa que no tiene,
pide el cuchillo y por la muerte clama,
que así seguridad mayor previene
a la vida que vive donde ama;
con ver los instrumentos se entretiene
de aquel castigo que su premio llama,
y cría un corazón robusto y fuerte
entre los aparatos de la muerte.

XLIII

Llega su padre en busca della, y ciego
del engaño común que causó el traje,
le pide al rey, justificando el ruego,
que enmiende el deshonor de su linaje;
con falsa acusación jura, en el fuego
ardiendo de la saña y del coraje,
que Recaredo le robó su joya,
émulo del ladrón que nació en Troya.

XLV

Y dice más, que la quitó la vida,
y es fuerte la razón, pues no parece.
¿Cómo ha de parecer si está escondida
de la cautela que el vestido ofrece?
Ella a la nueva causa agradecida,
de su muerte en mayor deleite crece,
pues ya loca de amor (¡oh valor fuerte!)
muere en la dilación, vive en la muerte.

XLVI

La muerte y robo confesó la dama,
y aunque muertes y robos hechos tiene
son de otra calidad, porque su llama
en almas sino en cuerpos se entretiene;
con esta confesión turba la fama
los ánimos, y el vulgo se previene

para su libertad y su defensa,
que todos juzgan por común la ofensa.

XLVII

No supo el padre que ella hubiese huido
en traje varonil, porque tuviera
indicios de su engaño, y advertido,
al bien que busca no le persiguiera;
ella, que el robador y el robo ha sido,
la verdad no descubre aunque pudiera,
antes intenta hacer (mudando suerte)
al autor de su vida de su muerte.

XLVIII

Pesóle al rey que hubiese confesado,
a la reina y las damas juntamente,
que es Recaredo con extremo amado
por su belleza y ánimo valiente;
piensan que es él que muere, y más cuidado
les diera a conocer la floreciente
virgen, cuya exterior blanda terneza
es torre de invencible fortaleza.

XLIX

Sale a morir, aunque mejor dijera
a quitar vidas, su belleza rara,
tal que hasta el mismo Júpiter temiera
los rayos del Olimpo de su cara;
la color virginal no se le altera,
antes con mayor ánimo la ampara,
que entonces en su rostro más hermosa
para morir con ella nacen rosas.

L

Un negro luto lleva que acrecienta
belleza en ella y lástima en la gente,
que la nieve del rostro más se aumenta
con su contrario y más esfuerzo siente;
por reprimir del vulgo la violenta
furia, del rey la guarda está presente,
que más que el pueblo apasionada viene
y más de amparo que de ofensa tiene.

LI

Pues entre sus escuadras los soldados
los verdugos esconden, que se huyeron
de comiseración tanta obligados,
que allí de la piedad ministros fueron,
no de justicia, que aunque ejercitados
en verter sangre, por horror tuvieron
del Sol, padre común, con pecho ingrato,
borrar en ella el único retrato.

LII

¡Más, ay! su padre (¡oh fuerza del engaño!),
creyendo que así venga a quien ofende,
por más desprecio suyo y mayor daño,
ciego de nueva cólera se enciende,
y cuando el vulgo del suceso extraño,
gozoso y admirado se suspende,
profana así con voces inhumanas
el respeto y decoro de sus canas.

LIII

«Yo, yo seré el verdugo, yo el sangriento
ejecutor de esta justicia justa».
Desnuda luego el brazo y el violento
cuchillo fuerte entre la mano agusta;
el rey para ello da consentimiento,
porque de velle con infamia gusta
a un hombre tan cruel para que sea
castigo de su error la infamia fea.

LIIII

Venda los ojos que llamó su vida,
y aunque es esta la luz que busca ciego,
ciego no acierta a vella. ¡Oh mal regida
mano, suspende el golpe; oye mi ruego!
Tres vidas quitarás con una herida,
y a tres felices almas el sosiego,
de Recaredo y de Rosaura bella,
y la tuya, que está pendiente della.

LV

Como el cordero tierno que en el prado
aún no ofendió la yerba con el diente,
de la sangre materna alimentado
que en la leche le da liberalmente,
ya para el sacrificio destinado
sobre el ara a los ojos de la gente
espera con silencio, y así deja
más compasión cuanta es menos queja.

LVI

Así la heroica virgen oprimiendo
su dolor, compasión mayor causaba,
y el piadoso y cruel padre atendiendo
al sacrificio el cuello desnudaba;
y fue con tanta fuerza que rompiendo
del vestido la parte que celaba
los pechos tiernos cuanto virginales,
halló en ellos el fin de tantos males.

LVII

Fue ministro el furor del desengaño,
los pechos dicen lo que negó el pecho;
desaliéntale un caso tan extraño
el corazón, que lucha en el estrecho
vaso del mortal cuerpo, y teme el daño
que intentó hacer y piensa que le ha hecho,
y entre tan caras dudas perdió el uso
de la razón su espíritu confuso.

LVIII

Retrocedió tres pasos, y la mano,
ya remisos los dedos, en el suelo
dejó el cuchillo, cuando el cuerpo anciano
dio espaldas a la tierra y rostro al cielo;
el respirar y el suspirar en vano
intenta y él hallará más consuelo
en lo segundo, pues si suspirara,
cuerpo y alma igualmente descansara.

LIX

El vulgo, que siempre hace su rudeza
milagro de un suceso peregrino,

juzga este efecto de naturaleza,
hazaña del artífice divino;
desengañase al fin y la grandeza
del caso pesa, y fuerza del destino,
que a tal padre y tal hija con engaño
propuestos tuvo para tanto daño.

LX

Y aunque de tantas partes prodigiosas
consta el suceso, todas estimables,
de la virgen las fuerzas generosas
juzgó por superiores y admirables;
y con voces confusas tan gozosas,
que aun en la confusión son agradables,
al rey la lleva, que a su rostro atento
la vista suspendió y el pensamiento.

LXI

Y dice: «Aunque más vienes para hacellas,
pide mercedes». Y ella: «Así la vida
de Recaredo pido, en sus estrellas
se asegure mi luz que anda perdida».
Y él vuelve a replicar: «Vivirán ellas,
pues tanta intercesión ¿qué habrá que pida,
que no se le conceda, aunque sea injusto?
La ley ha de morir, vivir tu gusto».

LXII

Admiró el rey, que entonces se abrasaba
más por Florinda, que en mujer se hallase
tanta fuerza de amor, y deseaba,
que éste ejemplar su ingrata le imitase,
pero porque la Corte, que empezaba
a encenderse en sus llamas se quietase,
con el rumor primero desta guerra,
llena de dones la volvió a su tierra.

LXIII

Pártese luego en busca de su amante,
que con noticia ya del caso viene,
humilde, agradecido, y tan constante
que para tanta fee méritos tiene;

ya cada día menos semejante
se vee de su Rosaura, y le conviene,
que el bozo de oro a un varonil sujeto
le hace, si no más bello, más perfecto.

LXIII

Cuando (quísolo rey) el himeneo
sus padres le previenen bien dichoso,
y a un efecto cierto aquel deseo
que tuvo la fortuna tan dudoso,
dulce fruto de amor tras un rodeo
difícil, vario, incierto y prodigioso,
la obra es suya y de su noble idea,
pues también suya la alabanza sea.

LXV

Duró la admiración por muchos días
en el palacio real, y Atanarico
que de su edad los florecientes días
gastó en hacerse de las ciencias rico,
«Si del ingrato Amor las tiranías
tanto os deleitan, escuchad, que aplico
la voz a un instrumento», dijo, y luego
desatando la voz consiguió el ruego.

LXVI

Fue pues lo que cantó la siempre hermosa
ciudad donde se vieron trasladadas
por mano aunque imperial más religiosa
las águilas en Roma idolatradas,
la que opuesta a Neptuno tan copiosa
se vee de torres fuertes y elevadas,
que hasta este sacrílego elemento
muda en admiración su atrevimiento.

Hasta aquí llegaba, empezando otra novela desde esta última otava, pero como entrase a llamarle un criado suyo para un negocio de importancia, despidiéndose de los que le oían (con no pequeño dolor de todos), suspendió el corriente, ofreciéndose a proseguir en la primera ocasión que volviesen a juntarse. Quedaron inquietos y poco gustosos lo[s] presentes, cuando llegaron a suplir sus veces dos caballeros que cantaban siempre juntos, y escusando los ruegos (propia acción de hombres nobles), tomando luego el instrumento, sólo en lo bien que cantaron parecieron músicos. Dijeron, pues, así:

Por ver nacer tan humilde
en los más soberbios riscos
en generoso cristal
del monarca de los ríos,
pisa las sierras de Cuenca
Albanio, a cuyos altivos
pensamientos la Fortuna
en vez de alas puso grillos.
Ya de sus guerras civiles
hacen paz y son amigos
sus deseos que intentaron
ser tiranos de sí mismos.
Aquí en los frutos que ofrece,
más útiles que no ricos,
descubre naturaleza
mayor piedad que artificio.
Considera como el Tajo
nace en humildes principios,
y después entre las ondas
muere soberbio y altivo.
Y viendo que sus deseos
van por diverso camino,
admirado y no quejoso
esto a los cristales dijo:

«Mis deseos, oh Tajo, no te parecen,
porque nacen soberbios y humildes mueren.

Naces con tanta pobreza,
que aun no te das a sentir,
y después vas a morir
lleno de pompa y riqueza,
opuesta naturaleza
a mis pensamientos tienes,
porque, etc.

Procurándote humillar
naces, pero tu valor
te hace al fin competidor
más que vasallo del mar,
no te quieren imitar
mis deseos, y se pierden,
porque, etc.»

Admiró Inés lo bien que juntos habían cantado aquellos caballeros, siguiéndose los pasajes y cerrando las cláusulas con tanta unión, que con ser dos parecían uno, mas

viendo que algunos de los oyentes eran muy vulgares, y que en vez de haberse suspendido en el deleite de un tono tan grave y artificioso, se hallaban cansados, por servirles plato conforme a su apetito, airosa, risueña y apacible, cantó así, encendiendo los aires y los corazones:

Como un sol es la gitana,
por Dios que es bella mujer,
mas pienso que es sol con uñas,
bolsas, mirad lo que hacéis.

Mariquita de las coles
es la que nos viene a ver,
abra cualquier faldriquera
el ojo y guárdese bien.

Sus manos hechas a un torno
más bellas no pueden ser,
mas no le tienen en nada
de lo que asen una vez.

La buena ventura os dice,
y porque vos descortés
no despreciéis el servicio
paga real se sabe hacer.

Cuando baila hace mudanzas
fuera del son que tañéis,
porque de una casa en otra
muda cuantas cosas vee.

No es amiga de ropaje
porque funda su interés
en joyas y en dobloncillos,
que tiene gusto de rey.

Más quiere un diamante viejo
aunque algo arrastrado esté,
que un vestido que le acaba
de parir el mercader.

A la mujer de un hidalgo
dicen que la dio un vaivén,
atención hermanas mías,
que el cuento no es de perder.

Travesuras de su esposo
son ocasión de que esté
tan llena de azul el alma,
que cuello pudiera ser.

A Mariquita consulta
sus quejas, porque ella es
el oráculo de Egipto,
a quien dan crédito y fee.

Una noche del diciembre,
morena como la pez,
más helada que un melindre,
más traidora que un revés,

a la dama y sus sirvientes
esta bella como infiel,
mano a mano las engaña
cuando las rayas las vee.

Al tiempo que ella les dice
cosas (su simpleza ved)
que del ser se hallan tan lejos,
cuanto ellas cerca al creer,

un gitano su ministro,
hombre muy sordo de pies,
a un escritorio le saca
las entrañas el cruel.

Las joyas y los doblones
se echa al hombro y da traspié,
carga de que un rey cacique
ganapán pudiera ser.

Y otro día con la aurora,
que martes menguante fue,
la llaga del mal ferido
con ojos dolientes veen.

Vanse a exclamar al tiniente,
mándala luego prender,
pero en la red barredera
de sus ojos cayó el pez.

Que de la gitana ilustre
se siente en el fuego arder
aquel palo de justicia
y aquella sombra de juez.

Su inocencia califica,
y ella en premio de este bien
conjuga sus verdes años
con su madura vejez.

Mas porque le amargue el dulce,
y halle acíbar en la miel,
y descubra entre las flores
áspid que sabe morder,

le deja a oscuras la bolsa,
que para las tales es
(en faltando el sol del oro)
noche amarga y sin placer.

Tomó las de Villadiego
entregándose al bajel
del carretero de Ocaña,
hombre de silencio y ley.

Y aunque la cogió en el lazo
el buen tiniente después,
amor es puente que deja
que todos pasen por él.

¿Qué os parece de la niña?
Si la habéis de acometer,
ved, que es coco de las bolsas,
alerta, y no os descuidéis.

Apenas dio fin la dulcísima sirena, cuando llegándosele una criada la dijo al oído, hincadas las rodillas, que a la puerta esperaba un coche de amigas para llevarla a pasear, y así como le oyó, sonándole a ella mejor la música de sus ruedas que las cuerdas de su instrumento, pidió inquieta el manto, y aun sin esperalle, bajó los escalones con tanta priesa, que se puso a peligro de dar con los ojos donde llevaba los pies.

Saca el industrioso Pedro, del cuerpo de la ciudad de Valencia (como si fueran espíritus malos), tres hombres que la tenían inquieta y cansada

Aquellas señoras valencianas caminaron en su coche a una casa de placer con la castellana cantora, porque sin sus gracias y donaires, parecían los entretenimientos

descabales y no cumplidos. La merienda estuvo regalada y el sitio tan ameno, que despertaban lo uno y lo otro los sentidos a nobles deseos, y a suavísimas ocupaciones. Fueron en seguimiento de ellas unos caballeros gallardos y lucidos, que habiendo hecho el gasto de lo que se merendó, procuraban cobralle, ya que no fuese posible en otra cosa, en la voz de Inés, que era lo mismo que en el viento, pues él se la lleva, que para los que traían tanto fuego, si no era el eficaz remedio, por lo menos algún modo de alivio. Uno de ellos, que cantando con áspera voz enmendaba este defecto con la destreza, y suavidad del tañer la guitarra, oro con que se dora semejante píldora, por obligalla con la lisonja, bañó el aire con la armonía de las cuerdas, y entonando la voz desató ella estas razones:

*-Serranos de Manzanares,
yo me muero por Inés,
cortesana en el aseo,
labradora en guardar fe.*

*De cuyos ojos honestos
se dejó el Amor vencer,
que aunque es su color el pardo
son más bellos que Aranjuez.*

*Cuidado el alma no engendra
que la deje de ofrecer,
porque como son sus hijos
quiere que se ocupen bien.*

*Tras sí se llevó mis ojos,
pero ya no es menester,
porque ellos se van tras ella
después que saben quien es.*

*Invidia pone a los cielos
cuando su hermosura ven,
porque puede a los jardines
hacer ricos con su pie.*

*Celebremos pues, serranos,
con voz dulce y pecho fiel,
este prodigio del cielo.
Decid, como yo diré:*

*«Labradora tu puedes rendir al amor,
si el abril son tus plantas, tus ojos el Sol».*

*No es mucho que a tu beldad,
rica de prendas estrañas,*

*estas soberbias montañas
la miren con humildad,
y su antigua majestad
la inclinen a tu valor,
si el abril son tus, etc.*

Aunque conoció Inés no ser ella el sujeto contenido en el romance, porque jamás había pisado los campos de Manzanares, de más de que el tercer verso de la primer copla, que dice «labradora en guardar fe», no le tocaba por ningún lado, agradeció a aquel ilustre cantor, que en la semejanza del nombre se hubiese acordado de ella, y celebrado en el modo que pudo su persona, y recibiendo de él la guitarra, que era de ébano y marfil, juntó el de sus manos al del instrumento, que se vio de ellas tan excedido que en su presencia tan ébano pareció el marfil como el ébano, y luego dando deleite a los oídos y veneno a los corazones, cantó airosa y apacible:

*-Laura, si es que a veros voy
en cuantas partes estáis,
es porque vos me lleváis
siguiendo el alma que os doy,
que como difunto estoy;
vuelto en sombra os voy siguiendo
no espantaros pretendiendo,
más por si os moviese amor
con la sombra del dolor
a donde estoy padeciendo.*

*Ha puesto mi inclinación
sólo en veros sus antojos,
por dar más gloria a los ojos,
que no a la imaginación,
que pues fueron la ocasión,
oh Laura, de conoceros,
yo les confieso el deberos,
y así a pagallos asisto,
este bien de haberos visto
con volver, señora, a veros.*

*Contemplar vuestra hermosura
es llegaros a ofender,
que es fuerza se hayan de hacer
mil hierros en la pintura,
y así es cosa más segura
el mirar vuestra belleza,
que si os amo con fineza,
que es como se os debe amar,
yo no os tengo de quitar
lo que os dio naturaleza.*

*Ya los bárbaros antojos
de mis ojos se han deshecho,
que vos habéis satisfecho
la cudicia de mis ojos,
ricos con tales despojos;
no tienen que desear,
sino es sólo conservar
el bien que pueden perder,
temiendo, que tanto ver
se les convierta en llorar.*

*Si os diera en aborrecer,
muriera con la mudanza,
pues amar sin esperanza,
por fuerza he de perecer,
y si la muerte ha de hacer
que yo en mis años primeros
ensangriente sus aceros
con amaros o olvidaros,
muera yo por adoraros
y no por aborreceros.*

*Si aborreciéndoos muriera,
con tal muerte me afrentara,
pues ser bárbaro mostrara
cuando al bien aborreciera;
amar y morir quisiera,
mirad, como Amor me tiene
después que en vos me entretiene,
pues para morir honrado,
que es el fin más deseado,
el amaros me conviene.*

El día y el canto de Inés espiraron a un mismo tiempo, porque el sol, que hasta entonces de cortés se había detenido, acudió a la obediencia del orden fatal, y ella y las demás que la acompañaban trataron de volverse a la ciudad, venciendo resistencias y porfías de aquellos caballeros amantes, que con ruegos y promesas, y aun alguno de ellos con dádivas de presentes, y no poco ricas, procuraba adquirir la vitoria, o por gozarse en tanto gusto, o por desvanecerse en tan singular triunfo, y más creo lo segundo, porque los poderosos de nuestro tiempo no se recrean tanto en la posesión del deleite, como en la noticia que de él tiene el vulgo, que aun en los actos torpes solicitan los aplausos plebeyos. Quedaron burlados y despedidos, y en medio del yelo de este desdén, más abrasados.

Halló Inés a Pedro retirado en su estudio, porque, como él refirió de sí mismo, era excelente latino y filósofo, y no menos poeta sutil y culto. La causa de esta reclusión procedía de que en aquella ciudad asistían tres personas molestísimas a los ingenios apacibles, que habían librado su venganza en la industria del cordobés. Las partes de

estos cansados fueron las que yo diré con brevedad y no sin risa. El primero, un tahúr astroso y desmelenado, muladar de las conversaciones y asco de los ojos menos melindrosos y más bien acondicionados. Cuando perdía, insolente y bla[s]femo, negaba la reverencia a lo más alto, a lo más arcano de la divinidad, adquiriendo por esto entre todos nombre del Tahúr Renegado, siendo por él más conocido, que por el apellido que heredó en la sangre de sus abuelos. Los defectos del segundo no se tenían por menos perjudiciales, porque con un natural duro y grosero porfiaba en hacer versos a pesar de la naturaleza, que le negó tan alto don, de cuyo rudo genio y vilísimo estilo murmuraba nuestro Renegado Tahúr con algún donaire, causa de que los dos fuesen enemigos. Los crímenes del tercero tenían más disculpa, porque siendo un ciego mendigo, vendía por las calles, para alivio de su miseria, algunos embustes: plato del vulgo y crédito de ignorantes, siendo gran perseguidor del Turco, a quien no dejaba sosegar en su casa, y que, a conocelle, pienso que le temiera más que a la potencia de la Liga, porque difamaba su autoridad cada día con mil ridículas novelas; bien es verdad que no se le puede negar que era un hombre milagroso, porque hacía él más milagros en un año que todas las imágenes devotas del reino en diez. Dispensárale el pueblo estas y otras mayores culpas, a no ser persona que con feroces y desiguales gritos pregonara sus obras, muchas veces a tiempos que le inquietaba. Por esta causa, fue condenado entre los demás y entregado a tan ingenioso verdugo, y no descuidado, pues entonces en aquella soledad fabricaba la burla común de tres.

Estuvo en esta ocupación detenido más de tres horas, y saliendo después a la cena tan divertido que con brevedad la dio despacho. Partió luego para la casa del ciego vociferante, y mudándose el nombre y afirmando ser el miserable poeta que atrás tenemos referido, le dijo que allí le traía una obra nueva con que había de ganar muchos dineros. El ciego, esgrimiendo la boca y haciendo en ella varios gestos con alguna novedad y no sin estudio, le preguntó:

-¿Qué es la materia?

Y él entonces respondió:

-Es que un hijo de vecino de esta ciudad, de malas y perversas costumbres, por ser muy vicioso y desordenado en el juego, llamado fulano -(y nombró el Renegado Tahúr)-, dejado de la poderosa mano del cielo, se pasó a Berbería y renegó.

Entonces el ciego replicó así:

-He vendido yo este año otros dos pares de coplas de renegados y está el pueblo cansado de tanto reniego, aunque el ser hijo de vecino y conocido, las podrá hacer vendibles. Lea vuesa merced algo del invocatorio.

Y echando luego mano a la garganta, se rascó un poco, y aun más que mucho, ejecutando algunas muertes, que por no violar la limpieza que siempre he profesado en mis escritos, no las refiero. Entonces nuestro Pedro dijo así:

*Sagrado Dios eternal,
hijo de Virgen María,
pues mi musa es tal por cual,
sacadme de esta agonía
o echaréme en un corral.*

*Socorredme, Dios bendito,
para que cante la historia
de un renegado maldito,
que deste mundo en la escoria
se echó a rodar el precito.*

*En esta ciudad nació
de Valencia en esta misma
del mismo de que hablo yo,
y recibió el olio y crisma
de que después renegó.*

Tratóle Dios con regalo,
como si buen hijo fuera,
mas yo cual Sardanapalo
si por hijo le tuviera
le pegara con un palo.

-Por cierto -dijo entonces el ciego con mucha ponderación-, que v. m. se enoja con razón justa, y que lo mismo me hiciera yo, si le tuviera presente, y siendo ciego no fuera mi palo el que menos le doliera; pero es menester que veamos si hay algún villancico a la postre, porque es lo que más agrada.

-Oiga -replicó Pedro-, que de todo vengo prevenido.

Y poniendo los ojos en el papel, leyó así:

Lucifer cayó del cielo
y de ángel se hizo mochuelo,

*Lucifer desvergonzado
quiso con Dios competir,
y él no lo pudo sufrir,
por ser tan justificado.*

*¿Qué más se quería el malvado
sino gozar sin rencilla
de aquella angelical silla
que no la soñó su abuelo?
Lucifer, etc.*

*Viendo desvergüenza tal,
dijo el ángel San Miguel:*

*«Denme mi espada y broquel.
¿Esto pasa? ¡Pesía tal!»,
y fuese para Luzbel,
y encontrándose los dos,
le dijo: «¿Quién como Dios?
¡Vete al infierno, nezuelo!».
Lucifer cayó, etc.*

Más le agradó al ciego este villancico que lo principal de la obra, y por él se prometió venta y despacho provechoso, y así trató luego de los intereses, que como los de Pedro no eran más que lograr su embuste, le dio el papel gratis, encargándole mucho que le sacase luego a luz. Parecióle que así quedaba la diligencia bien hecha, y volviéndose a su casa, reposó aquella noche quieto. A la mañana, salió por el lugar y les dio parte a los amigos confidentes del estado que este negocio tenía, que alabaron, tanto como la invención, el modo de ejecutalla con suavidad y sin ruido. Entretenido de esta esperanza, pasó cuatro días, y al quinto logró el fruto de su sementera con abundancia y felicidad. Sucedió así:

Estaban Pedro y sus camaradas a la puerta del Aseu, y con ellos el Tahúr Renegado, platicando en diversas materias, y él tan gracioso, como otros días, y soberbio (achaque que le repartió entre otros su apestada naturaleza) se desvanecía diciendo que nadie le había perdido jamás el respeto, ni por escrito, ni de palabra, antes pensaba que el cielo puso en su rostro algunas luces sobrenaturales, pues todos le veneraban y temían; que era él persona que sufría que todos se le atreviesen a su hacienda sin rehusar nunca el ser condenado en costas, pero que el decoro de su reputación había de estar siempre en pie, o sobre ello aventurar la vida con el mayor señor, con el más poderoso ministro; que sólo aquel infame Poeta Pedantón (que así llamaba a su contrario) hablaba algunos atrevimientos por los rincones, como aquel que conocía cuán caro le saldría este intento, si usase de él en las publicidades.

A este mismo tiempo que él granizaba fieros y amenazas, pasó el ciego por aquella parte relatando en sus voces descomunales y acostumbradas. El Renegado Tahúr, que se oyó nombrar por sus nombres, propio y apelativo, quedó arrebatado y dudoso de que aquello pudiese ser, como a él le había parecido, aunque la turbación de los semblantes de todos los que con él se hallaban acreditó su sospecha. Mas con todo eso volvió a aplicar segunda vez los oídos y confirmó su desdicha con más fuerza de dolor, y acometiendo al ciego, le quitó los papeles de las manos y leyó el título de las coplas, y halló que era de la misma sustancia y modo que lo que él relataba en voz, y caminando al último renglón a buscar el nombre del autor por quien eran compuestas, halló ser aquél de quien acababa de hablar con tanto desprecio. Ejecutara con la cólera en el ciego algún inclemente y desvariado castigo si los presentes no le sacaran de sus manos, deteniendo al uno y dando escape al otro. Éste prosiguió por todas las calles de Valencia hasta la noche, que volvió a su casa, sin entrar en ella un solo pliego de más de ochocientos que había sacado, porque como el hombre era tan notable y conocido, todos compraban las coplas, y muchos, tres o cuatro pliegos dellas. Pedro, por perficionar su malvada y peligrosa empresa, quedándose solo con el Tahúr Renegado para despertalle los apetitos de la venganza, socarrón y mesurado le dijo:

-Amigo mío, yo no lo soy poco, pues estando vos en opinión de tahúr y renegado, os doy en público este nombre. Advertid que no es justo que aquel disfamador de las musas españolas, ingenio tan insolente que con ser vírgenes las estupra y hace violenta fuerza para que le acudan con los consonantes, se os atreva. ¿No veis por el estraño estilo con que hoy os ha entregado en las manos del vulgo para que por esas calles os embistan los muchachos? Gentil corona se os previene de martirio, porque los rapaces suelen hacer la imitación del de San Esteban en sus amigos, como se hallan los guijarros tan a mano. Por lo menos, ya que vos no estéis en un muladar como el Santo Job, el muladar estará en vos, por la inmensa cantidad de trapajo que arrojará sobre vuestros hombros esta gente incorregible y mal aconsejada. ¿Qué pensáis que significa poner a lo último de las coplas el villancico de Lucifer, sino reprehender vuestra soberbia y fealdad? Que aun en aquello que más encubre, más os hiera. ¿Posible es que vuestra corónica ande escrita en papel de estraza, siendo el autor un poeta lego y el que la vende un ciego mendigo? Apenas esta noche asombrará las luces el día, cuando las mozas que van a las tiendas empiecen a cantar los versos de la renegada historia, sin que sean bastantes a remediallo ni el rigor de la justicia. Yo no os aconsejo que derraméis la sangre de vuestro prójimo, porque de mi naturaleza soy más escrupuloso de lo que en mis palabras parezco. Sólo querría que esto no se disimulase, porque vuestra flojedad no engendre en aquel Pedantón mayores atrevimientos. Armaráse luego de sus romanzones duros, y más que duros infinitos, porque son tales que ni el principio se les conoce ni el fin se les halla, y con ellos dará nueva risa al pueblo, refiriendo vuestras acciones, que aun sin eso ellas de su cosecha son ridículas. ¡Ea, valeroso amigo!, haced esfuerzos en vuestro corazón, y vencedor de estas ignominias, sin desnudar la espada, con vuestro ingenio os vengad del suyo, que aquella es buena herida que se da por los mismos filos, y sólo aquel es perfecto desafío que se hace con iguales armas, que yo dedicaré de mi parte mis desvelos, mis vigiliias, y si fuere necesario, el riesgo de mi persona y vida.

Tan largo y afectuoso fue el razonamiento de Pedro, que ponía en persuadille la eficacia que pudiera a un gran monarca, para que restaurara de los turcos la Santa casa de Hierusalén. Con esto, se despidieron, y el Renegado Tahúr, que aunque le sabemos otro nombre habrá de pasar con éste, por no quitalle la máscara, al mismo tiempo que referimos sus afrentas, se retiró a su posada, donde pasó la noche, triste, larga y confusa, doloroso y desvelado, buscando algún camino a la satisfacción de tanto agravio, como aquel que no advertía en el engaño y se persuadía fácilmente a la credulidad de tanto embuste, por no tener otro enemigo declarado sino el autor supuesto de aquellos coplones. Estúvose en su casa encerrado algunos días, y echó voz que se había ausentado, por asegurar al que a él le parecía que podía vivir receloso, y ayudándose de algunos amigos honrados que le tenían obligaciones, fabricó esta burla, que él llamaba venganza, siendo verdadero principio de ofensa.

Fue pues, que el menguado poeta estaba malferido de amores de una señora doncella vecina suya, noble, hermosa, rica, entendida, y de pocos años, supremos dones de la naturaleza y de la fortuna, y que raras veces concurren en un sujeto. Celebrábala él con versos suyos, que algunos le salían felices y perfectos, porque Amor, siempre milagroso, perficiona y enmienda los espíritus más rudos. Había acabado una noche un romance para

enviársele con un papel el día siguiente, que descuidado de lo que se le prevenía, paseándose divertido y olvidado del sueño, cantaba así suspenso y enamorado:

*-Alma de mi cuidado,
bellísimo imposible,
hermosa más que el cielo,
y más que el tiempo libre,*

*las superiores luces,
que las esferas rigen,
a ti como inferiores
se humillan y se rinden.*

*¿Qué flor, Belisa hermosa
(honor de los jardines)
te compite, aunque sea
de Elisios y Pensiles?*

*Desespera la tierra
de poder competirte
aconsejando al cielo
que a tu beldad se humille.*

*Tus dientes y tus labios
enmiendan y corrigen
lo rojo en los claveles,
lo blanco en los jazmines.*

*Invidian las estrellas
a mis ojos felices
que han podido agradarte
con no saber servirte.*

*¡Oh si pudiera agora
(más, ay, que esto es difícil)
lo que te quiere el alma
con obras persuadirte!*

*La muerte hallara fácil,
pues siempre en tu amor firme,
de mi fe no triunfaran
sus armas invencibles.*

*¿Qué importa si el diciembre
con negras nubes ciñe*

*de los azules cielos
la región más sublime,*

*y que de sus cristales
las corrientes derribe,
sepulcro de los montes,
que tal vez los oprime,*

*si tantas aguas juntas
jamás harán que espire
el generoso fuego
que en mis entrañas vive?*

*¿Y qué importa que labre
su mano helada y triste
grillos de sordo yelo
al arroyuelo libre,*

*si estas y otras prisiones,
aunque él más me fabrique,
Amor para ir a verte
le manda me las quite?*

*Ármense, pues, los tiempos
que a todos los resiste
mi voluntad ufana
de ver que tú la admites.*

*Esto cantó gozoso
a los bienes sutiles
de Belisa el amante,
dichoso como firme.*

Apenas acabó él de mal gruñir este romance, porque no tenía voz que fuese capaz de entonación, cuando oyó otra música, y no diferente de la suya, porque él se abrasaba de amor, y las campanas de su parroquia tocaban a fuego; dióle cuidado, y abriendo una ventana que caía a la calle, vio gran tropel de gente que venía diciendo que era en su casa. Fición que había hecho el Renegado Tahúr, despertando al sacristán de la parroquia y dándole dineros porque tocase. Estaba a las puertas de la iglesia con los amigos que tenemos referidos, y a todos los que pasaban preguntando por la casa que se quemaba, los dirigían a la del poeta castigado, aunque inocente, que como la aprehensión puede tanto, y más en las materias del miedo, muchos de los que allí se juntaron afirmaban que veían arder el fuego, que con ser el temor frío, no había otro más que el mismo que de él nacía. Acudieron luego muchos ministros de justicia, que dieron mayor pompa a la tragedia. Nuestro amante metrificador corrió a las puertas, y procurando abrir, halló inútil esta diligencia, porque habían cegado con tanta tierra las cerraduras que la llave no podía

moverse. Aconsejaronle sus criados que se descolgase por una ventana, pero no teniendo igual ánimo con ellos para semejante empresa, se entró por un albañal más espeso que estrecho, aunque al salir dio con la cabeza en una piedra y se descalabró. Así herido, sucio y bañado de olor pestífero, estando por lo feo y mal perfumado a un mismo tiempo aborrecible a la vista y al olfato, le llevaron a curar por la vecindad a la casa de su dama, que viéndole con aquella horrible presencia, recibió de su persona aborrecimiento y desestimación. En tanto que el cirujano hacía martirios en el alcázar de los incorregibles vientos, que tal es la cabeza de un amante y poeta, subieron a lo más alto de su casa, y porfiando muchos de ellos que aún veían arder las llamas que nunca se encendieron, le derribaron una chimenea, y con el agua que echaron, cayendo la mayor parte sobre sus aposentos, se le manchó una colgadura. Para entrar con mano violenta de justicia, le rompieron las puertas, consumiendo los ladrones (que a título de hacerse serviciales, se introdujeron a su sombra) más que la voracidad del fuego hubiera podido cuando allí reinara con la tiranía que en Troya. La mayor parte de la noche se les pasó en esto, y la risa del alba trujo la de todos los circunstantes, porque desengañados con sus luces de que allí aun del humo no habían quedado indicios, reconocieron que en ello se encubría alguna maliciosa y vengadora treta. Apenas pasaron tres días cuando, quitada la máscara, corrió la voz del caso por la ciudad y se supo el autor principal y los ministros que le ayudaron. Pudiera tan triste nueva acabar con los días del miserable herido, que despertó en el mayor sentimiento cuando supo que su dama y las criadas, que con mayor familiaridad la asist[í]an, hacían entremés del estado presente de su miserable fortuna. Este desdén, que había de ser legítima causa para enfriarse, le encendió más, y procurando olvidar las injurias que recibía de su dueño, daba gracias por agravios (doctrina que la deben observar siempre los humildes con los poderosos) alaba[ndo] sus partes y perfecciones con la lengua y con la pluma, a cuyos ojos verdes, más poeta y más amante mientras más herido, escribió estas redondillas:

*Ojos verdes, ved que error,
que estáis, piensan mis cuidados,
del abril enamorados,
pues os vestís su color.*

*Regalo y deleite alcanza
más que el que adorna los cielos,
que ellos se visten de celos
y vosotros de esperanza.*

*Si no sabéis que os adoro,
para que estiméis mi fe,
testigos presentaré
en las lágrimas que lloro.*

*Pues con causas diferentes,
que estén ordenan los hados
en vuestros ojos los prados
y en los míos las corrientes.*

*Casi os quisiera reñir
a no hallarme yo temiendo,
por ver que estáis prometiendo
lo que no habéis de cumplir.*

*Ese color generoso,
siempre que le llego a ver,
me diera mayor placer
a no ser tan engañoso.*

*Pues miente y da confianza,
pienso que es (si bien se mira)
dar color a la mentira
con el color de esperanza.*

*Más ¿dónde vamos, deseo,
con estos vanos antojos?
Pues no esperar de esos ojos
es no creer lo que veo.*

*Pero, aunque más me asegura
su hermoso color mi bien,
¿qué importa verdes estén
si es tan negra mi ventura?*

*¿Quién puede fiar su amor
de ojos de tan tierna edad?,
que habrá mucha mocedad
adonde hay tanto verdor.*

*¡Ay, Belisa! ¿Y quién creyera
que es tal mi desconfianza
que adonde está la esperanza
mi esperanza se perdiera?*

*Aunque ya temo y recelo,
por las razones que digo,
que es muy digno de castigo
quien desespera del cielo.*

*Y así he de morir amando
vuestra aspereza y rigor,
porque es fineza mayor
esperar desesperando.*

Al tiempo que él cerraba el papel para enviarle a su ingrata señora, entró a visitarle, fingiendo ternura y compasión de sus trabajos, nuestro Pedro. Mostró alegrarse el enfermo con su vista, a quien dio abrazos de amigo, contóle sus lástimas, significóle su inocencia. Era éste un hombre de tal condición, que se esforzaba más para seguir sus intentos cuando se los contradecían; y así, el príncipe de los embusteros por persuadille con la disuasión, le dijo:

-Amigo, indigna es la venganza en los hombres de ánimo tan generoso como el vuestro, y más cuando los ofensores son tan viles como éste, en cuya persona sucia y desaliñada se contempla el muladar mayor de la república; muladar no sólo en el cuerpo, sino en el alma, pues llena de blasfemas torpezas, es aborrecible a los ojos de Dios y de los hombres. Si vos sois el archipoeta de las musas valencianas, y tenéis una pluma de dos cortes, con que podéis cruzar no caras, sino honras, y destruir no personas sino familias, ¿para qué os persuadís a remitir esto a los filos de la espada, que castigan a veces con peligro del mismo que la ejercita? El sujeto, pues, es largo y espacioso para decille injurias, si no tan estendido y dilatado, que parece el epílogo de todas las culpas, digna materia de los mayores oprobios. ¿Qué pretende éste? ¿Qué procura? Pienso que también quiere que se escriba historia de los hechos de sus vilísimos padres, porque las obras de ellos sirvan de disculpa para las suyas cuando vea el mundo que tuvo a quien parecerse en lo vicioso. Si queréis hacer lucida vuestra venganza, a ley de buen poeta, mordelde en los prólogos de vuestros libros y en los lacayos de vuestras comedias, y daréis a un tiempo castigo a sus errores y entretenimiento al vulgo; y sólo os podré servir de trainel de algunos cuentecillos en que seré más verdadero que chismoso, que dándolos vos después colores poéticos, ganaréis fama para todos, siendo celebrados, vos por los versos y él por los errores en ellos contenidos. Mirad, señor, oídme, que parece que os divertís.

Aquel doliente, colérico y furioso, respondió:

-Perdonadme, que no quiero, porque esta plática se opone toda al dictamen de mi sentimiento. O vos burláis de mi paciencia, o queréis ver si hay en mí rastros de honrados respetos. Daréis causa a que presuma que él mismo os ha inducido a esta diligencia, porque conozco la cortedad de sus manos, y cuánto teme ver sobre su cabeza las ajenas. El consejo de lo que en esto he de hacer ya yo le tengo elegido, cuya ejecución ni puede tardarse ni dejar de ser alabada.

Holgóse Pedro de verle en el estado que había pretendido, y con simulación procuró quietalle, encendiéndole más los humos de la venganza.

La noche se cerró lluviosa y oscura, tanto, que no sabía cómo volverse a su posada. Envió un recaudo a la bellísima Inés, que había ido a una visita en un coche, para que se pasase por allí y le llevase en su compañía, que viniendo muy a tiempo, favoreció al enfermo con entrar a visitalle; y después, en una guitarra que se buscó en la vecindad, mal prevenida de cuerdas, cantó, aunque forzada, tan risueña que desmintió en los ojos los pensamientos:

*-¿Cómo premiar no pensáis,
Belisa, tantos suspiros?
¿Que no me canse en serviros
cortésmente me ordenáis?*

*A una alma que no os conquista,
y sólo os trata de amar,
¿por qué le habéis de negar
el manjar de vuestra vista?*

*Serviros sólo es su oficio;
mejor galardón espera,
que no es bien que de hambre muera
estando en vuestro servicio.*

*Fin de obligaros no llevo,
con servir siempre y amar,
que mal os puedo obligar
con lo que pienso que os debo.*

*Testigo es, Belisa, el cielo,
que en cuanto intenta mi amor,
para ofender vuestro honor
no se levanta del suelo.*

*El camino habéis errado,
pues cuando el rostro negáis,
su alabanza le usurpáis
al cielo que le ha criado.*

*No deis en tan ciego error;
cierto es que al cielo no agrada,
que obra tan bien acabada
querrá enseñarla su autor.*

*Que tal perfección ha sido
la que tenéis en el suelo,
que puede a su autor el cielo
dejarle desvanecido.*

*No me despedáis, por Dios,
pues cuando llego a miraros,
pago al cielo con loaros
el bien que le debéis vos.*

*Ved lo que mi suerte alcanza,
y si es mucha mi riqueza,
deudas de vuestra belleza
se pagan con mi alabanza.*

*Poneros pleito podría;
pienso que fuera acertado;
que, pues yo la he pagado
más es que no vuestra mía.*

*Pero bien no me estará,
aunque me suceda así,
¿de qué me servirá a mi
si fuera de vos está?*

*Señora, pues la fe mía
que es tan vuestra conocéis,
tiempo es bien que señaléis,
para veros cada día.*

*Pero si determináis,
que yo me muera sin veros,
fuerza será obedeceros,
haré lo que me mandáis.*

*Diferenciaréme así
de amantes que se murieron
por el mucho mal que vieron,
yo por el bien que no vi.*

Grande consuelo, y aun eficaz medio de salud fue para el dos veces herido, de amor la una y de su cobardía la otra, el oír cantar a Inés, y en tanto mayor grado creció su deleite cuanto pudo dársele el ser los versos suyos y en alabanza de su dama. Quedó con esto sosegado por algún breve tiempo, hasta que yéndose las visitas, cenó, y tratando de recogerse para dormir, no pudo. Los deseos de venganza (que en su opinión era tan justa) le desvelaban. Vinieron el día siguiente los cirujanos, que en aquella ciudad los hay siempre eminentes (fruto de sus doctísimas escuelas). Estos le hallaron la herida en tan buen estado, que le pusieron parche en ella y se despidieron. Principio fue de la salud del ánimo el ver la del cuerpo tan aventajada, con que dándose las manos, la una a la otra fortaleció los miembros y vistió el espíritu de nueva gallardía. Salió con esto a misa un jueves, y después empezó a visitar los amigos, que en su desconsuelo le acudieron fieles y dolorosos, y procuró armarse para la satisfacción de tan vergonzosa afrenta.

Bien se prevenía, si la Fortuna no tuviera determinado proseguir el entremés con mayor gracia y menos riesgo. Fue pues así:

Levantóse una mañana para ir a palacio a hablar al virrey sobre un negocio en que peligraban, si se perdía, grandes intereses de reputación y hacienda, cuando oyó por su desgracia otra vez al ciego, que había madrugado con tercera impresión que de las coplas (de que a él le fingían autor) hizo, satisfecho de que volvería a su casa más cargado de moneda que de papel. Llegóse a él muy enojado, y llamó[n]dole con indignación nombres llenos de oprobio, y entre ellos vilísimo embustero. El ciego con el miedo le volvió algunas respuestas graciosas, y la última tal, que le provocó a grande risa al mismo tiempo, que acaso venía por la propia parte el renegado Tahúr, que viéndole tan gozoso, y con aquel papel, presumió que por tenerle a los ojos se reía con desprecio suyo y arrogancia propia; y aunque les debía de haber aumentado algunas glosas a las márgenes, confirmóse en su sospecha, y caminando para ellos, derribó por el suelo de un puntapié al ciego mal mirador, aunque él le llamaba mal mirado, y todo lo fue el mezuquino en aquella ocasión, y después puso mano contra el desprevenido poeta, a quien repitiera la herida de la cabeza, y aun buscara en ella mayor profundidad, si no fuera el Santelmo de esta tormenta un soldado de la guarda del virrey, y después los alguaciles de la Audiencia, que cumpliendo con su obligación los prendieron, y escribiéndose la causa desde su origen, y en ella las burlas y tretas de la una a la otra parte fabricadas, dieron un día entretenido a Su Excelencia, y a los señores jueces, que considerándolo después más bien, hallaron mucho cuerpo en los delitos para castigallos. Perdía su juicio el poeta (si es que se pierde lo que no se tiene), considerando que el ciego había declarado por su confesión, que él le llevó las coplas a su casa y le indujo, y aun violentó, para que las imprimiese. Con esto y con la pública voz y fama que se le probó de que era enemigo descubierto del Tahúr Renegado, no tuvo con qué defenderse, y quedó convencido y condenado a destierro del reino, que salió a cumplir. Su contrario se vio en mayor peligro, porque el fuego fingido se le probó haber sido verdadero, y que le pegó, cosa que acriminaba el fiscal justamente en nombre de todo el pueblo, diciendo que pudiera padecer su perdición en aquel daño inopinado. Hablaron en su defensa sus abogados y sus dineros, que eran muchos, y condenándole en ellos y en destierro, desocupó la ciudad. Al ciego, por haber impreso las coplas sin licencia, siendo el caso falso y contra persona en aquella república tan conocida, estando bueno le sajara las espaldas el barbero de la cárcel, si no les lastimara su miseria y le disculpara su ignorancia. También fue expulsado a su costa y llevándole un alguacil hasta ponerle en la raya de Aragón. Los amigos de aquel nobilísimo inventor, que vieron la patria libre de tan molestos varones, acudieron a darle gracias, abrazos y bendiciones, donde celebraron el suceso con una cena opulenta, sirviendo varios platos de dulces regalados, en que aquella ciudad se aventaja a las demás de España, siendo juzgado por el mejor de todos, el que Inés ofreció cantando apacible este romance:

*-La dulce voz de Amarilis
suspensos tiene los aires
y la plata fugitiva
que sobre los montes nace.*

*Entre los árboles verdes
reconocidas las aves
la sacrifican silencio,
deseosas de que cante.*

*Enamorada la esfera
y sus lumbres celestiales,
por oír tanta armonía
hacen que la suya calle.*

*Acompañan su belleza
tantas milagrosas partes
que la gala de su aseo
compra infinitos amantes.*

*Porque tan curioso estilo
de vestirse y adornarse
le ignora la primavera,
que es quien más de galas sabe.*

*Y porque para perfecta
lo principal no le falte,
goza el más agudo ingenio
que ha vivido entre mortales.*

*Cuando arrastrando cadenas
de amor en la estrecha cárcel,
esto le dijo un rendido
esclavo de sus donaires.*

*«Tus vitorias canta, bella Amarilis,
entretanto que lloro memorias tristes.*

*Memorias de tu rigor,
señora, pienso llorar,
mientras te escucho cantar
las vitorias del Amor.*

*Canta, pues que tu valor
tantos pensamientos rinde, etc.*

*Dame cantando la vida
que cantando me quitaste,
pues con tu voz me robaste
el alma, a tu amor rendida,
canta al cielo agradecida,
y alegra los aires libres, etc.*

Entretanto, etc.»

Los últimos ecos de la voz de Inés fueron estos, y en ellos tuvo dichoso fin la conversación de aquella noche, previniéndose los unos a los otros, para proseguir con ella el siguiente día, ocasionándoles el gusto presente la esperanza de tenerle mayor en el futuro.

Refiere Pedro a sus ordinarios académicos una ingeniosa burla, y al mismo tiempo se prosigue con la narración de la novela intitulada Polidoro y Aurelia

Los amigos, más conformes y gustosos que nunca, acudieron con la siguiente luz a ver a los dos carísimos herm[a]nos, que con artificiosos y apacibles embustes entretenían a los unos con lo mismo que murmuraban de los otros, haciéndoles el plato de sus propias cosas, tan bien guisadas, que desconociéndolas, se deleitaban con ellas. Celebraban mucho la treta feliz con que Pedro había desterrado del lugar a los tres molestos y pesados: poeta duro, tahúr renegado y ciego mendigón. Algo se desvaneció con las injustas alabanzas, que provocado de ellas mientras no se ofrecía en la conversación otra materia más grave, propuso al juicio de los presentes, para su risa y entretenimiento, un caso que le pasó en Córdoba, y dijo en este modo:

-En la patria donde yo nací, ilustre por tantos títulos, pues siendo agradable al cielo, se mostró tan liberal con ella, que hasta sus peñas visten esperanza, porque se vea que en sus campos aun las piedras engendran verdores y lozanías, hubo un hombre tan defectuoso, que sus partes personales fueron cosquillas de la risa de los más severos. Tan pequeño, que llegaba con las narices a la pretina de los hombres de mediano talle, de modo que ni era hombre, ni mitad de hombre, sino tercia parte, y esa compuesta de los peores y más inútiles miembros que la naturaleza pudo repartirle. La cabeza se ensangostaba tanto hacia la frente, que no lo parecía, sino esquina donde podían romperse todas las demás que encontrasen con ella, sobrándole allí la agudeza que en el entendimiento le faltaba; los ojos, mal avenidos entre sí propios, miraban a diferentes partes, porque fueron tales, que conociendo de sí que eran ofensivos deste modo, repartían el daño por diversos sujetos; el izquierdo mayor que el derecho, presidiera al rostro si no trujera una niña embozada en una nube, que era la una tan niña, y la otra tan blanca, que la segunda parecía pañal de la primera. Andaba siempre tan disgustada esta rapaza ojiizquierda, que la mayor parte del año le lloraba, sin poderla él enderezar para ninguna cosa que fuese loable, a que ella satisfacía con dos disculpas: la primera, ser el lugar del rostro donde estaba izquierdo; y la segunda y última, su modo de mirar tuerto. El otro ojo era tan pequeño, que lo pudiera ser de una aguja de estas con que se hace cadeneta; miraba con él sin ser visto, porque en materia tan breve no se descubría cosa que pudiese juzgar, ni ser juzgada. La nariz, hebrea en lo disforme, hizo la limpieza de su sangre sospechosa. Vestíase lo más del año de morado, luto en los cardenales, y cardenal en ella. Su grandeza admiraba, porque naturaleza anduvo aquí tan cumplida cuanto en el ojo derecho escasa, haciendo en él un sujeto narigón y desojado. La boca bien armada de dientes, aunque entre sí desiguales, mostraba en los inferiores dos órdenes, siendo su risa el llanto de los niños, porque con lo que descubría les causaba temor y espanto. Era maldiciente, y parecía que no podía menos hombre tan desbocado. En la barba ancha y larga tenía él librada toda su autoridad, si la repasara con alguna limpiadera a sus tiempos, porque sólo le servía de testigo de que comía, trayendo en ella las migajas que desperdiciaba la boca,

si no es que las dejase allí la industria, por desmentir la opinión que de miserable se le achacaba, quiriendo más ser contado con los sucios que con los avaros.

»La garganta se le perdió a la comadre que asistió a su parto (como dicen) entre las manos, porque la cabeza fincaba sobre los hombros, de modo que parecía estar allí clavada, porque para revolverla había de ir con ella todo el cuerpo. Tenía el pecho hundido, y la espalda alta para pagar en ella, recibiendo palos, las malicias que formaba en él. Sus piernas eran tan delgadas, que admiraba que aun el peso de tan ruin cuerpo no las quebrase. Los pies, cimientos de tan vil edificio, fue lo más bien formado de su cuerpo, para que se engañase (como le sucedía) con lo mismo que el pavón se desengaña.

»En este sujeto tan disforme se aposentaba un espíritu brioso y alentado, que muchas veces sucede repartir las peores casas a los mejores huéspedes. Escribía versos y jugaba las armas, ofendiendo con entrambas cosas. La presunción suya desigual a sus fuerzas, inducida de sus imprudentes esperanzas, le persuadía vanísimos asuntos, enamorando siempre lo más bello, lo más discreto, porque él, más osado en lo más imposible, todo lo hallaba igual en su pensamiento. Las noches rondaba mozas y mataba perros, porque decía que ladraban a los ladrones, y que siéndolo él de amor, era fuerza que persiguiese a sus enemigos. Siguiósele de aquí que los rapaces, y aun los barbados, que a veces se entretienen con lo mismo que los muchachos, le llamasen «mata perros».

Hasta aquí llegaba Pedro con su discurso, cuando entró aquel ilustre poeta autor del poema intitulado Las hazañas del Amor, que prosiguiendo con la materia empezada dijo:

-La fábula de Rosismunda y Recaredo oístes, cuando empezaba la de Polidoro y Aurelia me arrebataron ocupaciones forzosas de vuestros ojos, más ya que el tiempo da lugar, proseguiré con ella, aunque será forzoso volver a referir la última octava, que para nuestro intento viene a ser la primera. Dice así:

LXVI

Fue pues lo que cantó la siempre hermosa
ciudad donde se vieron trasladadas
por mano, si imperial, más religiosa,
las águilas en Roma idolatradas;
la que opuesta a Neptuno, tan copiosa
se vee de torres fuertes y elevadas,
que hasta este sacrílego elemento
muda en admiración su atrevimiento.

LXVII

Tuvo entre sus milagros, admirable
peregrina beldad, Aurelia hermosa;
Aurelia por virtud la más amable,
y con ella la menos amorosa;

en verde juventud vida inculpable
descubre, y siempre honesta y nunca ociosa,
escusa pensamientos y deseos,
triunfa de amor y burla sus trofeos.

LXVIII

De sangre consular romana era
reliquia, y como tal reverenciada,
porque en Constantinopla se venera
la memoria de Roma, aún no olvidada,
de tanta perfección, que si la viera
el Sol, más se abrasara que abrasara,
y fuera justamente condenado
a idolatrar el siempre idolatrado.

LXIX

Es de la juventud el común fuego,
y tal, que enciende aun a su mismo hermano,
Claudio su hermano único, que ciego
se queja al cielo con razón y en vano;
impedido el discurso y del sosiego
despedido, negó el derecho humano
allá en su corazón, y licencioso
quiso ser más hermano, siendo esposo.

LXX

La llaga en sus entrañas alimenta,
que oculta trae, con ser tan ponzoñosa,
que a su mayor contrario le aposenta
en la parte más tierna y más piadosa;
o porque de la herida se contenta,
o porque es la salud dificultosa,
calla, y buscando a sus desdichas medio,
la desesperación hace remedio.

LXXI

Entre tan noble ejército de amantes
Polidoro y Fabricio, los dos fueron
más insignes, más fieles, más constantes,
tanto que a Claudio competir pudieron;
mas, ¡ay!, que aunque en la fee tan semejantes,
en la fortuna desiguales fueron,

que Aurelia a Polidoro amó, y su estrella
a Fabricio eligió por dueño della.

LXXII

El uno no es amado, aunque admitido,
y el otro no admitido, aunque es amado,
Fabricio goza prendas de marido,
Polidoro de amante regalado;
un sujeto en dos partes dividido
mal puede conservarse en un estado;
si es morir división de cuerpo y alma,
ya la muerte llevó de Aurelia palma.

LXXIII

Esto fue tan verdad, que en breves días,
cayó en el lecho, y se aumentó en el daño,
siendo el cuchillo sus melancolías,
y el verdugo cruel un desengaño;
ya en los labios no hay púrpura, y sombrías
se veen las luces que con dulce engaño
fueron de amor las cárceles más ciertas,
prisiones sin salida y siempre abiertas.

LXXIII

En opinión de todos fue juzgada
aún hasta de los físicos por muerta,
cuya ciencia dudosa y engañada
es la más necesaria y menos cierta;
al templo su belleza trasladada,
la ciudad sin su luz quedó desierta,
y toda tan sin alma se regía,
que cadáver, no pueblo parecía.

LXXV

Ya Claudio con las lágrimas de hermano
las de amante lloraba más copiosas,
con igual voluntad y tan en vano
Fabricio las vertía bien piadosas;
el uno y otro es fiel, y Amor tirano
que no premia virtudes generosas,
haciendo de su mal donaire y juego,
renueva entre las lágrimas su fuego.

LXXVI

Porque los dos hicieron juramento
de dar vueltas por partes diferentes
al orbe de la tierra, y fue su intento
no censurar costumbres de otras gentes,
mas por si acaso hubiese el instrumento
poderoso de Dios las excelentes
partes de Aurelia a otra concedido,
y ser con dos magnífico ha querido.

LXXVII

Juran buscalla, y si la hallasen, jura
cada uno pedilla por esposa,
mas porque su amistad quede segura,
esta ley establecen por forzosa:
que si concurrir hace la ventura
a los dos donde prenda tan hermosa
acierte a estar, que ceda satisfecho
el segundo al primero su derecho.

LXXVIII

Ya con este concierto establecido,
se parten por camino diferente,
cada cual obligado y persuadido
de un consuelo tan vano y aparente;
el mar rompe Fabricio, que el perdido
tesoro cobrar piensa en su corriente;
Claudio va por la tierra, que procura
hallar consuelo en ella, o sepultura.

LXXIX

Mas, aunque fue tan alta esta fineza,
Polidoro venció con su osadía,
porque él pasó de la naturaleza
los límites con nueva gallardía,
lo más perfecto de la fortaleza
ejercitó, mostrando que podía
Amor (la vez que él tiende el brazo fuerte)
pelear con las fantasmas de la muerte.

LXXX

Que el cuerpo apenas fue depositado
de Aurelia aquella noche, cuando luego
del ministro que es guarda del sagrado
templo, en él compra todo su sosiego;
queda el que vende en parte disculpado,
porque fue más que el oro precio el ruego,
y de un don por tan alto conocido
menos paga que llanto no ha querido.

LXXXI

En el mayor silencio desta fría
noche, que estaba sin ornato el cielo,
porque aquel escuadrón no parecía,
que es, siendo gala en él, vida del suelo;
Atlantes a sus hombros les hacía
Polidoro de un cielo, que del velo
mortal vestido en sus floridos años
persuade y descubre desengaños.

LXXXII

Camina y dice así: «O cuán esquivada
la fuerte fue conmigo, y cuán incierta.
Fabricio te gozó en sus brazos viva,
y yo te llevo entre los míos muerta;
él blanda, él dulce, él tierna, él atractiva
en sus gustos te halló presente y cierta,
y yo, ¡oh duro Amor, cielo enemigo!,
menos te hallo cuando más conmigo.

LXXXIII

»Él se abrigaba en ti, cuando eras fuego,
y yo te alcanzo ya ceniza fría,
hallóte para centro del sosiego,
yo para la inquietud del alma mía;
escuchado y cumplido vio su ruego
y yo aun velle escuchado no podría.
En tálamo nupcial te dio la suerte
a él, y a mí en la tumba de la muerte.

LXXXIII

»¿Por qué méritos dio la suerte dura
(gobierno es desigual de las estrellas)

tálamo a él, y a mí la sepultura?,
mas no interceden méritos con ellas;
cuando él despidió tanta hermosura
por ver difuntas ya sus luces bellas,
yo en mi casa a pesar de hado enemigo,
y aun en el alma el caro cuerpo abrigo.

LXXXV

»De vosotras, oh lumbres celestiales,
fue razón superior, y así convino
que no viviese luz entre mortales
de resplandor más noble y peregrino».
Llegó así de su casa a los umbrales
y en ellos halló el fin de su camino,
mas como el bien perdido amaba tanto,
a los pasos le dio, pero no al llanto.

LXXXVI

En oloroso, blando y rico lecho
el cuerpo, que su alma deposita,
y en él de la mortaja el traje estrecho
a los castos y hermosos miembros quita,
desnuda el rostro y el nevado pecho,
donde aún vivo y despierto Amor habita,
y admírase de ver tantos secretos
de la belleza, y todos tan perfectos.

LXXXVII

Vístela de sutil y blanco lino
camisa, en vez de la mortaja, y luego
abrigada en el lecho halló camino
la recuperación de su sosiego;
sintió moverse el cuerpo, y que el divino
rayo de hermosa luz y ardiente fuego
de sus ojos abrirse pretendía,
más que no a velle, a competir al día.

LXXXVIII

Gozo y admiración le dio el suceso
y aun con la admiración algo de espanto,
pero el gozo creció con tanto exceso
que enjugó en breve tiempo el largo llanto;

de dulce suspensión y éxtasis preso,
teme no sea fabuloso encanto,
y con aquel deseo afectuoso
en la misma experiencia está dudoso.

LXXXIX

Admira ella el sitio, admira el lecho,
y más admira el lado y compañía,
cuando él, de que ella vive satisfecho,
se temió de su muerte en su alegría;
rompe el silencio con la voz que el pecho
en nuevas llamas encendido había,
y discurrendo sobre el caso, advierte
que fue mortal desmayo y no la muerte.

XC

Considera su vida entre mortales
despojos puesta, cuando más vivía,
o con mayor descanso, pues sus males
entonces el desmayo divertía,
que pudo, despertando en los umbrales,
hallarse viva de la muerte fría,
y morir con violencia acelerada
de verse, antes que muerta, sepultada.

XCI

Refiérela el peligro que ha pasado,
y en el mismo peligro su fineza,
pues que más que advertido, enamorado
rescató de la parca su belleza;
ella que considera el duro estado
en que se vio de horror y de tristeza,
de él fugitiva, más que el veloz viento
retrocedió en su mismo pensamiento.

XCII

Él, que en yerbas y plantas conocía
de su oculta virtud varios secretos,
rústica y natural filosofía,
que la halló la experiencia en sus efectos,
restituye salud a quien podía
pedírsela con ansias, con afectos

de enfermo amante, que en lo que él padece
necesita de aquello que la ofrece.

XCIII

Nadie de los ministros ha sabido
de su casa la prenda que allí tiene,
que por no aventurar el escondido
tesoro, del silencio se previene;
él solo la ha curado, y la ha servido,
y por sus manos a ofrecella viene
hasta el manjar; ¡oh amante verdadero,
médico fiel y pródigo enfermero!

XCIII

Salió del mal Aurelia tan hermosa,
que en él se hizo lisonja y beneficio
a su belleza ufana y vitoriosa
y digna de más alto sacrificio;
ella haciendo con la una y la otra rosa
de los labios dulcísimo ejercicio
dio gracias a su amante, y puso en ellas
nuevo fuego de Amor, nuevas centellas.

XCV

Decretaron los dos que se apartasen
de la patria, y viviendo en vida honesta,
del tiempo los efectos se esperasen,
a la fortuna su esperanza expuesta,
y que si con los años alcanzasen,
por muerte de Fabricio, la dispuesta
ocasión, diese entonces Himeneo
honesto y dulce fin a su deseo.

XCVI

Para esto Polidoro reducía
su hacienda a aquel veneno poderoso,
que el más noble planeta engendra y cría,
como él en todo activo, en todo hermoso
causa de la común hidropesía
de tanto pecho avaro y ambicioso,
parto que hace la tierra allá en secreto,
temiendo el daño de su triste efecto.

XCVII

Así abrevió gran suma de riqueza
en cantidad pequeña, y cuando espira
con tristeza común tanta belleza
en él que dando luces, rayos tira,
los dos unidos de la fortaleza
del fuego del amor que los inspira,
parten, y hallando en un bajel abrigo,
al mar saludan por hacerle amigo.

XCVIII

Era el bajel inglés, y pretendía
con el soplo feliz de un grato viento,
cobrando el norte, que perdido había,
restituirse a su primer asiento;
la luz serena del siguiente día
más le redujo a ejecutar intento,
porque rompiendo aquel silencio oscuro
mostró el campo del mar quieto y seguro.

XCIX

Por mansas aguas el bajel camina
tan señor de la mar que le obedece,
que a su profundidad jamás le inclina,
ni juntándole al Sol le desvanece,
tan fiel, tan firme en todo, que declina
de su naturaleza, y más parece
que piélagos turbados e inconstantes,
campo de paz, y reino de diamante.

C

Puerto les dio Calés donde vistieron
el traje del país los dos amantes,
que así ganar la gracia pretendieron
de los que ser procuran semejantes;
su lenguaje y costumbres aprendieron
con brevedad, y ya en nada ignorantes,
los retratan con tanta sutileza,
que es más que imitación naturaleza.

CI

Causó Aurelia codicia en muchos ojos,
que reprimió su honestidad serena,
que hasta el vano anhelar de los antojos
del amor le corrige y le refrena;
su beldad la conquista mil despojos,
presos de voluntad y sin cadena,
y ella (rara virtud en dama hermosa)
los huye más prudente que ambiciosa.

CII

Dos veces el abril puso en los prados
los robos en sus galas del invierno,
dando con un ser mismo a los ganados
manjar, y al campo ornato el galán tierno,
mientras Claudio i Fabr[i]cio por armados
mares y varias tierras sin gobierno,
dieron vuelta del mundo a la más parte,
y fuera más a caminar con arte.

CIII

Con una misma estrella un mismo día
entraron en Calés, donde se vieron,
y obrando a un tiempo amor y cortesía
pechos y brazos dulcemente unieron;
el afectuoso gozo en la alegría
dio cárcel a las lenguas, que estuvieron
en éxtasis tan dulce que pudiera
juzgarse gloria, como eterno fuera.

CIII

Mas, rompiendo el silencio, Claudio cuenta
las remotas provincias que ha corrido,
donde hallar jamás pudo el bien que intenta,
de los celosos hados perseguido;
el mismo mal Fabricio representa,
y el uno y otro amante enternecido,
ni consuelo se dan, ni desengaño,
por ser los dos iguales en el daño.

CV

Claudio hospedó a Fabricio, y por notable
caso, de su jornada, esto Fabricio

refirió sobre mesa, que agradable
pagar pretende en algo el beneficio.
¡Oh fiel correspondencia! ¡Oh admirable
virtud!, del alma noble claro indicio,
prenda cortés del pecho generoso,
que así dijo elegante y animoso:

CVI

«De una inculta, bien que noble, sierra,
oriente ilustre de cristales fríos,
naciendo el Tajo humilde, en breve tierra
crece hasta ser gigante entre los ríos;
a la saña del mar provoca a guerra,
igualando a sus fuerzas con sus bríos,
que admirable a Lisboa sus corrientes
combaten con las ondas impacientes.

CVII

»A esta parte, donde si no alcanza
la vitoria del mar queda dudosa,
llegué con el temor y la esperanza
de nuestra empresa ilustre y generosa;
también me burló allí la confianza
cuanto de mí animada en sí animosa,
y el temor fue profeta verdadero,
bien saludable en no ser lisonjero.

CVIII

»Antes que entrase en la ciudad, el cielo
juntó de nubes poderosa armada,
el cielo arroja un mar, y acá en el del suelo
sube al cielo con furia acelerada,
bramando al suelo vuelve, cuando el velo
del aire rasgan con violencia airada
rayos, autores de impensadas muertes,
artos violentos de las nubes fuertes.

CIX

»En aquel campo estaba edificada
una ermita estendida en su edificio,
con grandeza magnífica labrada,
que de ampararme entonces hizo oficio;

yo en admirar su obra bien trazada
la pago, en lo que puedo, el beneficio,
y más suspenso de su labor quedo,
que entré turbado del horror y el miedo.

CX

»Era al reír del alba, perdió el día
la luz, con que serena la mañana,
porque entre nubes negras mal podía
resplandecer su lumbre soberana;
murió, al instante que nacido había,
en tierna infancia y en niñez temprana,
dando tan breve lumbre a los humanos,
que apenas coronó los montes canos.

CXI

»Un sepulcro de bronce vi, que hermosa
labor le ilustra y le realza en parte,
pues con ser la materia generosa
más resplandece en la virtud del arte;
dos mancebos de forma prodigiosa
y sangrientas imágenes de Marte,
hechos también de bronce, en él pusieron,
que mayor tempestad me parecieron.

CXII

»Volviera pies atrás, si allí no fuera
sereno Sol un ermitaño grave,
tal que veneración pedir pudiera
a todo humano, en quien prudencia cabe;
al recelo que en mi alma considera
templanza puso con su voz suave,
que del horror que allí los ojos vieron
grato refugio los oídos fueron.

CXIII

»"Estos que tanto admiras, caminante,
en que descubres alto entendimiento,
pues suspenderse de obra semejante
certidumbre es, no indicio de talento",
dijo, tierno en la voz, y en el semblante
lágrimas de un forzoso sentimiento,

"Yo los di al mundo, y ellos con su espada
a mi vejez honrosa y desdichada.

CXIII

»"Marte les inspiró su fuego ardiente,
que en ellos se aumentó con mejor fama,
a cuyo obrar ilustre y excelente
faltan voces y lenguas a la fama;
siempre el rubio galán ciñó su frente
de ingratas hojas, que aun adora y ama;
fruto de un parto un día amanecieron,
y en otro juntos al ocaso fueron.

CXV

»"Estando pues en caza cierto día,
ejercicio que amaban en la tierra,
que a este su inclinación los reducía
por ser más fiel imagen de la guerra,
de quien segura entonces no vivía
el ave que más alta se destierra,
que hasta el águila más desvanecida
despojaban del reino y de la vida.

CXVI

»"Dos mancebos, que de ellos ofendidos
nunca el satisfacerse consiguieron,
en mi anciana vejez (¡ay, atrevidos!)
borrar sus altas glorias pretendieron;
atrevidos, mal dije, que vencidos
del miedo el torpe insulto cometieron,
que en tomalla de mí, siendo violenta,
fue su satisfacción mayor afrenta.

CXVII

»"Huyeron la ciudad, y en la campaña
armados ejercitan tiranías
tantas, que aun por humilde a la cabaña
no saben perdonar estas harpías;
gente torpe y cruel los acompaña,
que en robos pasan sus infames días,
y ellos (virtud de ánimos tan fuertes)
patrocinan sus robos y sus muertes.

CXVIII

»"El uno Gundamiro, y Clodoveo
era el nombre del otro, desiguales
algo en la edad, y en bárbaro deseo
competidores siempre y siempre iguales;
ningún delicto le juzgaron feo,
ni aun el que huyen los irracionales,
siendo en desprecio de naturaleza
ministros de lujuria y de torpeza.

CXIX

»"Mis hijos, que estos nombres los llamaban,
Florisio el uno, el otro Polidoro,
juntos por la venganza suspiraban,
que tú la admiraras, y yo la lloro;
conveniente ocasión solicitaban
para no aventurar nuestro decoro,
y por discrimen de una injusta suerte
volver sin la venganza y con la muerte.

CXX

»"Polidoro a buscar a Clodoveo,
sin dar parte a Florisio, partió un día;
Florisio llevó el mismo deseo,
que hallar a Gundamiro pretendía;
artífice fortuna en tal rodeo
su muerte fabricaba y disponía,
y en una misma acción de eterno espanto,
gloria a sus brazos y a mis ojos llanto.

CXXI

»"En diferentes partes muerte dieron
a sus contrarios dos mis hijos fieles,
y en su sangre, común venganza hicieron
por ser tantos sus ánimos crueles;
a las canas que ves restituyeron
el honor que robaron los infieles,
del cielo y de los hombres celebrados,
porque él fue obedecido, ellos vengados.

CXXII

»"Polidoro vistió a Clodoveo
las armas, cauteloso a Gundamiro,
que entonces de Florisio es ya trofeo,
a cuyos pies dio el último suspiro;
con las suyas se adorna y su deseo,
que aunque le lloro, más que culpo admiro,
él mismo fue en Florisio, a quien la suerte
dio en las de su contrario audacia y muerte.

CXXIII

»"Cada uno se parte cudicioso
de engañar su contrario, y va engañado,
porque viéndose así, juzgan forzoso
que el uno esté del otro asegurado;
encuéntrense los dos, y el riguroso
siempre inclemente y no vencido hado,
en un abrazo (¡ay triste!) que fingieron
las dagas se clavaron y murieron.

CXXIII

»"La voz, con que se quejan, ha podido
sacarlos de su duda, y desarmados
los rostros, por los pechos que han herido
se juntan suspendidos y abrazados;
el uno así del otro despedido
espiran ofendidos y vengados,
y aun siendo de su muerte los autores,
de los que se vengaron vengadores.

CXXV

»"Supe yo el caso y condenóme el cielo
a larga vida, para larga pena,
y en este propio sitio en cuyo suelo
su sangre derramaron por la ajena,
este sepulcro les labré, y el velo
vestido de humildad, la playa amena
que ves habito, y de mis breves días
hago oblación a sus cenizas frías".

CXXVI

»Así dijo el anciano, y yo procuro,
darle el mismo consuelo que aborrece,

más viendo que ya el Sol hace seguro
al campo, y que destierra, y desvanece
la tempestad, me entrego al mar perjuro
en un navío que en el puerto ofrece,
de estrella felicísima guiado,
pues vine a verte de ella iluminado».

CXXVII

Silencio y suspensión puso Fabricio
en Claudio con el caso prodigioso,
mas intentado el sueño hacer su oficio,
los dos los miembros dan a su reposo,
hasta que el Sol volviendo a un ejercicio
tan útil, bañó el aire tenebroso,
y el llanto que el aurora al campo llueve,
con labios de oro blandamente bebe.

CXXVIII

Pasean la ciudad, y a un tiempo vieron
de Aurelia el rostro, causa de su daño,
que con esto cederse no pudieron
el uno al otro en caso tan extraño,
tan extraño, que no le previnieron,
que contra este sutil y aleve engaño
de sus estrellas fue desierta y vana
la prevención de la prudencia humana.

CXXIX

Delante de ella misma han cometido
a las armas el juicio, ya furiosos
contrarios, tan furiosos, que ofendido
amor los hace iguales, no dichosos;
que ellos que del suceso referido
del ermitaño estaban recelosos,
haciendo en su desdicha la experiencia
pasaron de la duda a la evidencia.

CXIX

Conociólos Aurelia, y en copioso
llanto paga a su muerte lo que debe,
mas hallando en su amante nuevo esposo,
a celebrar con él bodas se atreve;

dos desdichados para ser dichoso
hubo de haber, que la Fortuna aleve,
avara en los favores que limita,
en unos pone lo que de otros quita.

Callaban los circunstantes, y Pedro, como dueño de la casa y de las voluntades de todos, agradeció al ingenioso caballero el gusto con que los había entretenido y admirado; pero, viendo en el auditorio deseo de que se templase aquella tragedia con proseguir el discurso que dejó suspenso, tosiendo primero, repasó los bigotes, compuso la capa y sombrero, y levantando la voz más, dijo:

-Andaba, pues, nuestro perricida mordido de Amor contra quien ni podía, ni sabía defenderse. Era la causa de sus inquietudes la hija de un maestro de escuela, moza resplandeciente de rostro, a quien él llamaba veneno de corazones, y decía bien, porque el solimán lo es, y así no es mucho que las damas quiten con sus caras tantas vidas, si llevan en ellas tan ofensivas armas. Presumía la tal señora de entendida, y por esta causa hallaba entretenimiento con la conversación del mata perros. Andaban de la una a la otra parte papeles, apurábanse los concetos tanto, que en compañía de algunas cosas sutiles iban otras muy necias. Las noches rondaba la puerta, y si como hacía piernas, le fuera posible hacer talle, hubiera sido el hombre bienaventurado. Llegó el viento de este caso, si no a mis narices, a mis oídos, que me obligó a reír no poco. Por este buen rato que recibí a su cuenta, estaba obligado a no dársele malo, pero como de él se me había de seguir a mí otro mejor, y cada uno quiere más su gusto particular que las comodidades de su prójimo, apenas lo entendí, cuando le armé la burla; si fue ingeniosa, a mí no me toca este juicio, sino a vosotros, a quien agora pido atención y después si se me debiere, el aplauso.

»Es el caso, que el padre de la dama papelista -digo el gobernador de pupilos y corregidor de planas-, se preciaba de cristiano antiguo, y decía que sus abuelos habían servido al Santísimo Tribunal, muralla y castillo de la Fe. Blasonaba de limpio, bien que no lo mostraba en los manteles de la pobre mesa, que ponía a los pupilos, aunque en los platos sí, porque nunca llegaban a tener con qué ensuciarse. Habitaba pared y medio un vecino poderoso en hacienda y mal opinado en la sangre, no por culpa suya, sino de un bisabuelo, hombre de poco crédito en las cosas de la otra vida, buscador de dineros y de ruidos, que por haber vivido sin ella en el alma, murió en la lumbre su cuerpo. Era éste padre de un hijuelo de pocos años, que en lo alto y demás forma del cuerpo, se parecía al perseguidor de los valientes canes. Estaban los dos, aunque tan juntos en las casas, muy distantes en las voluntades, porque el uno se desvanecía con la pureza de su sangre y el otro soberbio con su dinero, decía, y era verdad, que se servía de otros tan buenos como él, y aun mejores. Cuando me pareció que el amor andaba más brioso y esforzado, hice una visita al padre de la doncella escritora, a quien referí sus liviandades, y le di a entender, que el amante que la servía era el hijo de su manchado vecino, de que recibió no pequeña cólera, y protestó con graves juramentos castigar al rapaz el atrevimiento indigno y licencioso.

»Este mismo día sobre un punto de derecho, de que se ofreció tratar, tuvo Mataperros una disputa con el alcalde mayor, y encendiéndose la competencia, llegaron a tan libres

palabras, que fue menester la autoridad del corregidor, que haciendo risa y desprecio de la insolencia del canicida, los compuso. La noche vino cumplida de todo lo que ha menester un amante, porque fue muy helada y oscura, dando causa con esto a que el nuestro viniese al puesto más presto de lo que solía. El padre de la dama le acechó, y como aun apenas pudiese velle con tantas tinieblas, mandó a un pupilo suyo, mozo de buena disposición, que se llegase a él y le preguntase, como lo hizo: «¿Eres Gregorio?», porque éste era el nombre del hijo del vecino. Él, que entendió que por este camino desmentía espías y aseguraba sospechas, respondió, sutilizando la voz: «Sí, yo soy. ¿Qué quieres?». Con esto, el otro sin replicalle, se volvió a dar cuenta al superior, que cuando acabó de persuadirse a creello, dijo colérico disparates, que sólo fueron celebrados con ser muy reídos, y volviendo a llamar al pupilo y a otros tres, aun de mayor cuerpo y fuerzas, les dio orden que arrebatándole en brazos, se le trujesen, que apenas pronunció el auto, cuando de ellos, siendo obedecido, fue ejecutado.

»Esperábalos el maestro en el portal de su casa, donde no había luz, y apenas entraron con el miserable prisionero, cuando haciéndole quitar las agujetas en fee de ser Gregorillo, le hizo poner a caballo. Confuso y admirado se halló aquel amante infeliz en ocasión tan triste, pero considerando que si daba voces y se descubría por quien era, podría seguirse mayor inconveniente, como era, o quitalle la vida o la reputación, haciéndole casar con mujer inferior a sus prendas, determinó pasar con silencio por aquel castigo, pues mientras no era visto ni conocido, no se le seguía más daño que un breve dolor. Así, recibió mucho número de azotes, dados con tan buena mano, y tan mala intención, que doliéndose más de lo que él pensó, le obligaron a levantar el grito.

»A este tiempo, uno de los cuatro pupilos, que era amigo de Gregorillo, había avisado en su casa que no hallándole en ella, por estar en la de un tío suyo, sin que sus padres lo supiesen, lo creyeron, y acudiendo el padre y los criados con mucho ruido de asadores, palos y espadas, quebraban con golpes las puertas, sin que esto bastase para que suspendiese su furor aquel airado verdugo.

»Pasaba en aquella ocasión con todos sus ministros el alcalde mayor de ronda, que viendo tanto aparato de armas y descomposición de gritos, con la mano poderosa de la justicia, echó las puertas en el suelo, y entrando con las luces de sus linternas, vio con todos los demás que a su lado iban, al que aquella misma tarde había sido su atrevido contendor. El padre del rapaz, que se presumió que era el paciente, desengañado y contento, se recogió con los demás de su familia en su casa, lleno de risa, y estendiendo el cuento por toda la vecindad, que le oía con admiración no pequeña. El pobre maestro, que vio el sujeto sobre quien había descargado su furor, se halló confuso por una parte, y por otra más airado de que aquel monstruo de naturaleza se hubiese atrevido al ídolo de su casa, y le parecía que para la reputación de su hija aun no era bastante satisfacción. El alcalde mayor, del suceso gozosísimo, recibió las querellas de entrambas partes, y haciéndolos poner en la cárcel, dio cuenta al corregidor, que enviándola él a los ministros superiores de la Corte, fue el cuento célebre por toda España. Estuvo algunos días sin componerse esta causa, hasta que intercediendo personas graves, eligieron por mejor medio que se casasen los dos amantes, para la satisfacción del uno y del otro agravio,

quedando a un tiempo los tres castigados: la novia con marido tan disforme, él con mujer tan liviana y bachillera, y el anciano y colérico maestro con hallarse padre y suegro de tal yerno y de tal hija.

La risa de los semblantes y no pequeños encarecimientos hicieron aplauso a la ingeniosa burla, y previniendo verse la noche del día siguiente, que era el de Todos los Santos, determinaron repartir en ella los papeles de una comedia intitulada El gallardo Escarramán, de que fue autor el sutil cordobés, que decía haberse de representar la de Navidad; y lo cierto era que pretendía que al título y nombre de que se juntaban a los ensayos, la conversación de su casa prosiguiese, y con ella el juego para él tan útil, que le valía infinito número de ducados, con que sustentaba la autoridad de su familia, sin que hasta entonces Inés hubiese hecho ninguna vileza con nadie, particular causa de tenellos a todos igualmente rendidos y tributarios.

Refiere Pedro la pesada burla que le hizo un hipócrita que encubría con industria y arte lo interior de sus perversas costumbres

Aunque en Valencia no se conoce invierno, ya entonces por ser principios de noviembre, eran las noches más templadas y largas, llamando con esto al entretenimiento de la conversación. La primera, que fue, como dejamos dicho atrás, la de Todos Santos. La juventud que allá concurría acudió con igual voluntad, y por divertir el ruido de las campanas, que haciendo olvido con arte de lo que es tan natural, alzaban las voces y ensordecían su ruido con otro mayor. Repartiéronse los papeles de la comedia, y ensayóse por ellos con no pequeñas disensiones, porque uno quería que le diesen papel de valiente y furioso, otro de cortés y liberal, otro de galán y enamorado, y al fin cada uno procuraba que le vistiesen en particular su naturaleza, y que el poeta no hubiera mirado a la unión de las partes de la comedia, sino a lo que a cada uno de ellos estaba bien. Con esto, el que se hallaba con papel a su gusto juraba que era aquella la mejor farsa que se había escrito en el mundo, y por el contrario los mal contentos la disfamaban. Unos pedían que se les mudase un paso, otros que se les aumentase, otros eran de parecer que algunas cosas de la segunda jornada se pasasen a la primera; cual la quiso mudar el título, y cual sacó por condición que le avían de encomendar a él el escribir y recitar la loa.

El poeta, aunque socarrón y bien sufrido, en tempestad tan confusa y turbada, dejó ir la paciencia a pique, y soltando la cólera, salió más furioso que los vientos del odre donde los tuvo encarcelados Ulises, y dijo a los concitadores de aquel motín injurias y agravios considerables, haciéndose de su parte todo el séquito de los amantes de Inés, que siendo entonces Iris de aquella borrasca procelosa y sirena de las ondas de aquel mar alterado, rompiendo el silencio de su boca, puso candados en las demás, que haciendo los oídos más atentos, la escucharon con admiraciones y la previnieron alabanzas. Ella, pues, briosa en el ánimo y suave en la voz, dijo deste modo:

*-Qué ufano vienes, abril,
soberbio con tu belleza,*

*como si al pie de Belisa
las flores no le debieras.*

*Humíllate a su hermosura,
que estos montes y estas vegas
por loco te juzgarían,
si compitieses con ella.*

*Tan nobles cabellos goza,
que han descubierto en sus hebras
su luz los humanos ojos,
y el Sol del cielo su enmienda.*

*Huyendo de ver su frente,
por no hallar su agravio en ella,
habita la nieve hermosa
la soledad de las sierras.*

*Y a no llevarse tan mal
con mis gustos las estrellas,
pues solícitas buscaron
el destierro de mi ausencia,*

*dijera que ellas imitan
de sus ojos la belleza,
pero tan alta lisonja
no me la merecen ellas.*

*Lo blanco y rojo parece,
que sus mejillas encierran,
los arreboles del alba
al tiempo que el Sol despierta.*

*Tiranamente se usurpa
el rico nombre de perlas
todo lo que no es sus dientes,
que son las perlas perfectas.*

*¡Qué ociosa vida que pasan
mis ojos, que triste y ciega!,
porque no quieren ver cosa
hasta que vuelvan a vella.*

*Bien hayan mis esperanzas,
confieso, que son discretas,
pues por hacerme dichoso*

della la vida me cuelgan.

*Ya del ausencia el cuchillo
mis años cortado hubiera,
a no haber tenido tantos
socorros de la paciencia.*

*Aquí vivo y aquí muero,
muero por no poder vella,
y vivo con la esperanza
de que este bien está cerca.*

*Si Ebro corre tan airado
que amenaza a las esferas,
mis lágrimas tienen culpa
de su arrogancia y soberbia,*

*porque mis ojos, que rinden
llanto escaso en cualquier pena,
hacen liberalidades
siempre que lloran por ella.*

*De la vida me aprovecho
para amalla con firmeza,
que usara mal de mis años,
si todos no se los diera.*

*De esta suerte Albanio amante
vertía lágrimas tiernas,
que arde más, mientras más lejos
está el fuego en que se quema.*

Serenó los ánimos Inés con lo que cantó, para proseguir el ensayo, que se hizo con silencio y gusto, dando fin con él al entretenimiento de aquella noche, volviendo luego la siguiente todos más animados y gozosos. Las dos primeras horas se dieron al juego con provecho del cordobés sutil, las demás al ensayo de la comedia, y a un cuento entretenido que él refirió en este modo:

-«Granada, a quien llamaron los moros paraíso de Mahoma, siendo más injuria que alabanza, por ser sus amenos campos fiel retrato del verdadero cielo, obligándome con la fama de su abundancia y hermosura, me sacó de mi patria, cudicioso de vella y veneralla. Entré en ella la noche de San Juan, causa de no dormilla, por no agraviar a los apacibles entretenimientos con que la solenizaban. Restituime a la mañana a mi posada, habiendo ante oído misa, y reparé desnudándome en la cama el cansancio, volviendo a cobrar el sueño perdido; bien pienso, que serían las tres de la tarde, cuando empecé a vestirme, y no muy gustoso, porque el cuerpo aún no había bien satisfecho a su deseo, de más de que

se me representaron, durmiendo, unas fantasmas melancólicas, que aún las tenía presentes, y por su causa el corazón tan muerto, que apenas alentaba. A este tiempo, sentí que dando unos golpes en ella me habían abierto la puerta de mi aposento, y volviendo los ojos, vi un hombre vestido de ermitaño, los cabellos largos y la cabeza descubierta, que, rodeado de muchachos y mostrándome en la mano derecha una calavera, me dijo: "Hermano, acuérdesse que se ha de morir, y deme una limosna para las ánimas de Purgatorio". Incliné la vista airada a velle, y fue tanta mi cólera, que no pude hablar, y él levantando la voz en un tono triste y desconsolado, repitió segunda vez: "Hombre, cerca tienes tu fin, haz bien por las ánimas de los fieles".

»Como yo estaba tan mal templado, lleguéme a la puerta y cerrándola le di con ella en los ojos, cuando el insolente y atrevido alzó la voz, y juntándose los demás huéspedes y mucha gente que pasaba por la calle, dijo: "¡Oh malo y pérfido cristiano que te vistes a estas horas sin haberte acordado de la solemnidad de tan festivo día, ni cumplido con la obligación de la misa! ¿Posible es que esto se sufre entre gente católica y en una ciudad donde está el Tribunal de la Inquisición Santa? ¿Piensas que aunque eres forastero, que no te conozco y que ignoro los delitos escandalosos porque vienes huyendo? Engañado vives, porque desta vez pagarás todos tus errores y culpas".

»Mucha parte del pueblo, que le escuchaba ya junta, dio diversos pareceres sobre mi persona, hasta que yo, provocado de tantos, salí con un palo que estaba a la cabecera de mi cama, de quien él, volviendo las espaldas, pensando que huía el cuerpo, me le presentó por la parte que yo más le había menester, sacudiéndole en ellas muy gentiles garrotazos. Cayósele la calavera y exclamó diciendo que era de un santo ermitaño que había sido su maestro, y que trataba con indecencia a las reliquias. El vulgo, que le veneraba como si fuera segundo San Pablo, me le sacó de entre las manos y cargó sobre mí con tantas piedras y espadas, que aunque procuré defenderme con la mía, caí en el suelo descalabrado. Al ruido llegó la justicia, que escribiendo la causa, todos me culparon a mí, de modo que siendo el solo herido, fui el solo preso, poniéndome dos guardas en mi posada. Curáronme tres cirujanos de los de mayor opinión, y parecióles que me confesase y recibiese los Sacramentos, porque el fuego de mi rabioso ánimo me encendió en una calentura tan ardiente, que parecía imposible quedar con vida, que si la perdiera entonces, por lo menos me pudiera consolar de que había hecho de ella un glorioso empleo. Mi huésped, que era una vieja honrada, y caritativa, lloraba mi muerte, y lo propio hacía la gente noble de Granada, que siempre acostumbra mostrarse piadosa, cortés y liberal con los forasteros, enviándome a visitar los caballeros y a ofrecer en mi defensa sus personas y haciendas, porque ya más bien informados del caso, confesaban que el hermano Llorente, que este era su nombre, anduvo, aunque debía de haber sido con buena intención, desalumbrado; yo, por cumplir con el orden de los médicos, con mucho arrepentimiento y lágrimas declaré mis culpas a un religioso grave y docto, que haciendo oficio de padre espiritual, me absolvió, y viéndome tan desanimado, esforzó mi espíritu con estas razones: "Hijo, siempre tuve por imprudente consejo el hacernos de parte del mal, que nos busca, rindiéndonos a él con descrédito del ánimo y desagradecimiento al cielo, que muchas veces ejercita nuestra paciencia en semejantes fatigas, y de ellas las nace el mérito de mayores premios. Si fuistes culpado en esta pesadumbre, de ella propia sacastes el purgatorio del mismo pecado, y si inocente, mayor seguridad de que sois de

los elegidos para el descanso eterno, que ni le sobresaltan turbaciones ni le menguan inquietudes. Mirad que tales son los deleites de esta vida, pues habiendo dejado el sosiego de vuestra ciudad por veniros a holgar a ésta, el primer día que ponéis los pies en ella os propone a los ojos en una calavera la imagen de la muerte, y luego tras ella en una piedra que os tira a la cabeza, la verdad de aquella pintura. Los hombres del siglo, cuando hablaren en este vuestro suceso, dirán que fue suma infelicidad, como aquellos que ignoran lo profundo de los juicios divinos, sin advertir que de este modo os ha retirado Dios de muchas ocasiones en que pudiéradéis, con ofendelle, haber perdido el tesoro de su gracia. Dos cosas os encargo mucho: la primera conviniente al alma, y la segunda al cuerpo; y son que no deis lugar a las tentaciones de venganza y satisfacción honrosa con que os acometerá el enemigo de la generación humana, porque no estrague los frutos de vuestra conciencia, que sin eso serán fértiles y lucidos; ni tampoco faltéis a la obediencia de los que os curaren, porque lo que ellos reparan con las experiencias de su estudio, no se presuma que lo aventurastes vos con incorregible temeridad".

»Así dijo, y abrazándome se despidió de mí, tierno y lloroso, juntando su cabeza con la mía. Era varón ejemplar y opinado en aquella ciudad en santidad y virtud, y nadie como yo reconoció sus milagrosos efectos, porque luego en el mismo instante se me quitó el dolor de cabeza y me limpié de calentura, aumentándose en mí tan apriesa este provecho, que al quinto día me pusieron parche los mismos cirujanos, que pensaron tenerme sepultado al tercero».

Oían todos a Pedro con mucha atención, cuando interrumpió su narración apacible una nueva visita, que a lo que después se entendió, era un caballero aragonés natural de Huesca, que viniendo a aquella ciudad, donde había de estar todo aquel invierno, pretendía ser admitido a la conversación de tan entendidos varones por hombre de habilidad; y para facilitar más su pretensión, trujo, para algunos de los que allí se juntaban, cartas de favor de hombres ilustres, así catalanes como aragoneses, que dándose las y hallándose obligados por el respeto de los intercesores a hacelle buen pasaje, le mandaron que manifestase sus gracias, y él pidiendo una guitarra, sin tener voz dulce ni entonación entera, cantó este romance por tan estraño modo, fuera de aquellos que comprehende el arte, que entretuvo y admiró los presentes.

*-Santa y bella Zaragoza,
Roma de España y cabeza,
por tantos mártires santa,
por tanto edificio bella,
cuyas cumbres que se gozan
más altas que las esferas
pueden, como superiores,
dar leyes a las estrellas.*

*Donde la piedad cristiana
vive con más reverencia,
y el religioso ejercicio
de virtudes se frecuente,*

*cuya casa real y antigua
al triste doliente hospeda
enmendando sus dolores
con liberales espensas.*

*En cuyo Pilar heroico,
las plantas pone la Reina
que pisa los serafines,
gran blasón para una piedra.
A quien tres valientes ríos
con noble osadía cercan
espejo de tus murallas,
rico ornato de tus vegas.*

*Tú sola en España, tú,
posees, sin que le pierdas,
nombre de ciudad augusta
por privilegio del César.
Sangre preciosa te baña,
que en ti vale y hoy se muestra
mucho más la que pisamos
que lo que en otras veneran.*

*A ti me traen mis desdichas,
plega a Dios, que dicha tenga,
pues sólo el haberte visto
ha sido gloriosa empresa,
de una villa cuyo río
de su patria se destierra
en el rigor del verano
dejando viuda la arena.*

*Tus carnestolendas anchas
pienso ver, y holgarme en ellas,
que las que rompe la Corte,
le vienen al gusto estrechas.
Que allá celebran las damas
otra más costosa fiesta
que les vive todo el año,
que llaman bolsas tolendas.*

*Al que les pide su carne
(forzosa y común flaqueza,) para el pan de cada día
solícitas piden ellas,
que al vil calabrés de Judas*

*pienso le harán reverencia,
aunque le miren colgado
por la bolsa que le cuelga.*

*Todas hurtan, todas roban,
aun las más castas y honestas,
porque éstas estafan tiempo
ya que perdonan la hacienda.
Cualquiera galán admiten,
aunque más inútil sea,
que esté para dar picones
a sus tiempos le aprovechan.*

*Yo sé de unos ojos negros
maestrazos de estas tretas,
que el arte de amar con arte
pueden leer en las Escuelas.
Perdiéronme a mí dos años
de mi hermosa primavera,
los más floridos en burlas,
que yo los lloré con veras.*

*¡Oh Corte, plaza del mundo,
lo que encubres, lo que encierras!
Como eres plaza, no hay cosa
que en ti no se cambie y venda.*

*Maridos hay que al que paga
mucho más de lo que lleva,
le hacen para que dure
lisonjas con su paciencia,
que como veen que la luna
sus cuernos de plata precia
también los estiman ellos
como de este metal sean.*

*Los príncipes poetizan
por las fábulas que inventan,
que por el agudo ingenio
poco gozan de poetas.
No darán un real en dote
de limosna a una doncella,
y abrasarán sus estados
para comprar su vergüenza.*

De escribanos vaya un poco,

*que es muy justo que refiera
sus hazañas con mi pluma,
pues las tuyas no me dejan.
Allí el menor escribiente
labra de una pluma tierna
contra cualquier escritorio
ganzúa y llave maestra.*

*Coronista de ladrones
son los más, y no se acuerdan
de celebrar sus hazañas
de paso con las ajenas.
Aunque tanta pluma cortan
jamás necesitan de ella,
que no puede faltar pluma
a gente que a todos pela.*

*Cuando un diablo hace escritura
de pagar a otro una deuda,
que el infierno es lugar propio
de contratos y de ventas,
entre las cosas que obliga
para prestalle más fuerza
el alma de un escribano
es la mejor hipoteca.*

*Bien desbocado he corrido
larga y tendida carrera
en el rocín del Parnaso,
a fe que siente la espuela.
Mi lengua está incorregible,
ponerla freno quisiera,
mas de la lengua del Sabio
sólo es freno la paciencia.*

*¡Ay, Belisa!, y cuan difícil
será en tu ausencia tenella,
que es vil y vulgar amante
el que la tiene en ausencia.
Anima con tus favores,
socórreme con tus letras,
pues no alentaré más vida
que aquella que darme quieras.*

Juzgaron todos digna compañía la de este caballero, aunque no se atrevieron a darle por recibido y aprobado hasta que viniese Inés, que así como se acabaron de repartir los

papeles y tuvo principio el cuento, escusándose con decir que ya le había oído otra vez, pasó a visitar a una señora amiga y vecina que estaba enferma, y en el interín que volvía, Pedro, tan elocuente como risueño, dijo:

-«Luego como yo tuve salud, los alcaldes del crimen prosiguieron con el conocimiento de mi culpa, a quien con secreto el hermano Llorente, por medio de otro tan hipocritón como él, atizaba, para que me diesen un grave y ejemplar castigo, busqué medios y ruegos, y todos me salieron vanos, porque los jueces estaban persuadidos a que convenía hacerse demostración conmigo. Dábame no pequeño cuidado, cuando entrándome a visitar un personaje que conocía bien las costumbres de aquel escándalo de la república, y siendo amigo mío muy confidente, me pidió cien escudos, que yo le entregué, porque me aseguró que el hermano Llorente los había menester, según afirmaba, para hacer unas diligencias muy eficaces, con que saldría de Purgatorio una alma, y que él era tan devoto de ellas, que gustaría de vender su injuria a precio de su rescate. Yo, que siempre volé con el ingenio muy alto, aunque conocí la estafa, me pareció bien darme por desentendido, pues por aquel camino conseguía mi deseo más barato que por otro alguno, considerando que sólo en costas de guardas había de gastar más si el negocio se dilataba; y así, entregué luego en oro la cantidad, que hizo tan buen efecto, que antes de veinticuatro horas, tuve libertad porque aquella mañana siguiente, al tiempo que salían de su audiencia los jueces acompañados de sus ministros y de mucho pueblo, les salió al paso, y echándose a sus pies les habló con afectuosos ruegos, diciendo: "Doleos, señores, de tan virtuoso y caritativo caballero, que es bien que se tenga compasión de aquel que tiene piedad con las ánimas de Purgatorio. Para las diligencias y sufragios que yo tengo de hacer, sacando una alma que se me ha encomendado, haciendo la restitución de un dinero que debía, me ha dado estos cien escudos. Ea hermanicos, no hagan más molestia por mi causa a aquel santo varón. Santo dije, y no me pesa, pues desde aquella cama donde padece como hombre de la tierra, está haciendo obras de Serafín del cielo".

»Abrazábales los pies y estorbábales el paso, hasta que le ofrecieron despacharme con brevedad. El vulgón, que con atención había considerado sus acciones, acometió con él, diciendo: "Santo, santo", y sin dejarle pedazo de vestido, le cortaron las faldas por vergonzoso lugar, que fue lo mismo que condenarme a mí en costas, porque sabiendo a la tarde por el aviso que le dio el escribano del crimen, ante quien pasaba mi causa, que era su amigo, como estaba mandado soltar, acudió a mi casa a pedirme las albricias, y por cuenta de ellas un vestido que le hice sacar luego.

»Abrazóme muy tiernamente, y llamándome hermanito, alma de Dios y su mayor siervo, me hizo la cama, y forzó a que me acostase temprano, poniéndome en la cabecera un rosario que traía consigo, lleno, según él afirmaba, de muchas gracias e indulgencias, que pidiéndole yo que me lo trocase a otro, y poniéndole delante dos para que escogiese, uno de cuentas negras ordinarias y otro de corales finísimos engastados en oro, eligió el último, diciendo (como quien afectaba mucho el ser inocente): "Este de los escaramujos quiero, porque tiene las cuentas coloradas, y se me representará en ellas la sangre de mi señor Jesu Cristo".

»Alcé yo entonces la voz y díjele: "Hermanico, advierta que son corales".

»Y replicó él luego: "Huélgome mucho, bien dije yo, porque la sangre de mi Dios y Señor era fina como un coral". Y con esto le besó muchas veces, y se le puso sobre los ojos, y sacando luego un papel de la faldriquera, se le metió en el pecho sin esperar a que la plática se dilatase más, por no verse concluido de mis razones, que también agora será fuerza que se entreguen al silencio, porque me parece que oigo ruido de chapines en la escalera y veo una luz, y sospecho que debe de ser mi señora y hermana doña Inés».

Pusiéronse todos en pie, y hallando ser verdad, la recibieron con airosas y corteses reverencias, y ella por festejar al nuevo huésped, risueña y apacible con el instrumento, mostró en los dientes perlas, marfil en las manos, y en la voz otro don más superior, como aquel que tenía mayor parte de cielo, y dijo:

*-Qué tierno se queja Albanio,
cercados el cuerpo y alma,
ella de recelos tristes
y él de vigilantes guardas,
en una soberbia torre
que después de la esperanza
que puso Belisa hermosa
no se halla cosa más alta.*

*Aquel dichoso camino
de Madrid mira, y sus ansias
haciendo pies de los ojos
jamás de andalle se cansan.
Con el viento comunica
más suspiros que palabras,
tan veloces que le exceden,
tan ardientes que le abrasan.*

*En las prisiones adora,
que su voluntad las halla
más leves mientras más duras,
por ser Belisa la causa.
Invidiosos, con que siempre
fue malquista su privanza,
usurpalle los favores
quisieron a fuerza de armas.*

*Desnudó el amante ilustre
para su defensa y guarda
los filos de la razón,
que cortan más que la espada,
y atropellando con ellos
las enemigas escuadras,*

*quedó la envidia corrida
y satisfecha su fama.*

*Y aunque tan honrada empresa
merecía en alabanzas
más el premio que en prisiones,
estrecha cárcel le agravia.
Los ojos puso a un retrato
donde, aunque su bella ingrata
estaba más que el Sol bella,
cayó el pincel en mil faltas.*

*"Ay, dueño hermoso", le dice,
"cuánto las horas me cansan
en esta noche de ausencia
que es de invierno en ser tan larga.
¿Quién con ánimo alevoso
de humillar mis confianzas
hace que deis al olvido
tantas finezas pasadas?"*

*¡Oh, mal aya!, en el infierno
de Amor lo pague, en él arda
el pecho que os aconseja
estas injustas mudanzas".
Así da quejas piadosas,
y porque solas no partan,
los ojos fieles envían
llanto que las acompaña.*

*Y ya del dolor suspenso,
como el sentido le falta,
sin saber si canta o llora,
lo que había de llorar canta.
"Fue mi altiva esperanza galán almendro,
floreció temprano y helóse presto.*

*Aquel árbol que el Amor
plantó con piadosa mano,
que en fe de tal hortelano
creció apriesa y tuvo flor,
de un triste olvidó el rigor
hoja y flor puso en el suelo,
floreció temprano, etc."*

En los últimos acentos de la bellísima castellana tuvieron principio los del gallardo caballero, que ya más temeroso, por tener delante el juez, que también lo entendía, cantó menos libre, aunque no más grave, y dijo así:

*-Mentides, mundo, mentides,
y cuantos os siguen mienten,
que en vos la verdad desnuda
pasa vida penitente.*

*El otro Adonis moderno
juzga con sus cascos verdes,
que es de los ojos de todas
dulcísimo matasiete.*

*Hácele el Amor el plato
de unas felices mujeres,
conquista de breves horas,
porque ellas propias se vencen.*

*Y dícame a mí que arrastran
las reinas que le pretenden
Milán, Toledo y Granada,
mal haya yo si no miente.*

*La otra doncelluela libre,
sólo porque la paseen,
jamás le duele la mano
para escribir un billete.*

*Cuando la ocasión la llama,
que ella acude y no la pierde,
a dos manos en los labios
de su amante el alma bebe.*

*Hala visto más de alguno
retirada algunas veces
con el hijo de su alma
en solitario retrete.*

*Y pretende persuadirme,
loquilla al fin no se entiende,
que en purísima doncella
mal haya yo si no miente.*

*Nació el señor don Pelayo,
cual Dios sabe, y muchas gentes,*

*y anduvo de piedra en piedra,
para que le recogiesen.*

*Jamás conoció al regalo,
crióse en pobres paredes,
sin haber pan en el mundo,
que duro le pareciese.*

*Y porque una vez Fortuna
se inclinó a miralle alegre,
y le hizo lugar bastante
para que del lodo huyese,*

*pone ya en sus reposteros
Guzmanes y Pimenteles,
Castros, Leyvas y Mendozas,
mal haya si no miente.*

*Ciñese su honesta espada,
tan honesta que no quiere
desnudarse vergonzosa
a los ojos de las gentes,*

*el capitán don fulano,
y piensa que se le debe,
porque dan fe sus bigotes,
el título de valiente.*

*Alzó contra el rey bandera,
y con retórica aleve
les persuadió a los soldados
desde un motín hasta veinte.*

*Y después dice que en Flandes
fue de los ciegos herejes
su espada el mayor verdugo,
mal haya yo si no miente.*

*Blasona de muy latino
el que nació esotro jueves,
y no hay en toda la lengua
solecismo en que no peque.*

*Nombre de poeta clama,
galantear las musas quiere,*

*sin haber jamás mojado
los labios en Hipocrene.*

*Ladrándoles va de lejos
a los ingenios valientes,
y es lo que él escribe hurtado
de los propios a quien muerde.*

*Y dice después que cuanto
roba de ajenos papeles
son hazañas de su ingenio,
mal haya yo si no miente.*

*Anda el otro socarrón
solícito en sus deleites,
buscándole a su apetito
mil salsas con que despierte.*

*Contra sí mismo predica
con artificio insolente,
pues lo mismo que él infama,
es lo propio que pretende.*

*Para abono de sus culpas,
con la rudísima plebe,
traje vil, zapato pobre
calza siempre y viste siempre.*

*Dales a entender a muchos
que como buenos lo creen,
que es ejemplar de virtudes,
mal haya yo si no miente.*

La común opinión de aquellos caballeros académicos fue que no era buen cantor, sino que tenía elección gustosa y entretenida en las cosas que cantaba, y a este título, le admitieron por compañero de su conversación, con tal que el domingo primero siguiente pagase la patente en una cena, que había de ser en aquella propia casa; condenación a que él mostró obedecer gustoso, quedándolo Pedro mucho más de habelle oído rendir con tanta facilidad, y así por concluir con el cuento, que dos veces le había interrumpido, caminó con estas razones:

-Quedéme yo sin mi rosario de coral, estafado en cien escudos y con la afrenta y dolor que de mi herida tuve, y a este mismo tiempo gozaba mi hermanito Llorente aplausos y bendiciones del pueblo, que ya le canonizaba por santo. Procuré, ya que me vi bueno y libre, olvidarle, porque mientras la imaginación me representaba sus injurias con las

ansias de la venganza que no podía conseguir, ponía cuantas veces me sucedía la vida al último peligro.

»Así pasaba yo entretenido con la variedad de tantas gustosas ocupaciones como en aquella ciudad se vienen a las manos, cuando un día bien de mañana, que había madrugado para despachar un propio a Córdoba, mi patria, entró el hermano Llorente, y dándome algunos abrazos que yo recibí bien contra mi voluntad, me dijo: "Hermanito, alce los ojos y estítese en más, porque esta noche próxima pasada, por medio de los beneficios que se le hicieron con la limosna que dio de lo[s] cien escudos, acabó de salir de las penas de Purgatorio aquella alma, y porque yo me tengo de partir esta tarde para una romería, he venido tan de mañana, así para darle las buenas nuevas de que se recibirá particular contento, por la mucha devoción que siempre tuvo con las ánimas benditas, como por tomar su bendición y algún socorro caritativo de su mano liberal, y limosnera".

»Yo, que siempre que se me ponía delante, sentía alteraciones en el corazón y turbaciones en la vista, por despacharle presto y escusar la ocasión de nuevo, le di un doblón, y pidiéndole que me perdonase la cortedad, le despedí. Él se fue recorriendo las demás casas de sus parroquianos, sacando de todos lo que pudo, con que juntando el hatillo y monedas, que de años atrás había allegado, huyó de la ciudad a la hora de medio día; que por ser la del comer, estaban todos recogidos y ella en mucho silencio; salí yo a la tarde de casa y hallé el pueblo lleno de confusión y espanto de dos novedades. La principal era el milagro del hermano Llorente, cuya humildad y modestia admiraban, diciendo que por esconderse de la vanagloria, y cerrar los oídos a las alabanzas de tantos, apenas sucedió el caso maravilloso cuando afirmaban, que era rígido imitador de los santos antiguos, que sepultándose en los desiertos procuraban aun en vida olvidar su memoria, y enterneciéndose algunas buenas viejas, tan ignorantes como caducas, rogaban al cielo, que hiciese sus almas tales como la bendita del hermano Llorente. Gozaba yo no la menor parte de estos aplausos, a título de haber sido medio mi limosna, para que aquel espíritu saliese de un lugar de tanta fatiga y pena, y muchos hombres cuerdos y prudentes me confesaban que vivían de aquella acción mía invidiosos.

»La otra ocasión que tenía al pueblo suspenso era haberse huido la noche antes una señora doncella muy hermosa y principal, de la casa de una tía suya, mujer mayor y muy cristiana, que por tenerla demasíadamente recogida y retirada del trato de las gentes, vivía desesperada, y llamaba a la casa de su tía su Purgatorio. Decía con sinceridad la venerable señora muy llorosa, que si el hermano Llorente estuviera en el lugar, él le dijera el modo para la restauración de tan grande pérdida, porque como era tan siervo de Dios, pensaba ella, que por revelación alcanzaría el principio y fin de sus pasos y el camino más seguro para su enmienda. Así se pasó aquel día y otros cuatro o cinco siguientes, sin que se hablase en otra plática, porque sólo en la Corte amanece el Sol con novedad, que en las demás partes dura el espanto de cualquier suceso tanto, que suele ser herencia que pasa a los sucesores: más, como la anciana tía de la fugitiva doncella hiciese singulares y peregrinas diligencias para saber de su persona, sucedió que cuando ya el negocio estaba más olvidado en el pueblo, aunque en su corazón siempre muy presente, llegó a su posada un caballero gallardo y lucido, que cubierto de plumas y esparcido de colores varias en el adorno de su traje la refirió como venía de Nápoles, y que pasando

por Milán, donde tuvo necesidad de verse con el gobernador de aquel Ducado, para comunicalle ciertos negocios del servicio de Su Majestad, había visto al hermano Llorente en hábito militar, brillando tanta desvergüenza como gala, y que la gala era mucha, en cuya compañía halló a su sobrina, con quien afirmaba haberse casado, y que preguntándole él con fuertes ruegos, le dijese el modo, se le contó así: "Sabed señor, que doña Marcela, mi esposa, pasaba en casa de su tía doña Lucrecia triste y desconsolada vida, por ser tanta su reclusión, que era para ella más cárcel estrecha que casa de tía regalada; y así, la llamaba su Purgatorio, y lo mismo unas criadas que la acompañaban, que todas igualmente decían de sí propias, que eran almas que estaban en pena, porque la viejota avara y cruel, de más de la penalidad de la prisión en que las tenía, las mataba de hambre. Entraba yo solo a vellas, porque de mi persona no más hacía confianza, como si fuera yo algún varón espiritual recogido en una de las sagradas religiones que militan debajo del estandarte de San Pedro, sin advertir, que mi modo de vida era un achaque honesto que había buscado para ser holgazán y pasar de las caballerizas, donde había de estar por mi baja naturaleza, a los estrados de las magníficas princesas, que quieren a fuerza de oraciones de Beatos, sin hacer ninguna buena obra de su parte, conquistar el cielo y tener lugar junto a San Francisco. Holgábame yo mucho con todo aquel coro femenino, jardín intacto que aun de la vista de ningún lascivo mancebo no habían sido sus rosas ofendidas. Pedía por el pueblo limosna para las ánimas de Purgatorio, y éstas eran, a mi modo de entender, las tales doncelluelas que le padecían tan áspero debajo del dominio de tía tan dura y obstinada, a quien llevaba con mucha abundancia cuantos regalos ruedan en ciudad tan copiosa, donde por ser todo en común y en particular tan apetecible, sólo es dificultoso elegir lo que no sea de comer. La Marcela, desesperada de que jamás su tía la casase en su vida, porque aunque le habían salido muy buenas ocasiones, se las divirtió por no dotalla y obligada de mis muchos regalos y beneficios, se me entregó, que las mujeres injusta y demasíadamente apretadas aprovechan la ocasión, cuando la hallan, aunque sea con un negro; unas por venganza y otras por cumplir con necesidad tan natural y forzosa, y algunas por entrambas razones. Hallábame yo con más de diez mil ducados en dinero, adquiridos en otros tantos años de Beato, que en cabeza de unos mercaderes extranjeros pasé en letras a Italia, donde pretendía huir, como después lo ejecuté con mi esposa doña Marcela; pero, al tiempo que estábamos ya con todas las prevenciones de la partida presentes, se ofreció un impedimento rigurosísimo, y fue, que dicha doña Marcela debía a una dueña que la guardaba cien escudos, y no la quería dar escape, hasta que la pagase, aunque yo la tenía sobornada con otros tantos, porque la dejase el paso libre, pero decía que eran diferentes cuentas: una darle yo aquel donativo por la razón que entre nosotros estaba tratada, y otra pagarle la partida que se le debía. Conocí que se fundaba en razón y halléme confuso, y no poco, de ver que estaba ya mi dinero fuera de España y que tasadamente había dejado el necesario para la costa del viaje, pero el propio día me ofreció mi buena suerte un encuentro con un majaderón, que llegó de Córdoba a Granada, de donde resultó estafalle en la misma cantidad por un peregrino modo, siendo comprendidos en el mismo engaño el pueblo y la nobleza, a quien di a entender con el rebozo de un equívoco lenguaje que los quería, para hacer una restitución por una alma de Purgatorio; y prosiguiendo con mi cautela, el mismo día siguiente a la noche que huyó mi esposa, eché voz que el alma había salido con aquel sufragio. Hui yo después de mediodía, y el vilísimo vulgo, que las acciones de los virtuosos reprehende y fiscaliza, dio a lo que era fuga de delincuente nombre de modesto

retiramiento, presumiendo que yo como autor del que ellos juzgaban milagro, procuraba esconderme a las alabanzas populares; y pienso que aun hoy vive con este engaño, de que haciendo no pequeño escrúpulo, os lo advierto, para que refiriéndolo así, sea escarmiento el pregón de mis culpas a la bárbara y osadísima plebe, que canoniza y aplaude tantos viles holgazanes que, debajo de la capa de santidad, con las virtudes que mienten, afeitan los vicios que ejercitan".

»Tales fueron las palabras del caballero soldado, que pusieron a doña Lucrecia en el último paso, dolorosa y corrida de ver que la miseria de su estrecho ánimo hubiese dado causa a la perdición de su sobrina. Sin duda, aquel cuento nació con alas, porque en pocas horas estuvo en todas las bocas de la ciudad, resistiéndole la incredulidad de muchos más ignorante que buenos, pero al fin concediendo después, todos pasaron de la admiración a la risa, siendo yo el blanco de sus donaires, con que me desterraron de aquella ciudad cielo de la tierra, sucediéndome lo mismo que a Adán, que fue echado del Paraíso».

Nunca los presentes mostraron tanta alegría, porque se gozaron de ver que el agente de todas las burlas y tretas hubiese sido una vez el paciente, y sobre este fundamento dijeron con sutileza y brevedad algunas cosas, de que Pedro dando indicios de turbación, ocasionó sospechas de que se había corrido, y a pocos golpes descubrió su flaqueza, porque la gente que con más facilidad se rinde son los mismos graciosos que, habiendo ganado esta opinión, juzgan demasía que nadie se les atreva con sus mismas armas. Dijo ciertas palabras libres, de que alguno de los presentes se pudiera dar por ofendido, pero el caballero aragonés, haciendo de la guitarra montante, hirió en las cuerdas, lo que se pudiera temer sucediera en las cabezas de los contendores, a no elegirse este medio, y con mucho donaire dijo:

-Yo soy un hombre que escribe,
versos digo, que no causas,
poeta sino escribano,
aunque no es menor la causa.

De Madrid vine a Toledo,
y es tan grande mi desgracia,
que echarme a rodar quisiera
si cuestas no le faltaran.

Salíme al campo una tarde,
donde a imitación del alba,
las altas ruedas del Tajo
lloran lágrimas de plata.

Volvíme y hallé en la vega
dos mujeres temerarias,

vómitos son de la Corte,
que de ella están desterradas.

Fuilas siguiendo hasta el río,
donde al corriente del agua
sudé por decir concetos,
trabajé por obligallas.

Descubrióse al fin aquella
por quien yo triste penaba,
y mostróme un rostro pardo
lleno de paño y de manchas.

Celosa estaba de un hombre,
celosa y desesperada,
parda en el rostro venía
y muy azul en el alma.

Oro y seda arrastra y viste,
y así la dije en su cara:
«¿Cómo un rostro que es de paño,
viste seda y oro gasta?»

Era carilarga mucho,
y en tal forma carilarga,
que el paño que está en su rostro
podía medirse a varas.

Mostróme en el lado izquierdo
dos gentiles cuchilladas,
que con ser dadas en paño
muy mal zurcidas estaban.

Díjome: «Sois un grosero»;
mas yo con más justa causa,
por el paño de su rostro,
la respondí que era vasta.

Entre estas y otras razones
bostezó con muchas ansias;
pienso que se abrió la tierra,
que era su boca mas ancha.

Alargó el paso la vista,
que ha bien pequeñas jornadas,
como abrió tan ancha puerta
la vio todas las entrañas.

Entró sin ningún estorbo,
que como su edad es tanta
las murallas de los dientes
dejaron de hacerle guarda.

Jamás vi boca más negra,
ser del infierno pensara
si hubiera sido curiosa
en alquilarle unas llamas.

Levantóse para irse,
y dijo muy mesurada:
«Es muy propio de hombres bajos
no respetar a las damas».

Reconocíla al momento,
que como por mi desgracia
soy cosario de la Corte,
reconozco sus cosarias.

Repliqué: «Si dama es,
¿cómo se le olvida, hermana,
cuando fue con su almohadilla
a hacer labor a la casa?

Cuando la pagaban todos,
quedando muy bien pagada
con aquel porte ordinario
que le ponen a una carta.

Tuvo ventura en casarse,
pues como si le pintara
halló un hombre enfermo de ojos,
que su marido se llama.

Hombre es, que no bebe vino,
y con ser su regla tanta
(sucesos son de fortuna),

trae la cabeza cargada». Fue a responderme, y yo entonces
la presenté mis espaldas,
porque no se fuese el día
en respuestas y demandas.

Parecióles a todos que el último verso que se cantó les había dado la doctrina que debían seguir, y así por escusar respuestas y demandas bajaron, sin despedirse ni esperar las hachas, las escaleras, y con tan poca cordura, que fue mucho que alguno dejase de caer en las manos de la cirujía, arte que ejercitando crueldades, consigue una insigne piedad utilísima a la naturaleza.

Prosigue la conversación, y refiere Pedro la donosa burla que armó a un maestro de esgrima y a un corchete

Hizo el cordobés ausencia por unos días, y todos fueron de vacaciones para la conversación de su casa, por cuya causa él abrevió el negocio y volvió presto tan puntual, que llegó el domingo en la noche que estaba asignado para que en él diese el caballero aragonés la cena. Empezaron a juntarse los académicos, y uno dijo cómo le había dejado enfermo en su casa y con calentura. Dioles esta nueva a todos un frío terrible con sudor mortal, porque sospecharon que el mal era fingido, y con ánimo de escusarse a este título de cumplir con su obligación. Pasaron de esta plática a la del ensayo, en que no padeció poco el poeta, porque cada uno presumía que era el primer representante del mundo, y aunque hombres entendidos y hábiles, como aquello no era su profesión, apenas había alguno que estuviese sin vicio notable, cual en las acciones y cual en la entonación de la voz. Desconsuelos fueran del ánimo del ingenioso Pedro estas fatigas, si no le alentara el ver que se sabía ya bien de memoria la primer jornada, señal cierta de que todos estaban gustosos, con que lo demás podría tener enmienda con la continuación de los ensayos, que se fueron prosiguiendo otras noches; y se desengañaron, viendo que faltaba en todas ellas el caballero aragonés, de que su mal era ficción, y así le visitaron todos, procurando entretenelle y regalalle cada uno en competencia; su achaque era melancolía y los fundamentos de ella no pequeños, porque siendo uno de los hombres más nobles de su patria, y hijo y nieto de padres y abuelos que en servicio de los reyes vertieron sangre y hacienda, causa de haberle dejado con menos riqueza y ostentación de la que pudieron,

miraba en ella a muchos aventajados y preferidos, por los pasos que se temió que se despeñaban a su ruina y destrucción.

Con tales visitas que le variaban la imaginativa en diferentes empleos, esparció el corazón encogido, pero nadie fue causa tan efectiva de su salud como la bellísima Inés, cuya presencia desvaneció las nubes; y siendo ella Sol que salía, fue también ave que le saludó cantando de este modo:

-Por los campos de Navarra,
Albanio llegar pretende
al muro de Zaragoza
que a las estrellas se atreve.

Ausente va de Castilla,
y por más desdicha ausente
de Belisa, cuyos ojos
las luces del Sol suspenden.

Sus labios y sus mejillas
bellos abriles parecen,
y así en mejillas y labios
cuatro primaveras tiene.

La muerte y amor la humillan
sus armas que al mundo ofenden,
que la tratan con respeto
los que a los reyes le pierden.

¡Qué triste el pastor camina!
Párase y los ojos vuelve
por esperar a su alma
que atrás se le queda siempre.

Pensamientos le combaten,
mensajeros de su muerte,
tan valientes que rendirse
en fuerza, aunque más se esfuerce.

Suspendióse en los cristales
del Ebro, y a sus corrientes
veloces y fugitivas
esto dice, aunque más siente:

«Si con tus libres cristales,
Ebro, al mar corriendo vas,

detente, que ya en mis ojos
te sale al camino el mar.

Mientras yo vivo penando
del Sol de Belisa ausente,
de la Fortuna inclemente
el grave rigor llorando,
si veloz vas caminando
al imperio de cristal,
detente, etc.

Si el tributo llevar quieres
al padre de tantos ríos,
darásle en los ojos míos
al mar, cuando a ellos le dieres;
mientras más corriendo fueres
más del mar te apartarás,
detente, etc.»

Agradecido el enfermo al favor, se entró en una silla, y aquella misma noche asistió a la academia y se holgó no poco de ver el ensayo de la comedia y bailes, que ya estaban muy cerca de su perfección, y convenía así, porque desde aquel día al segundo de Pascua de Navidad, que era en el que se había de hacer, faltaban solos quince. Acabóse temprano esta ocupación, y cuando trataban todos de despedirse, el caballero aragonés los detuvo, diciendo que aquella noche había de quedar escrito en el número de los antiguos, pagándoles la patente de la cena en que le tenían condenado; y así, pidió con muchos ruegos al astuto Pedro, que mientras acababa de prevenirse, entretuviese a aquellos señores con la narración de una de sus más felices aventuras. El que había renovado los espíritus sólo con la esperanza de tan opulenta cena, tan alegre como si ya hubiera bebido, empezó con gallardía y despejo, y dijo así:

-Maestro de la falsa destreza era un mulato de mi lugar, que habiendo sido esclavo de un veinticuatro que en él murió, le dejó libre en las acciones, ya que él lo fue no poco en las costumbres. Tenía presunciones de valiente, y yo sé que podía servirse echo cuartos en la mesa de cualquier cuartanario regalado, que no fuera la peor gallina que hubiera sazonado su puchero. El rostro tenía bien acuchillado, no de heridas que recibió en pendencia corriente con su espada tendida, sino que se las dieron a su pesar algunos que fueron más liberales con él de lo que quisiera. Su lengua no era muy sana, y de eso le procedió el traer su rostro con tantas señales de la Santa Cruz, con que andaba siempre abroquelado contra el demonio, que era lo propio que contra sí mismo. Nada le hizo más desgraciado que el haber hecho conceto de sí que era gracioso. Verdad es que en la ignorante y vana destreza que él profesaba, se desenvolvía con agilidad, y ejecutaba con pujanza aquello que alcanzaba con su conocimiento, de modo que con la negra era Lucifer en campaña.

»Estaba yo mal con él, porque siendo mozuelo que entonces iba al estudio de la latinidad con una sotana corta y ferreruero, porque yo me crié sin padres y sirviendo, me llamaba el Licenciado Sotanilla y solía decirme que le diese el paño que había cortado de aquella sotana, para echar soletas a sus medias; para mí en aquella edad injuria que la ponderaba como si fuera un sacrilegio. Fui creciendo un poco, y él no obstante el verme ensanchar de espalda y descollar de garganta, porfiaba en su gracejo. En el mismo tiempo que ya yo las noches salía un poco a volatería de mozuelas de sayuela y corpiño, cobré también odio a un mal ministro de justicia, tan airoso de boca cuanto desairado de talle, llamado Beltrán, corchete del alguacil mayor y el mayor bebedor de los corchetes, cuyo estómago esponjoso embebiera en sí la cuba de Sahún. Éste, a título de que los estudiantes no podían traer armas, me quitó una noche la espada y broquel que llevaba, con algunas palabras ignominiosas que me dijo de camino, como si estas le hubieran de valer también dineros. A la mañana, cobré las armas que le rescaté por ocho reales. Preciábase de muy diestro y decía que había de venir a la Corte y sacar su carta de examen del maestro mayor, y poner su escuela en competencia de la de Baltasar. Tal era el nombre de nuestro esgrimidor mulato, que con gran desprecio se burlaba de él, porque decía locura semejante, y pusiera muchas veces las manos en su persona, si no le respetara por sombra de alguacil mayor y temiera que llamaran achaques de resistencia lo que fuera castigar a un bellaco, y que a este título le hicieran saber cuantos vientos pasean por la mar, vista que bastara sólo a matalle, porque si una gota de agua le ponía mortal, ver aquel océano inmenso donde se congregan todas, ¿qué hiciera? Aun cuando con él se quisiera mostrar piadoso, acción que no se podía esperar de tan grande y tan descubierto enemigo.

»Ofreciósele a Beltrán una jornada a la ciudad de Málaga, y él dio a entender que era a la villa de Madrid, de donde volvería calificado para gobernar un montante en plaza pública con autoridad absoluta. Detúvose algunos días en el negocio, con que los de su parcialidad esforzaban más la voz, diciendo que venía ya con borla de tan insigne magisterio. Restituyóse al fin a nuestros ojos, pérdida de que estaban bien consolados, y aunque no mostraba su despacho, porque no le traía, confirmaba con las palabras en presencia lo que sus amigos habían estendido en ausencia. Yo, que estaba puesto con silencio en espera como buen cazador, y atento a sus acciones, aunque bárbaras, de ellas mismas, por serlo, saqué el modo de mi venganza tal como el que agora diré sin mentiros ni alabarme con vanidad. Fue, pues, que puse una noche unos carteles por la ciudad que amanecieron en las cantones de letras gruesas y coloradas, al modo de estos con que los autores de comedias convidan al pueblo para que los oigan; y decían: "Beltrán, nuevo maestro de esgrima, examinado con aprobación del maestro mayor de la Corte, enseña a jugar todo género de armas dobles y sencillas a los caballeros en sus casas, y a los pobres de balde".

»Llenóse el lugar de este nuevo caso, y apenas lo entendió Baltasar, cuando rabiando, que con menos ocasión pudiera, pues era perro, hizo junta de todos sus discípulos, que eran los mayores matantes del Andalucía, y determinaron esperar la noche, que apenas vino cuando cargados de rodelas, broqueles, espadas largas, y de todas las demás armas no permitidas, fueron a las partes donde estaban los rótulos y los llenaron de lodo, y luego escribieron en las propias paredes: "Víctor, Baltasar; Beltrán, cola, corchetazo malazo,

corchetón malón, muera el corchete si en eso se mete". Y más abajo, por último fin de sus injurias, plantaron estas coplas:

Maestro de fuelles viene
el corchete a este lugar
sólo a enseñar a soplar.
El maestro que ha venido,
en la fragua de un herrero
su oficio hará verdadero.

»Las nuevas llegaron a Beltrán, y aunque es verdad que él no había puesto los cedulones, supuesto que el vulgo pensaba que sí, conoció como era cierto que la satisfacción de habellos embarrado corría por su cuenta, y mucho más la de los coplones inmundos. Acudió luego a querellarse al alcalde mayor, que trató el caso con muchas veras y quiso prender con severidad rigurosa a delinquentes tan graves, pero como el dicho Baltasar tuviese por discípulo al hijo del corregidor, no sólo él y los demás cómplices [no] fueron presos, sino que haciéndose del caso risa, burlaban del Beltranejo, refiriendo muchas veces las coplas, habiéndose convertido en entretenimiento de todos el negocio de que él quisiera haber sacado particular castigo; hallóse afrentado, y como era cobarde (aunque el otro no le quedaba a deber nada), desesperado de poder satisfacerse, para consuelo suyo se recogió una noche a la taberna de un Alonso Miguel, que era su compadre, donde halló algunos cofadres del trago, y entre ellos uno que, teniendo la copa en la mano, antes de llevalla a la boca, alargó el gahnate, y alentándose con el perfume de la olorosa vasija, dijo: "Créame voacé por esta santa criatura de Dios que tengo en mis manos, que la crió para provecho de los hombres, que es muy honrado y no sabe voacé cuan honrado es como yo, que sé que es el mismo honrado. Acuérdase voacé, que si hará, que no le puede haber olvidado, cuando con dos huesos de aceitunas dejamos aquí en casa del señor compadre un cuero en seco, por cierto en buena hora sea contado, que este mismo día cumple años, que yo tengo, aunque flaca cabeza, buena memoria, y sé que es así. Pues mire, no hemos ser menos hombres hogaño que antaño, a lo menos en mí no es menor la sed ni la barriga, y me alegro mucho, porque venir de más a menos no es de gente honrada, y porque lo crea, mi rey, dé gracias a Dios y verá como aquí a pie quedo hago lo que entonces".

»Calló con esto, y riéndose con la copa, o por mejor decir, con lo que estaba dentro, vacióla en el estómago. Brindó luego a la salud de diferentes personas, y teniendo más ganas de beber que gente a cuya salud brindar, hizo un brindis a la salud de los corchetes. Replicáronle los circunstantes con grande admiración, diciendo: "¿Cómo a la salud de los corchetes?".

»Y respondió, colándose el vino muy apriesa: "Sí, que aunque corchetes, son prójimos".

»Mas por Dios que estamos nosotros cerca de hacer lo mismo, porque veo las mesas y la cena en ellas, quédese aquí el cuento, que yo doy mi palabra de templarme tanto en los brindis, que pueda proseguir después con su narración, que os tenía suspensos y entretenidos».

Hallólos a todos de su parecer, y cenando con mucho regalo y abundancia, el torrente y la malvasía, musas entonces de aquel Parnaso, inflamaron los ánimos de los presentes para decir cosas que ni supieron cómo se las hallaron ni acertaron a repetillas. Diósele luego al caballero aragonés la borla de antiguo académico, y para celebración de tan insigne festividad, Inés puso las manos en el instrumento, los ojos en los circunstantes, y ellos en ella todas sus almas, que tan atentas como rendidas, le escucharon, y ella dijo:

-Dos fugitivas fuentes
se abrazan en un prado
a los ojos del cielo
que invidia sus abrazos.

Amante de Belisa,
aquí suspira Albanio,
más noble que los reyes
después que fue su esclavo.

Serrana a quien el cielo
dio generoso cargo
que un tiempo tuvo el Sol,
de alumbrar abrasando.

Como el amante siente
la fuerza de sus rayos,
así a las aguas dice
por ellas suspirando:

«Cristalinas fuentes,
bañad mis labios,
que me abraso de amores,
¡ay, que me abraso!

Templa, Belisa, el fuego
de tus ojos, que es tanto,
que le temiera Troya
más que al que fue su estrago.

De tus manos la nieve
abrsa los peñascos,
porque es leña de amor
la nieve de tus manos.

Siempre que en ellas veo
tan insigne milagro,
con respeto las miro,
con razón las alabo».

Así se queja, y luego
al cristal regalado
de las corrientes libres
les pide su descanso:

«Cristalinas fuentes,
bañad mis labios,
que me abraso de amores,
¡ay, que me abraso!

¡Ay, claras fuentecillas!,
que alegres caminando
vais a dar la obediencia
al imperioso Tajo,

¿cómo vuestras corrientes
son beneficio avaro
para el dolor que siento,
para el fuego que paso?

Ved que lejos habita
la salud que no alcanzo,
si es vuestro alivio corto
y mi tormento largo.

El alma que es divina
mejor sufre su daño,
mas, ¡ay!, que el cuerpo dice
cobarde suspirando.

Cristalinas fuentes
bañad mis labios,
que me abraso de amores,
¡ay, que me abraso!»

La plebe que escuchaba se dividió en diferentes opiniones: unos pidieron que Pedro prosiguiese con su cuento, y otros que Inés cantase otra letra, que como fuese la mayor parte de los votos de este parecer, obedeció y dijo:

-Burlóse la niña
del Amor y huyóle,
corre Amor tras ella,
mas, ¡ay, si la coge!

La niña que hiere
libres corazones,

rosa de los prados,
alba de los montes;

que porque a su boca
abril reconoce
de una envidia honrada
se encienden las flores.

Libre como bella
un día burlóse
del niño gigante
que mata los hombres.

Y aunque al viento leve
da plantas veloces,
corre Amor tras ella
mas, ¡ay, si la coge!

Amor y la niña
un tiempo conformes
amistad juraron
con abrazos nobles,

y ella que ha nacido
para armar traiciones,
cuando más seguro
las paces le rompe.

Que la que en belleza
por Sol se conoce,
cercada de engaños
también es la noche.

Y así recelosa
a huir se dispone,
corre Amor tras ella,
mas, ¡ay, si la coge!

Dios libre a la niña,
mire cómo corre,
que si Amor la alcanza
morirá en prisiones.

Harála que pruebe
celosos temores,

que ausente suspire,
que olvidada llore,

Y por más castigo
de sus sinrazones,
que adore desdenes,
si negó favores.

Sus alas sutiles
el miedo la pone,
corre Amor tras ella
mas, ¡ay, si la coge!

Con tanta propiedad cantó estos versos la bellísima Inés, que a todos les pareció que habían visto huir a la niña y al Amor correr tras ella. Bien quisiera Pedro ocupar con su prosa el campo que dejó vacío, que algunas veces le tentaba el espíritu de la elocuencia, mas el caballero aragonés, olvidado de sus melancolías, le impidió el intento cantando, como si hablara consigo propio, y dijo:

-Que no hay tal andar
como andase a buscar solaz.

Huigo amores charlatanes
de vírgines importunas
por no verme por tribunas
en lenguas de sacristanes.

Los que son de Amor jayanes
batallen con una suegra,
que mi apetito se alegra,
tan libre y resuelto es,
de una boda cada mes
cuando más suele durar,
que no hay tal andar, etc.

Sirva al señor día y noche
el que a caballero pasa,
porque de amores se abrasa.

Del estribo de su coche,
ya madrugue, ya trasnoche
por llevalle su invención
dulces de la adulación,
que en el rincón que nací
no halló más Señor que a mí,

que a mí me pueda mandar,
que no hay, etc.

Sediento de perlas bellas
busque al indio navegante
sin temer que el mar levante
motín contra las estrellas.

Ya se llore encima dellas,
ya en la arena sepultado,
que de mi hacienda ayudado
pongo, aunque es algo liviana,
cinco ollas cada semana,
y sopas no han de faltar,
que no hay tal andar
como andarse a buscar solaz.

Siga pues la ardiente llama
de la guerra el que quisiere,
y en premio de lo que hiciera
tire gajes de la fama.

Dele el suelo dura cama
al tiempo que arroja el cielo
sobre él frazadas de yelo.
Bueno es sin fama un rincón,
que a fe que por mi ocasión
ronca no se ha de tornar,
que no hay tal andar, etc.

Sea el avaro, penando,
del oro y plata que encierra,
rufo, pues de tierra en tierra
los lleva siempre ganando.

Coma siempre fabricando
hurtos de plumas sutiles
con sus pensamientos viles,
pese en su casa el dinero,
que al dinero no le quiero
si no viene sin pesar,
que no hay tal andar, etc.

Válgase el otro letrado
más que de testos, de gritos,

y sin ser santo, infinitos
le tomen por su abogado.

Sordo esté, y arrinconado,
hasta que al fin por servir
el rey le permita oír,
que yo, gracias al Señor,
soy por dos lados oidor
de lo que quiero escuchar,
que no hay tal andar, etc.

Pedro, que miró suspendido con esto al yocoso aunque noble cantor, viéndole que aún se había quedado con la guitarra en la mano y que mudaba de pasacalle, señales de que temió que trataba de cantar otra cosa, estuvo algo impaciente, y conociendo lo mismo en el auditorio, y que mostraba gusto de oírle desatar la competencia de aquellos dos bacanales contendores, tan osado como favorecido, le quitó al caballero aragonés el instrumento, y disparando prosa, fueron estas sus más templadas razones:

-A imitación de aquel brindador maestro, los demás que le aplaudían, se mostraban infinitamente racionales, porque era fuerza que tuviesen mucha razón, pues tantas veces la hacían. Quedó el cuero desangrado, y tan vacío, que le ocupó el aire, que de haber sido aposento del fuego, vino a serlo del viento. Tuvieron soplo de que estaba otro en la cueva, y mandándole parecer ante sí, por primero, segundo y tercero término, viendo que no lo hacía,

Siete veces echan suertes
sobre quien irá a buscarle,
todas siete le cupieron
al tabernero compadre

»Viéndose convencido, bajó, aunque no de muy buena gana, porque aquellos señores bebían de contado, y pagaban sobre tarja. Echóse al hombro el difunto, y apenas llegó con él a donde estaban los seis conformes, que tantos eran, y para esto tan unidos, como si fueran nacidos de un vientre, cuando el Beltranejo dijo: "En mi vida he visto cuerpo muerto que huelga tan bien como éste". Y desangrándole luego sobre un cántaro grande que allí estaba, bebieron todos a boca de cántaro, hasta hacer el mismo estrago en él que en el otro. Ya que tenían ardiendo las sienas, brillando los ojos, y vaporeando los cerebros, las lenguas gruesas, los brazos tendidos, y las piernas en forma de X, entraron en consulta, y salió determinado que fuesen todos juntos a borrar las ignominiosas coplas, y que en su lugar se escribiesen otras, y para esto se cargaron de espadas y broqueles, y llevando una linterna, que les mostrase las esquinas, por no topar con ellas, y los arroyos, por pasallos sin poner los pies en el agua, que la tenían en tan poco, que aun se despreciaban de pisalla, fueron dando vueltas de una en otra calle, y habiendo andado tres o cuatro veces el lugar de puerta en puerta y de barrio en barrio, les amaneció el Aurora, bien disculpada entonces de la risa con que siempre viene, porque las figuras que vio en ellos descompusieron al más mesurado.

»Halláronse entonces todos juntos a la puerta de una casa principal que tenía dos figuras de piedra, y diciendo ellos, "¡Son por Cristo!", cerraron con furia tantas veces que hicieron en sus mármoles harina las espadas; y pensando que los dejaban muertos, salieron al campo diciendo: "¡Iglesia, Iglesia!", y asiéndose a las aldabas de la puerta de una ermita, cayeron en tierra del cansancio y del sueño rendidos.

»Habían tenido los de la parcialidad del maestro esgrimidor noticia de la intención que llevaban los de la cuadrilla contraria, y pareciéndoles que perderían mucho crédito con el lugar, si les borraban sus coplones, y en la misma parte les escribiesen otros que hablasen de sus afrentas, determinaron (como lo pusieron en ejecución) guardar las esquinas de la calle, y defender valerosamente la parte que les tocaba en ella. Previniéronse del mismo licor que sus contendores, porque en esta opinión todos eran unos, y plantándose en el puesto, se pasearon desde la nueve de la noche hasta la una. El mulatazo, desvanecido y soberbio, como quien ignoraba la causa que detenía al corchetón, arrojaba palabras al viento y decía: "Siempre me aseguré yo de que aquella gallina se había de quedar en el gallinero. ¡Vive Dios, que quisiera tener un escribano aquí que me diera por testimonio lo que nos ha pasado!".

»Apenas lo dijo, cuando vio cerca de sí no uno, sino un par dellos, que entre otros ministros de justicia venían acompañando al alcalde mayor, que reconociéndolos, les quitó las armas y los enviara presos, si no fuera hombre respetivo y atendiera a no dar disgusto al hijo de su corregidor. Quedaron con esto muy desairados, y viendo que amanecía, hicieron pesquisa de sus contrarios, y no hallando noticia de ellos, ni aun en sus propias casas, de donde se decía haber salido la noche antes, recelaron que les podría haber sucedido alguna desgracia, y que mientras no se hallasen los actores, a ellos, como a enemigos descubiertos, por ser los del bando contrario, les habían de echar la culpa y castigarlos rigurosamente. Por esto se escondieron en lo más alto de la torre de una iglesia, cuyo sacristán era muy amigo de todos, que a medio día los banqueteó, y anduvo más liberal de lo que podía esperarse, de un hombre que comía de aleluyas y kiries.

»A estas mismas horas, despertaron de su bacanal sueño los de la ermita, y mirando sus espadas hechas pedazos, decían: "Por Dios que venían gentilmente armados, pero esta vez no les valió la prevención". Así estuvieron platicando, sin desengañarse del todo, porque aunque ya estaban libres del vino, no de las fantasías que con él recibieron, que esas se les quedaron igualmente impresas, pero con todo eso determinaron, como lo hicieron, entrarse en el lugar, por ser la hora en que comían todos y estar solas aun las calles más frecuentadas. Hiciéronlo así y trasladaron sus cuerpos embalsamados de la desierta ermita a la casa de Alonso Miguel, su compadre, y le pidieron muy encarecidamente que los escondiese en la cueva, pareciéndoles que allí estarían con más seguridad. El Alonso, que era socarrón, tuvo la petición por muy sospechosa, atento a tener en aquella parte el vino, y así los aseguró primero de que venían engañados, porque él no había oído nada cerca de semejantes muertes, y que era forzoso que si fuera así, estuviera público en la ciudad, y juntamente les ofreció ir a la misma parte donde ellos decían que dieron la batalla, y ver la sangre y demás señales de mortandad, que en ella se mostraban, y traerles fiel y cumplida relación.

»Agradóles a todos su consejo, y escondiéndolos en un aposento bajo, donde los dejó cerrados, llegó al sitio que en su opinión engañada fue tan infausto, y viéndole enjuto y sin los lagos rojos y hervientes que ellos significaban, dio la vuelta, y al pasar por la calle donde estaban los hombres de piedra, en quien ellos rompieron sus espadas, vio al señor de la casa, que era muy conocido suyo, que alumbrándole un criado con una hacha, se lamentaba de semejante maldad, y juraba que si podía averiguar quién hubiesen sido los malhechores, los había de hacer echar en galeras. Hizo recoger los pedazos de las espadas que se les quedaron, y mandó que se le diesen a Alonso Miguel, que siendo hombre de buen discurso y reconociendo el estado de las cabezas de sus huéspedes, y que habían traído las espadas rompidas, dio en lo que aquello pudo ser; que lo acabó de confirmar, cuando volviendo a su casa, halló que unos pedazos venían bien con otros. El sacristán al mismo tiempo salió por parte de los de la otra cuadrilla a entender el estado de las cosas, y como en el lugar hallase muy poca luz, se fue a visitar al compadre y de él entendió que allí estaban los de la facción corchetense, y dándole aviso como él tenía los de la amulatada compañía, determinaron juntallos y hacellos amigos. El compadre Miguel instó mucho en ello, porque en la celebración de sus paces pensaba despachar cuatro cueros de vino. Juntáronlos al fin, y después de haberse abrazado, se les apareció una olla de mondongo bien salpimentado, con que los achaques de la sed se les fueron aumentando. Los cuatro pellejos del compadre Alonso Miguel parecieron pequeño socorro, y tuvo necesidad de valerse del empréstito de otros dos, que le hizo un amigo y vecino. Tal es la historia más para vista que referida».

Así dijo Pedro, cuando Inés cantando, robó con mayor facilidad los ánimos de los presentes:

-Escucha, Laura hermosa,
las ansias de mi pecho,
más porque tú las causas
que porque yo las siento.

La noche que saliste
a los campos amenos,
cobardes las estrellas
de ver tu luz huyeron.

Escondióse la luna
entre nublados negros
por no cegar sus luces
en rayos más perfectos.

El viento airado entonces
fue grato y lisonjero,
que haciendo a todos locos,
a él le hiciste cuerdo.

Desde el río subía
sutil cuanto risueño
para ser de tus labios
dichoso pasajero.

Yo, feliz en mirarte,
fiel amante y no ciego
te rendí sacrificios
sin engendrar deseos.

Constante y animoso
te adoro y te venero,
aunque me den más voces
los naufragios ajenos.

Que a mí, que por tu causa
ningún peligro temo,
provocan, no escarmientan
infelices sucesos.

Porque si otros amantes
morir de amor supieron,
siendo en mí el Amor más,
no será el valor menos.

Animaráme tanto,
el ver que eres mi dueño,
que esto que en mí confío
de ti propia lo espero.

Vivir quiero a tu sombra,
mas, ¡ay, que vano intento,
si en los rayos del Sol
hallar sombra pretendo!

Ayúdeme mi estrella,
oh tú Sol, que es lo menos,
porque en ti se halla todo,
que todo está en el cielo.

En estos últimos acentos les amaneció la Aurora, pareciendo entonces Inés ave que la recibía con su canto, y haciendo del día noche los que de la noche hicieron día, se retiraron todos a sus posadas, y en ellas a las camas, donde el sueño que se despidió de unos, empezó en otros siendo el de estos segundos mucho mayor, pues oponiéndose al común vivir de los hombres, violentaban los decretos saludables de la naturaleza.

Presenta Pedro al juicio de los académicos una burla, castigo de la vanidad de un cortesano y provecho de su bolsa

Todas las noches siguientes a la pasada, los ensayos de la comedia y el juego dieron al entretenimiento materia, prosiguiéndose cada día con mayor fuerza, porque viéndose ya diestros y hábiles, la misma satisfacción que tenían de que lo habían de hacer bien les encendió el ánimo. La víspera de la fiesta comieron juntos por gastar la tarde y algo de la noche en aquel último ensayo, que se hizo con todos los aparatos, galas y vestidos que la propiedad de la fábula pedía. La fama acreditó tanto esta fullería de las musas en el pueblo, que cudiciaron vella los más ilustres y los más poderosos, valiéndose de los ruegos y aún alguno del imperioso ceño, amenazando con la dignidad que tenía en la república, más para administrar justicia que para hacer fuerza. Llególes el viento de este aviso tan a tiempo que en venganza de su descortesía, se fingió la bellísima Inés enferma, y con esta causa se dio razón justificada para que la fiesta se suspendiese. Decía ser achaque, y no mal el suyo, por no obligarse a la penalidad de la cama y comprar con su particular daño la quietud común de sus académicos.

La[s] visitas de las amigas fueron muchas, y las de los amigos no menos largas, aunque más útiles, porque con los regalos pagaban el calentar la silla, o lo que les calentaba, porque siempre salían con más fuego que dejaban, que aunque las dádivas en todos tiempos han sido pólvora de ánimos helados y unción que hace volar a las mozas, que siempre de semejante sangre fueron brujas, la castellana se rendía menos a quien ponía mayores esfuerzos en el combate. Recibíalos a todos vestida y echada en una camilla que tenía hecha sobre la tarima de su estrado, y habiendo conseguido con el arte desmedrar los colores del rostro cuando quería, representó la mentira de su mal, como si fuera verdadera fatiga, mas de tal modo, que no quedando su belleza menos apacible, la comiseración se aumentaba en los circunstantes, que por divertilla, hallándose presentes dos músicos de los que a su lado habían de ser de la fiesta el mayor adorno, cantaron sin ser rogados, causa de que fuesen con más gusto oídos.

Para celebrar mis ansias
como en el alma las siento
debían rendir los ojos
el llanto de mi deseo.

Ya como curioso amante
le encargo a mi pensamiento
que para amarte, Belisa,
descubra caminos nuevos.

La fe que te sacrifico
no es hija mortal del tiempo,

pues como eterna levanta
murallas de amor eterno.

No te olvidaré en la muerte,
invencible a sus tormentos,
porque ella no es poderosa
para tan alto trofeo.

Retrato soy de amor sólo en el fuego,
porque amo con razón y no estoy ciego.

Soberbios se veen los campos
más galanes que los cielos,
después que tus ojos verdes
honrar su color quisieron.

La primavera segura
y eterna vivirá en ellos,
porque allí no han de ofendella
tiranías del invierno.

Toda el alma les he dado,
y no por eso estoy muerto,
que el alma que me da vida
es el amor que les tengo.

Nadie con mi amor se iguala,
y hago en esto lo que debo,
porque sé cierto que nadie
se iguala con el sujeto.

Retrato, etc.

¿Qué nieve desvanecida
sobre los montes soberbios
mal atrevida compite
con tus manos y tu cuello?

Tus labios y tus mejillas
son original del cielo,
de quien traslada las rosas
que adornan los campos bellos.

Pues si tantas perfecciones
en tu hermosura contemplo,

fuera, señora, el no amarte
culpa del entendimiento.

Sólo en ti vivo ocupado,
porque luego que en mi pecho
nació cuidado tan noble,
todos los demás murieron.
Retrato soy, etc.

Mucho de aplauso se les dio en premio, y por merecer divididos lo mismo que juntos, cada uno quiso manifestar sólo los primores de su habilidad, y empezando el que cantaba la voz del contrabajo se halló con un oyente más, que fue su propio compañero que con mayor atención que todos le rindió los oídos, que con la perfección de las artes, aquel se suspende más, que más entiende dellas, cantó así:

-Ojos, ¿porqué os defendéis
de un amor tan poderoso?
Advertid que es juez piadoso,
y riguroso le haréis.

Volved, ciegos, no perdáis
ocasión tan oportuna,
que vuestra buena fortuna,
huyendo, desobligáis.

Si os llevó el atrevimiento
a ver de Laura el valor,
fuera esconderse a su amor
culpa del entendimiento.

Ojos, si es que a ver nacistes
ricos y bellos despojos,
decid que no fuistes ojos
hasta el punto que la vistes.

Ociosos sin ejercicio
sólo el nombre habéis gozado
de ojos, porque hoy os han dado
la ocupación del oficio.

¿Qué haría yo si se perdiese
suerte de tanto placer,
y dejándola de ver,
el bien que pierdo no viese?

Si es que lo dispone así
mi estrella, siempre atrevida,
antes que muera esta vida
viva ya la muerte en mí.

Un tiempo que desterrado
estuve en el Tajo ausente,
no viendo su luz presente
lloraba con mi cuidado.

La arboleda me ofendía,
y el agua me daba enojos,
que en soledad de sus ojos
no hay alegre compañía.

Con razón, pues conocéis
al dueño de vuestra vida,
si no queréis que os despida,
servid y no os descuidéis.

Servid siempre, sin pedir
otro precio a mi cuidado,
que a un servir bien empleado
bastante premio es servir.

A su gusto acudiréis
volando, pues es razón,
que bien podréis, corazón,
pues dicen que alas tenéis.

Sin dar campo a las alabanzas tan mal logradas cuanto bien debidas ocupó el instrumento,
y los oyentes el otro músico, que dijo con voz menos suave, aunque con modo de cantar
más airoso:

-Con mil gracias viene abril,
tras sí los ojos se lleva,
ya risueño entre las fuentes,
ya galán entre las yerbas.

Enamorados le miran
los vientos que le pasean,
porque en su olor se regalan,
y con su vista se alegran.

¡Qué claro que rompe el Sol!
No hay nube que se le atreva,

y como es alma del mundo
ya vuelve a vivir la tierra.

Todo se ríe y Jacinto,
mientras más quiere más pena,
amante en quien la fe vive,
y está la esperanza muerta.

Su enemiga artificiosa,
siempre armada de apariencias,
persuade con los ojos,
que arde cuando se yela.

Naturaleza la hizo
tan sutil en sus cautelas
que diciendo desengaños
engaña con mayor fuerza.

Sus agraviados amantes,
número que no se cuenta,
todos empiezan en gustos,
todos acaban en quejas.

Jacinto entre tantos firme
en amalla persevera,
y aunque crecen las injurias
no muestra su amor flaqueza.

Después que en su cárcel vive,
prados y espaciosas vegas
dos veces se han desnudado
de flores y verde yerba.

Y viendo que a su esperanza
justos premios se le niegan,
así da quejas al viento,
aunque sabe que es perdellas:

«Ya dos veces se han visto los campos verdes,
y mi triste esperanza nunca florece.

Ríndase mi confianza,
basta el tiempo que he perdido,
pues que más han merecido
los campos que mi esperanza,
como hizo el tiempo mudanza

vestidos se veen y alegres,
y mi triste, etc.

Ya como se huyó el rigor
con que el invierno ofendía,
no hay fuente que no se ría,
ni campo que esté sin flor.

Los vientos llevan olor,
la voz del ave suspende,
y mi triste, etc.»

Envió unas flores de su mano Inés a los dos cantores en igual número, porque no pareciese desigual el premio, disgustándolos a entrambos con lo que pretendió obligallos, porque favores comunes, cuando más bien suceden, si no pierden los amigos, no los hacen mayores. Pedro, que se hallaba caudaloso de chistes, y conocía devoción y afecto en el auditorio a sus narraciones yocosas, eligiendo un asiento eminente, para poder ser visto como oído de todos, pronunció estas palabras:

-Lleváronme a Madrid, no las pretensiones de mis aumentos, como a los más hace, no los cuidados de mis pleitos, porque nunca los tuve. La curiosidad de ver sus grandezas me trasladó de mi patria a aquella, que es común a todas las naciones. Admiré los primeros días tanta variedad de milagros, y mucho más el ver que sólo yo y algunos, que eran también cortesanos modernos, pagábamos alabanzas a tales maravillas, porque los demás pasaban por ellas como si no fueran, en que conocí que nada había tan digno de admiración como que lo admirable no admirase. Pasé ocupado en tan altas suspensiones como si estuviera en éxtasis, hasta que apeando el entendimiento, quise gozar la variedad de los entremeses que en su teatro representan tantos graciosos y peregrinos humores, cuyas costumbres y singulares naturales acechaba atento y astuto, por no perder dellos aun lo más pequeño, que no hay libro docto que enseñe tanto a un hombre ingenioso como otro hombre aunque sea necio.

»Cayóme en mi propia posada por compañero un don Lucas, mancebo fantástico, melindroso y femenino, la tez del rostro vertía resplandores, las g[u]edejas más peinadas y rizas que pobladas, por ser mal cumplido de pelo, le notificaban calva para los años mayores. Tan singular en el traje, que tenía sastre particular que entendiese su modo de vestir, muy presumido de buenas manos, hacía con ellas todas las ceremonias que las damas suelen envainando y desenvainando con arte. Quería ser pretendido y festejado, porque aunque su condición liviana con facilidad se abrasaba por cualquier moderada belleza, disimulaba estos ardores y deseaba ser rogado del mismo sujeto a quien adoraba, y era tal el gustoso desvanecimiento que desto se le seguía, que conocí dél, con el trato largo, que si hubiese una mujer socarrona y de buen despejo que por esta parte le acometiese, le podría dejar en carnes, y aun sin dejalle en tan mal estado, hacerse ella rica, supuesto que él lo era mucho, porque le oía yo decir infinitas veces: "Dicen las mujeres de esta Corte que soy miserable, y por Dios que no lo entienden, sino que mis liberalidades no se emplean sino en personas que saben hacer finezas, y si ellas las

ignoran, o si las alcanzan, no las ejercitan, que es lo mismo; no es la culpa mía. ¡Ay, Sevilla, Sevilla! Y cuán diferente trato es el que en ti se profesa. ¿Qué pureza de Amor? ¿Qué verdad? ¿Qué extremo?".

»Los demás huéspedes de la casa, y vecinos del barrio, se reían de su capricho, y yo aunque les ayudaba determiné que no sólo me sirviese de entretenimiento, sino de provecho, que cuando la utilidad y el deleite se conforman, es la última y la mayor de las felicidades. Para esto tenía necesidad de hallar quien fuese capaz de ejecutar mis órdenes, cuidado que me trujo muchos días inquieto. Pero como aquel mar espacioso de la Corte es tan abundante y vario que apenas la imaginación forma los deseos cuando halla instrumentos para cumplillos. Por medio de una amiga anciana, embajadora de Amor, amparo de pecadoras modernas, y consuelo de todas edades, conocí a una, si digo mujer es poco, y si digo demonio, ya se sabe que para embustes es mucho menos que mujer, su nombre doña Bárbara; era la tal señora persona que en los años no pasaba del segundo diez, los cabellos y los ojos vestían un mismo disfraz, y tal, que habiendo nacido en medio de España, parecían de Etiopía, y no por esto se hacía despreciable, porque los unos y los otros brillaban lucidos por ser la tez del rostro pedazos de nieve y nácar. Tenía la boca con algún desenfado, y esta que en otra fuera fealdad, era su mayor hermosura, porque descubría en ella dos escuadras de dientes que sólo con mostrillos merecía ganar de comer para ellos, aunque su limpieza era tanta, que se pudiera pensar dellos que nunca se habían ocupado en semejante ejercicio. Las manos sin puños, sin guantes, a todos tiempos y a todas horas, siempre fueron blancas, sin que se recatasen de los yelos ni de los soles, porque ni los unos ni los otros tenían jurisdicción sobre ellas. Sus movimientos eran todos tan airosos, como si fuera pequeña, y su disposición tan gentil como si fuera desairada. Cantaba tan bien, que se le podía perdonar el ser necia, y razonaba con tanta sutileza, que no parecía que con eminencia cantaba.

»Toda fue arte, toda industria, fácil de pasar en un instante de un extremo a otro. Fingía todas las pasiones humanas sin conocellas. Mirábase en ella su venerable y anciana madre como en un espejo, y decía que era el traslado de todas sus costumbres. En la Corte para con los poco prácticos pasaba plaza de virgen, y la verdad es que fue doncella titular, y que pescaba inocentes; y tantos, que apenas había parte donde no hubiese dejado memoria de sus estragos. Conocióme, y conocíla, y después de habernos dado por amigos y juramentado, hicimos liga contra don Lucas, y tomamos asiento en el modo de su persecución y castigo. Señalóse el domingo prójimo para el día de la primera escaramuza, y el sitio fue la iglesia de San Felipe de Madrid, que por ser acomodada a todos con igual distancia de nuestras casas, la elegimos. Vestímonos, pues, aquella mañana don Lucas y yo nuevas galas, y sin madrugar más que otras fiestas, entramos a las once dadas en el templo, y apenas estuvimos en él un cuarto de hora, cuando rompiendo por medio de nosotros acompañada de dos escuderos, un paje y otras dos criadas con verdugado y abanillo, basquiña y ropa de raso de oro, novedad en el tocado y no poca munición de olores, entró aquella Bárbara en nombre, ángel en belleza, y demonio en sus resoluciones, pasó por en medio de nosotros, y dejándose caer, aunque yo la di la mano, rehusó la suya, y arrojándose a mi buen don Lucas, le miró tan despacio, que todos llegaron a darle el parabién de aquel singular favor, afirmando que aquello no podía haber sido acaso, y

algunos tan invidiosos que maldecían tan mala elección, y decían que había sido de mujer hermosa, que siempre escogen lo peor.

»Yo que vi el camino abierto, aticé por mi parte el fuego, y más porque ella proseguía en ayudarme, clavando desde el puesto donde estaba muchas veces los ojos en su persona. A todo esto se mesuraba el muy falso y me respondía: "Estos son principios, no me obligo yo de tan pequeñas demostraciones".

»Estuvimos allí hasta las doce, y teniendo mi don Lucas un negocio a que decía le era fuerza acudir temprano, sin esperar a los cumplimientos que se deben a las damas, salió de la iglesia con pasos largos, a quién seguí para enlazar más los ñudos de la historia. Íbamos bajando juntos las gradas de la iglesia, y haciendo yo como que reparaba en cosa importante, me detuve y le di ocasión a que me preguntase por qué no andaba, y yo le respondí: "Pareceme que aquel mozuelo nos sigue".

»Y él replicó: "¿Qué importa?"

»Proseguimos con esto nuestro camino por la plaza a la calle de Toledo, donde a lo que después supe, porque participé del beneficio, era convidado de otro majaderón de su tierra. Al llegar, pues, a la torre de Santacruz, volví los ojos atrás y él hizo también lo mismo, y hallamos el mozuelo sobre nosotros, que quitándose el sombrero y retirándose disimulado, quería darnos a entender que aquello hubiese sido acaso. Fingí yo alterarme, cuando el vano dijo: "Sosegaos, que éste pienso que es el paje que entró siguiendo a aquella dama que estaba en san Felipe".

»Yo, representando la turbación y cólera que no tenía, me opuse así: "Y aun eso me daba más cuidado, porque podría ser que fuese de algún galán suyo, que celoso de ver los favores que os ha hecho le envía a que nos espíe los pasos, procurando saber nuestra posada para después a la noche en cuadrilla hacernos una mala burla".

»No le descontentó esta razón, pero ya el mozo no parecía. Caminamos con esto algo más sueltos de pies, y al llegar a la boca de la calle de Toledo, vi otra vez a mi lado a aquel de quien yo mostraba ofenderme, viniendo allí por orden mía, y echándole la mano al cuello, furioso y airado, le metí a empujones en el zaguán de una casa y le pregunté: "¿Por qué nos sigue, mancebo?"

»Él, que no era la primera vez que se ejercitaba en embustes, respondió con muy seguro semblante: "Vuesa merced se engaña".

»"Acabe", volví yo a decirle más airado, "confiese la verdad y no replique".

»Procuró él satisfacerme así: "no hay verdad más cierta que la que tengo dicha".

»Desnudé entonces la daga, y poniéndosela a los pechos, le amenacé con tanto rigor, que muy apriesa dijo: "Cosa fuerte es que me ponga vuesa merced en el último aprieto, para que yo falte a la obligación del secreto que prometí guardar a mi señora doña Bárbara,

que ha querido ser curiosa y saber la casa donde posa este caballero que viene con vuesa merced".

»Aquí mi don Lucas orgulloso me cogió de la mano y formó estas palabras: "Venid amigo, veis como era el propio que yo decía dejadle".

»Y luego vuelto a él, le habló de este modo: "Mi casa es en la calle Mayor, en una que tiene agora una almoneda, y de tres balcones en el medio una alfombra Turca y dos retratos míos, uno a caballo y armado y otro en hábito cortesano, allí estoy para servir a esa señora y a vos en lo que se ofreciere".

»Con esto le dimos libertad, y caminando con mayor priesa, llegamos a la parte donde nos esperaba el convite, que tuvo más llaneza de lo que yo pensé, y tanta que creo que hubiéramos comido en nuestra posada con más regalo; el tiempo era en la mayor furia de los caniculares, y los aposentos de la posada tan calurosos, que di yo gran batería porque una conversación que se armaba de juego se pasase a la nuestra, y pude tanto, que embarcándolos a todos en un coche lo conseguí.

»Jugóse desde las cuatro hasta las seis, y para templar el fuego que aquel tiempo trae consigo, se bebió helado. Con la ocasión de un disgusto que hubo sobre el juzgar una mano, yo, que estaba cuidadoso de proseguir la fábrica que se fundaba sobre principios tan ilustres, les obligué, dando por causa el gozar del fresco y de la mucha gente que pasaba a trasladarse a los balcones. No estuvimos mucho tiempo en ellos, cuando la ingeniosa Bárbara pasó sentada en el estribo de un coche, y a su lado el paje con quien yo fingí la refriega; que dando a entender que la mostraba nuestra casa, la hizo alzar el rostro y mirarnos con tanta atención, que fue fuerza hacella cortesía. Examináronla todos cuidadosos, y vieron que sacando gran parte del cuerpo del estribo, tuvo siempre puestos los ojos en nuestros balcones, hasta que los perdió de vista, y de este modo dio tantas vueltas a la calle Mayor, cuantas alcanzó luz de día aquella tarde. Causó nota y escándalo en los que nos acompañaban, y todos dijeron que aquella mujer estaba loca y perdida de amor de mi rizo y peinado majadero. Él, que no tenía otro camino por donde le tentase su flaca naturaleza, sino éste, y que estimaba a las damas no tanto para gozallas (porque inútil en esta parte se hallaba sin la disposición necesaria para ejecutar estos deseos), como para hacer ostentación dellas y del rendimiento con que le adoraban y pretendían, vio aquella tarde llenas todas sus fantasías, y reducidas a práctica las vanas ideas de su imaginación, pero disimulando, respondió con algún desprecio a los que mostraban admirarse de semejante caso en este modo: que debían ser poco afortunados con las mujeres hombres de que tan pequeñas señales recibían espanto y maravilla; que por su causa se habían desafiado en Sevilla dos damas de las más ilustres, de las más bellas; y que por hacerlas iguales y escusar cuestiones, se retiró a un convento de cartujos, y desde allí se vino a la Corte; que la tal doña Bárbara no era tan bella como ellos la celebraban, pero que no le hacían falta estas prendas, porque él más se obligaba de las finezas en el ánimo, que de las perfecciones en el rostro; que les rogaba mucho no hablasen con nadie de su tierra lo que allí había pasado, porque no quería que se entendiese que él hacía rostro a mujeres de la Corte, cuando todos presumían que estaba retirado de semejantes liviandades; que pensaba enviar un recaudo a la tal señora paseante, ordenándola que so

pena de su desgracia no hiciese demostraciones públicas, sino que le diese a entender su pena con más recato por papeles, así en verso como en prosa; que también pensaba hacer la misma advertencia al paje que le había seguido aquella mañana, porque no anduviese su reputación en bocas de mozuelos libres, y de ellas pasase a las de las personas superiores, con quien estaba tan valido y acreditado.

»Estas y otras razones del mismo metal dijo, hasta que estando solos habló conmigo con más llaneza, y después de haberme obligado con poderosos juramentos al secreto, me confesó que estaba tierno y agradecido».

Hasta aquí llegaba el cordobés sutil, cuando haciéndoseles tarde a los dos músicos, por ser gente que servía, obligación a que en primer lugar debían acudir, pidieron licencia para irse, que no se les concedió hasta que cantasen, queriendo que fuese precio de su libertad su voz, y el mayor, por ser hermanos, gozando hasta en esto del mayorazgo de la naturaleza, ya que se le negó la fortuna, primero dijo así:

-En estos campos hermosos
de Navarra, que ya están
en opinión que son ellos
paraíso terrenal,

donde le alienta al rendido
contra el humano pesar
la elocuencia de las fuentes,
que habla en su soledad,

donde con dichoso imperio
reina segura la paz,
y está la invidia en el ocio
de un silencio celestial,

nació una serrana ilustre,
que iguala, si ya no es más,
a los montes su aspereza,
y a los prados su beldad.

Tan rosado está su rostro,
que en todo tiempo y lugar
resplandece en sus mejillas
la mañana de San Juan.

Harpía de corazones,
porque es su riguridad
contra los pechos más altos
remontado gavilán.

Belisa se llamó un tiempo,
mas creció en belleza ya
tanto, que menos que ángel
no se le puede llamar.

Trasladóse a Manzanares,
que con su retrato va
a llevar admiración
más que no tributo al mar.

Allí la vieron mis ojos,
y en fe de la soledad
el tesoro de su boca
quise atrevido saquear.

Armáronse mis deseos
de tanta temeridad,
que de vellos la razón
turbada no pudo hablar.

Di dos pasos hacia ella,
y ella volviólos atrás,
encendiéndose en sus labios
la cólera del volcán.

Perseveré en la porfía,
cuando miré disparar
su vista más pedreñales
que un salteador catalán.

Cerró la mano de nieve,
y empezóme a amenazar,
que esto fue darme en los ojos
puñaladas de cristal.

Oh cuánto entonces quisiera
tener de juez potestad,
por desarmalla y llevarme
dentro del alma el puñal.

Encendíme en mayor fuego,
vime de nuevo abrasar,
porque es la espuela de Amor
la honesta dificultad.

Moríame por llegarme,
su ropa quise tocar,
jamás con tanta codicia
he visto a mi voluntad.

Mas ella, temiendo el daño,
tan veloz volando va
huyendo de mí, que el viento
tuvo culpa en mi pesar.

Seguilla quise, y turbados,
viendo la dificultad,
los pies a mi pensamiento
este cuidado le dan.

Y él ha jurado y bien puede
(alas tiene en quien fiar),
que aunque se le suba al cielo,
ha de seguilla hasta allá.

Mas la fortuna, que tuvo
la mano en hacerme mal
nunca escasa, con más olas
dio fuerza a la tempestad.

Desterróme de sus ojos,
donde con ansia inmortal
lloro, por volver a vella,
si antes no vengo a cegar.

Pasó la guitarra del mayor al menor hermano, y él con este romance entretuvo a los ingeniosos académicos, que con su atención y silencio le pusieron ánimo, y mucho mayor el ver que la bellísima Inés le rogó que no fuese breve, y él por obedecella dijo así:

-¿Ya de qué sirve la vida
a quien la Fortuna agravia,
pues que por tantos caminos
se me atreven las desgracias?

Yo gocé en horas dichosas,
dichosas mas ya pasadas,
de los más divinos ojos
que dieron invidia al alba.

En su alegre compañía
la tempestad de mis ansias

mostraba sereno el cielo,
y hallaba puerto mi barca,

que un amor correspondido
es retórico que engaña
a las mayores desdichas
con dulzura de palabras.

No hay instrumento tan noble
que iguale sus consonancias,
que es música, que se forma
para el deleite del alma.

Fugitiva Amarilis
espera, aguarda,
que son penas presentes
glorias pasadas.

Llevóte de mi el ausencia,
que es enemiga cosaria
del amante, cuyos bienes,
o los anega o abrasa.

Guárdate de sus engaños,
que las más veces derrama
borrones en la memoria
sobre lo que Amor señala.

¡Triste de mí!, que te sigo
con solas mis esperanzas,
porque los pies están presos
de obligaciones honradas.

Aquí el Amor me detiene
en cuidados que me arrastran,
donde reina la mentira
con la lisonja villana.

Cuánto mejor me estuviera
(mi desdicha lo dilata)
ver amanecer al día
en los soles de tu cara.

Fugitiva, etc.

Corrí la posta veloz,
por saber que decretabas
esconder entre unos hierros
el oro de tantas gracias.

Cuando llegué, ya había un hora
que sus paredes guardaban
lo imposible de tu cielo,
que aun el discurso no alcanza.

Con ser de noche y en tiempo,
que la triforme Diana
con la pasión de un eclipse
sangrienta y oscura estaba,

me volví desesperado
de saber que te eclipsabas
cuando en el cielo la Luna
siendo el Sol que la aventajas.

Arrojé secos suspiros,
que cuando el alma se abrasa,
despiden los ojos fuego
en vez de llorar el agua.

Fugitiva, etc.

Después que estoy en tu ausencia,
ningún día se me pasa
sin que vierta por los ojos
la sangre de las entrañas.

Mis ruegos doy a la muerte,
que será justo que vaya
a ver la cosa más fea,
pues la más bella me falta.

Estos años que me quedan
yo los perdono a la Parca,
discurra, aunque no sea tiempo,
su acero por mi garganta.

Quien vee la cara al disgusto,
y al gusto por las espaldas,
duerma en el eterno olvido
menor pena aunque más larga.

Faltádome ha el sufrimiento,
y es cosa muy necesaria
quien tiene corta fortuna
que tenga paciencia larga.

Fugitiva, etc.

¿Qué día en su juventud,
al tiempo que la mañana
saca colores al cielo,
a tu belleza se iguala?

La nieve te reconoce
sobre las sierras más altas,
concediendo que su cumbre
es más debida a tus plantas.

Las flores que abril produce
olorosas y gallardas,
en estando en tu presencia
la razón las pone faltas.

Cuando tu risa enriquece
tus ojos, pues los regala
con las perlas de tus dientes,
desprecio pone del alba.
Tanto bien gozar podía

si la Fortuna tirana
no torciera a mis estrellas
para que triste llorara.
Fugitiva, etc.

Con esto, se les dio permisión a los cantores, para que acudiesen al servicio de su dueño, y hablándoles Pedro al oído, les rogó encarecidamente, que en cumpliendo con su obligación volviesen luego y caminando con su narración dijo así:

-Alegréme, y no poco, de ver tan dulce a mi don Lucas, y prometíme prosperidad en aquella navegación. Visité a doña Bárbara, a quien di parte del estado en que estaban las cosas, y ella tan gallarda como entendida (para lograr con más brevedad el despojalle), quiso aventurar algunos regalos que consultó conmigo, y yo aprobé, siendo igual asiento entre los dos capitulado, que fuese de por mitad la pérdida o la ganancia. Concluido nuestro tratado en la forma dicha, yo me fui a comer con él, que por hablarme en plática que ya era de su gusto, me tenía convidado. Pasamos en la conversación chistes bien graciosos, que yo no los refiero por no dilatarme en lo que para la inteligencia de lo principal de este cuento no es conveniente, cuando a lo último de la comida oímos llamar

a la puerta al mozuelo paje de doña Bárbara, y diciendo que tenía dos palabras con el señor don Lucas, se retiró con él a otra pieza más adentro, y en ella le dio un azafate grande en que venía muy curiosa ropa blanca, con media docena de guantes de ámbar, y sobre todo un papel de mi señora doña Bárbara, por cuya respuesta, dentro de dos horas, se ofreció a volver, y con esto se despidió.

»Mi don Lucas abrió el papel tan fogoso, que fue mucho no rompelle, y comunicándole conmigo dice así: "El atrevimiento de haber puesto los ojos en v. m. se disculpa en el gusto de la buena elección que en ello he tenido. Luego que le vi, me entregué toda, sin resistirme, por no resbalar en esta común culpa en que caen al principio todos los amantes. Quisiera ser tan poderosa en hacienda como en voluntad, pero la que poseo se ofrece toda a los pies de v. m., sirviendo de muestra esa pequeña dádiva, que si contentare, proseguiré, desvanecida de haber acertado. Guarde Nuestro Señor a v. m. muchos años, como a vida de la mía, deseo de que no se me deben gracias por estar en él fundados mis mayores intereses".

»Estaba echado sobre la cama para reposar la siesta, y con él mucho gozo, cumpliéndose en su persona los efectos del otro caballero antiguo de quien dice un célebre romance:

Salto diera de la cama
que parece un gavilán.

»Daba tantos brincos, que llegaba con la cabeza a las nubes, y volviéndose a sosegar decía: "Esta es mujer de veras, ¡qué bien pena; pero qué bien lo emplea!" Y abrazándome, proseguía: "Carísimo amigo, no lo perderá, porque yo soy muy agradecido".

»Así estuvo sin poder reposar, y después desenvolviendo el presente, partió conmigo con mucha igualdad, así de la ropa blanca como de los guantes, con que yo ya no podía perder nada en el asiento que con doña Bárbara tenía hecho. Después, viendo que se llegaba la hora en que habían de venir por la respuesta del papel, se retiró a escribirle, y antes de cerralle me le leyó. Era en esta forma: "No estoy poco agradecido de la buena voluntad que v. m. muestra tenerme, y debe estimarlo en mucho. El recato encargo ante todas cosas, y principalmente con los criados, que son personas en cuyas bocas no querría verme; por amor de Dios, señora, que se mire mucho en esto, y téngase por avisada de que este es mi gusto. El regalo es bien bonito, y yo le he recibido con buena voluntad. Guarde Dios a v. m. y prosiga".

»Era tan gentil majadero mi huésped, que me parecieron pequeños disparates los del papel, y que doña Bárbara se había de hallar en menos admiración que aquella en que yo la había puesto. Al fin volvió el criado y llevóle a su señora, que en respuesta y mensajes se entretuvo hasta el domingo siguiente, que viéndonos en la iglesia y sabiendo que a la tarde iba don Lucas a correr al Prado a la carrera pública, fue en un coche siguiéndole los pasos. Sucedió, pues, que mudando tres caballos, el último era tan mal acondicionado, que poniéndose sobre los pies tan derecho como si fuera persona racional, estuvo cerca de tender sobre la verde yerba a mi andaluz Narciso. La prudente Bárbara aprovechó la ocasión y remedó un desmayo tan a tiempo, que pareció haberse quedado difunta.

Acudieron muchos al socorro, y entre ellos mi don Lucas, que tomando un vidrio de agua de un aguador que andaba por el Prado, la bañó el rostro, y recobrándose ella algo, volvió a su posada, yendo nosotros en su seguimiento. Pasó don Lucas aquella noche con grandísima inquietud, y asegurándome con muchos juramentos no haber conocido mujer tan fina. Lo confirmó más la mañana, que yendo a visitalla los dos, hallamos en la primer pieza unas escudillas de sangre, que nos dieron a entender que había salido de los brazos de la bellísima Bárbara, porque con la alteración precedida se encendió en una calentura muy ardiente, y que entonces reposaba. La verdad es que a puerta cerrada estaba almorzando con unas amigas, y que lo contenido en las escudillas se trajo del matadero, porque como nada se hacía sin mi consejo y parecer, tuve yo antes que se ejecutase aviso de esta determinación.

»Acabó de cerrar con esto los ojos mi afectado y afeitado caballero, y caminando desde allí a la Platería, la envió de sangría muy buenas joyas, y lo mismo hizo el día siguiente, porque se fingió haberse sangrado otra vez. Contaba él las singulares finezas de esta dama a sus más parciales, que inducidos por mí, le decían todos que no cumplía con sus obligaciones, si no procedía con ella muy liberal. Empezóla a visitar, y gozar de ella la fruta que dan las doncellas a sus amantes; mas por haber nacido él con falta natural para poder apurar los deleites del amor, que por las dificultades que ella le ponía. Pero yo, como buen amigo, suplía este defecto, y cumplía en su nombre, si no todos los deseos, los que podía de la señora, hasta donde mis fuerzas alcanzaban buenamente. Como ella era tan mañosa y astuta, le fue embarcando tanto en la voluntad, que picado della, gastó pródigo en menos de un año mucha cantidad en joyas, vestidos y dineros; pero como al fin de este tiempo se sintiese preñada, causándonos a entrambos el suceso no pequeña congoja, porque mi don Lucas turbado de ver obra que no había sido autor, se retiraría con grandes quejas y sembrando de ella muchas infamias, dando por color que unos tíos honrados que tenía en una aldea que estaba junto a Madrid trataban de casarla, se la ausentamos. Hizo él sus ciertos extremos y corrió algunas veces la posta por ir a vella, pero como yo le disuadía aquel intento, afirmándole que era quitalle a doña Bárbara su remedio, y sucediese al tiempo que se hallaba en Madrid con pocos dineros, y que de Sevilla le llamaban con muchos, alquilando una litera para su persona y mulas para los criados, se restituyó a su patria.

»Yo no quise que doña Bárbara compliese conmigo lo capitulado en la partición de todo lo procedido de tan ingeniosa estafa, pareciéndome que bien merecía esta liberalidad el haber gozado de ella sin ningún interés tan largos días, ni tampoco seguí esta demanda, por no obligarme a la cría de lo que naciese, que pienso que no fui tan solo que en conciencia me tocase a mí esta obligación en particular, y temía encontrarme con personas poderosas que la manejaban, obligándome este prudente discurso a volver a Córdoba satisfecho de lo pasado, y prevenido contra lo futuro».

Concluyó Pedro, y entrando al mismo tiempo los músicos, cumpliendo con puntualidad lo que les había pedido, estando allí juntos los demás actores de la comedia, y con ellos solas aquellas personas que eran amigos familiares de casa, y que ellos tenían elegidos para que gozasen de la fiesta, se cerraron las puertas de la calle, y entregándose en las llaves el señor de la casa, cuando los curiosos del lugar estaban más descuidados de que

aquello pudiese suceder, con mucho silencio y no pequeño aplauso se recitó la comedia, con tanta gala en los trajes y propiedad en la representación, que no se debió nada a los de los teatros públicos. Siguióse luego una cena extraordinaria, curiosa y abundante, que la hizo más admirable cuanto era menos esperada.

Cobró por esto Pedro en la ciudad infinitos enemigos poderosos, y como allí son tan libres, temió alguna violencia, y así se retiró cinco leguas al lugar de un caballero amigo suyo, donde estuvo muchos días con tanto silencio, que a mí me obligaba a ponerle a esta primera parte, previniendo para la segunda todos los papeles originales que tengo de su vida, para sacar dellos lo más útil y entretenido. Por cumplir con algunos deseos, he querido imprimir juntamente la comedia, para que se consuelen los que no pudieron vella, remitiendo a su consideración las ingeniosas acciones de Inés y Pedro, que son inimitables a la pluma y lengua.